



El jardinero enamorado

Raúl Sanz García

EL JARDINERO ENAMORADO

Raúl Sanz García

EL JARDINERO ENAMORADO



Raúl Sanz García

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Raúl Sanz García
Madrid (España), 2024
raul@raulsanz.es
<https://raulsanz.es>

ISBN: 9798300608224

Ilustraciones: Raúl Sanz García.



1. UNA CASA VIEJA, UN JARDINERO Y UN PERRO SALCHICHA

En medio de un jardín mediano, en una casa grande y vieja, vivía Gastón Bolino con su hija Olalla y una gallina. Allí todo estaba descuidado, donde antes trabajaban muchos sirvientes, hoy no estaban más que ellos tres. ¿Cómo hacían para que las hierbas del jardín no crecieran hasta cubrirlos? Len Pinza los ayudaba. Era un joven desgarbado y alegre que vivía en una cabaña cercana. Como no tenía otra ocupación más que tocar la flauta y jugar con su amigo Sachi, un perro salchicha, se ganaba unas monedas cuidando el jardín de los Bolino.

Pero a Len, además de las hortensias, los nenúfares y los ciruelos de don Gastón, le gustaba mucho su hija. Olalla era una muchacha muy inteligente que hablaba varios idiomas, entre ellos el búlgaro, el noruego y el japonés, y tocaba el piano de una manera tan extraordinaria que hasta la gallina se paraba a escucharla. Len hacía coincidir sus visitas al jardín con los días en que ella ensayaba. Olalla era muy puntual y, justo cuando se sentaba frente al teclado, el jardinero hacía una pausa bajo su ventana. La joven tocaba piezas muy delicadas y difíciles: nocturnos de Chopin,

sonatas de Beethoven, conciertos de Rachmaninov, vales de Rupertolini y, de vez en cuando, alguna alegre canción popular. Len Pinza no tenía ni idea sobre todas esas músicas, a él toda la música le sonaba bien, y más en manos de Olalla, a la que, ni que decir tiene, amaba sinceramente. Aparte de sus audiciones secretas, el amante jardinero esperaba cualquier oportunidad para cruzarse, aunque fuera un segundo, con Olalla. La joven, muy tímida, lo saludaba con una sonrisa, y Len, acostumbrado a tratar únicamente con un perro salchicha y un loro venezolano que vivía en el bosque, no sabía de qué hablarle. En sus ratos libres, el jardinero tocaba la flauta de oído y componía melodías sencillas. A veces pensaba en hablarle a Olalla de estas habilidades, pero le daba mucha vergüenza reconocer su analfabetismo musical. Como todo buen enamorado, quería mostrarle a su amada una apariencia ilustre.

Ignorante de este secreto amor, el señor Bolino se paseaba tristemente por su destartalada mansión. Iba de puerta en puerta arrastrando su gorda figura y suspirando por el recuerdo de un pasado próspero en el que todo brillaba. Don Gastón se hizo rico fabricando máquinas de



escribir: «Máquinas Bolino, para escribir muy fino». Con el dinero que ganó, pudo construirse aquella casa y darle a su hija la mejor educación. Pero un día, la gente dejó de usar máquinas de escribir para usar computadoras.

Bolino quiso competir en el nuevo mercado con mejores máquinas, más veloces y ligeras, pero todo fue en vano. Al final, su empresa quebró y él quedó en la miseria, viviendo con lo justo en una casa que se derrumbaba. Lo peor para el señor Bolino era ver a su pobre hija sufriendo aquellas penurias. Había imaginado para ella un futuro próspero y lo que tenían era pobreza y soledad. Olalla, sin embargo, no sentía ninguno de esos pesares, aquel era su hogar y no aspiraba a ninguna riqueza.



2. UN COCHE NEGRO Y UNA NARIZ GRUESA

Un buen día, un estruendo de motores irrumpió en el jardín. Eran dos coches negros y grandes de los que salieron cuatro hombres fornidos con trajes oscuros. Tras ellos, se apeó un quinto, un individuo gordo, calvo y con una cara ancha de la que colgaba una nariz gruesa y arrugada. Era Odilón Saquillo, un banquero al que Len conocía porque hacía años intentó desahuciar a su abuela, que se defendió con el rodillo de amasar y consiguió expulsarlo. Saquillo era aún más grueso que el señor Bolino, caminaba erguido y con la cabeza estirada como un gallo, mientras que Don Gastón lo seguía encorvado y con la cabeza gacha. Entraron en la mansión y los cuatro guardaespaldas se quedaron en la puerta. Casualmente, Olalla estaba ensayando en ese momento y Len vio llegar a los visitantes escondido bajo su ventana. Al jardinero no le gustaron aquellos personajes, así que se desplazó hacia la ventana contigua, la del despacho de Don Gastón, para ver si podía escuchar la conversación. Solo entendió palabras sueltas, pero suficientes para hacerse una idea de lo que ocurría. Saquillo gritaba algo de una gran deuda y

un contrato firmado, Bolino se disculpaba sollozando. El banquero hablaba de embargar mientras el otro callaba. Y entre las palabras de ambos, se escucharon las notas del piano. La pianista, concentrada en su interpretación, continuaba tocando sin distraerse por nada. El banquero se quedó mudo al oír la música y, cuando se hizo el silencio, preguntó admirado quién tocaba con aquella maestría. El jardinero se asomó desde fuera para ver cómo el señor Bolino traía a su hija y se la presentaba al visitante, este la miró con gesto de fingida admiración y, cambiando su tono anterior, se deshizo en halagos:

—Querido señor Bolino, espero que disculpe mi ofuscación de hace un momento. Oyendo tocar a su preciosa hija, no puedo sino pensar que es usted un gran hombre y esta una gran familia que tiene, sin duda, recursos para saldar su deuda conmigo. Le propongo una cosa.

Don Gastón, temeroso de la propuesta, esperó sin decir nada. El banquero continuó midiendo bien sus palabras:

—No veo justo que el gran talento de su hija se desaproveche en este lugar solitario. Yo le ofrezco una beca de mi fundación benéfica, la Obra del Buen Saquillo. Es una Beca Excelentium con la cual saldaremos la deuda, pero su hija quedará bajo mi tutela y disfrutará del privilegio de completar su formación con los mejores maestros de la Capital. Muy pronto podrá debutar en grandes teatros. Sin duda, le espera un futuro glorioso en la música.

En un primer momento, el padre suspiró aliviado por la oferta. Podría saldar la deuda y, además, su hija tendría

una oportunidad que él no podía darle. Pero por otro lado, le costaba separarse de Olalla y sufría imaginándola sola en la ciudad acompañada de aquel hombre. Se volvió hacia ella y le preguntó qué opinaba. La joven, sorprendida por lo inesperado de la oferta, se encogió de hombros y respondió:

—Tendría que pensarlo.

—Recuerden que la alternativa es el desahucio —insistió el banquero—, y el plazo termina a las doce en punto. Solo quedan 17 minutos.

—No tenemos otra opción, hija mía —le suplicó Don Gastón.

Olalla, aún a pesar de su pobreza, era feliz en aquella casa y no ambicionaba ningún triunfo en la ciudad. Pero no tuvo más remedio que aceptar. Odilón Saquillo sacó un aparato, tecleó en él y, de inmediato, aparecieron unos papeles con letras pequeñísimas.

—Aquí está el contrato. Las cláusulas son las que ya les he comentado. Necesito la firma del padre.

Don Gastón quiso leer los papeles, pero el banquero lo apremiaba. Finalmente, el señor Bolino firmó. Sin darles más tiempo, el banquero los urgió para que la chica se fuera con él en ese mismo momento. Apenas tuvieron tiempo de recoger sus cosas y despedirse. Padre e hija lloraron y prometieron visitarse lo más pronto posible. Don Gastón, tan encorvado que la cabeza le llegaba al pecho, se quedó en la puerta viendo alejarse a su hija en aquellos coches negros.

El pobre Len, sorprendido e indignado, solo pudo ver por un instante a Olalla antes de que se marchara. Cuando

los coches desaparecieron, atajó colina abajo para verlos pasar por la carretera, pero sus cristales eran opacos y no se veía el interior. El jardinero se quedó sentado en la cuneta pensando que no volvería a ver a su amada y culpándose por no haber hecho nada para evitar su marcha. Pero, ¿qué podía haber hecho él?



3. UNA BICICLETA Y UNA FLAUTA

Durante los días siguientes, Len apenas hacía otra cosa que deambular melancólicamente por el bosque sin ganas de hacer nada. Se sentaba a la puerta de su choza y miraba sus dos únicas pertenencias: su bicicleta y su flauta. Siguió yendo a casa de Don Gastón para trabajar en el jardín, aunque ya sin el entusiasmo de encontrar a Olalla. Ambos, el padre y el jardinero, esperaban unas noticias de la chica que no llegaban nunca. Entre Don Gastón y Len Pinza parecía haber una competición por ver quién estaba más triste. El primero se sentaba en su despacho, inmóvil y con la mirada fija en sus fotos familiares. El otro hacía lo mismo en un rincón del jardín con la vista fija en los geranios.

Pero Len Pinza no era una persona triste. Al contrario, todos le tenían por un joven inquieto, alegre y optimista. Por eso, un buen día, semanas después de la marcha de Olalla, una idea audaz y luminosa le hizo levantarse decididamente de la cama. Fue a hablar con Don Gastón y le dijo que, ante la falta de noticias de su hija, él se ofrecía para ir a la ciudad y llevarle una carta, y además comprobaría cómo se encontraba y traería esas noticias de vuelta. El padre acogió la idea agradecido y le dio un abrazo

a aquel buen muchacho al que habitualmente no prestaba mucha atención. Poca cosa tenía Don Gastón para ayudar a Len en su viaje, le dio una docena de monedas, cuatro bocadillos de queso y salami, una bolsa de mandarinas y una bomba de aire para su bicicleta, además de la carta que escribió amorosamente.

Así partió Len Pinza en busca de su amada. En el portaequipajes de su bicicleta llevaba las cosas que le dio Don Gastón, su flauta y la poca ropa que tenía. Tras él iba Sachi, que caminaba por su cuenta hacia donde le apetecía, que casualmente era siempre el mismo lugar al que iba el joven jardinero. El perro trotaba a su ritmo, se paraba de vez en cuando a husmear alguna cosa y horas después, cuando ya parecía perdido definitivamente, reaparecía como si nada.

Sin consultar ningún mapa, tomaron la carretera por la que se habían ido los coches, que era la única que pasaba por allí. Len nunca había estado en la Capital, pero no pensaba que fuera un camino difícil. Al fin y al cabo, si era la Capital, todas las carreteras acabarían llegando a ella. Lo único que tenía que hacer era dar pedales. Esa era su filosofía para todo: las cosas se hacían haciéndolas y no tenía por qué haber mayores preocupaciones. Al jardinero y a Sachi les gustaba, de vez en cuando, realizar alguna excursión. Cogían las sendas que atravesaban el bosque y se perdían durante todo un día en busca de parajes nuevos. Así habían descubierto una cascada altísima que se rompía en un lago, una montaña dorada y un hayedo mágico que en otoño se teñía de mil colores amarillos y rojos. Pero jamás se habían alejado tanto como para llegar a ninguna

ciudad. Todo lo más, habían llegado al pueblo del valle para comprar alguna cosa o pasar un rato en la biblioteca.

Durante un buen trecho, la carretera discurrió entre los árboles. Len conocía muy bien aquel bosque y le encantaba ir distinguiendo cada árbol y oliendo sus aromas. Allí había alcornoques, pinos, fresnos, hayas, robles, alerces y abedules. De vez en cuando, también se veía alguna especie rarísima, como el abeto enano siberiano o el sorbo silvestre. En todo ese trayecto no había ni una sola recta,

todo eran curvas a un lado y a otro.

Afortunadamente, casi todo era

cuesta abajo, por lo que Len solo

tenía que dejarse caer. Después

de un rato de pedaleo, llegaron

al fondo del valle y continuaron

más allá, por parajes que apenas

conocían. Allí los árboles eran más

tristes y escasos, solo había algunos

pinos comunes y unos olmos enclen-

ques y sucios. Repentinamente, una

niebla espesa apareció al fondo de la

carretera. Pronto se vieron envueltos

en aquella nube blanquecina. Len se

apeó de su bicicleta y continuó a pie.

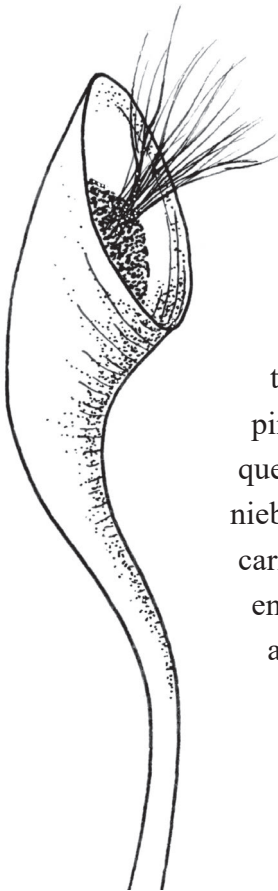
Sachi se había perdido por algún

rincón del bosque, aunque al jardi-

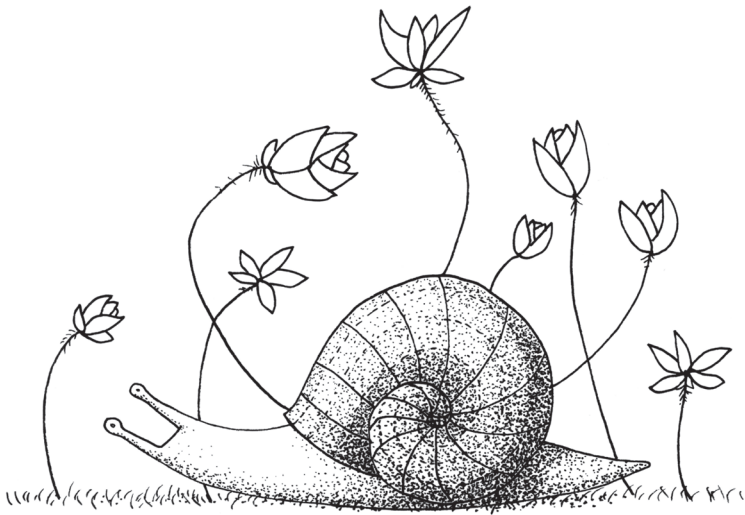
nero no le preocupaba; gracias a su

olfato, el perro tendría menos pro-

blemas que él para orientarse en



aquella niebla. Caminó muy pegado al arcén durante largo rato. Cuando por fin volvió a ver el cielo, el bosque había desaparecido y estaba en un lugar desconocido.



4. ALLÍ, ALLÁ, ACÁ Y ACULLÁ

Más allá de la niebla, se extendía una llanura verde y marrón. Era un espacio monótono únicamente adornado por matorrales sueltos y arbolillos enanos de una especie desconocida para el jardinero. Después de un tramo por aquel paraje, la pequeña carretera desembocó en un cruce del que salían cuatro direcciones. Además, atravesaba el cruce una vía de tren oxidada y casi invisible bajo los matorrales. No vieron indicaciones de ningún tipo. Len decidió que, como ya era la hora, pararía allí a comerse un bocadillo y un par de mandarinas, ya vería luego por dónde tirar. Sachi, que era capaz de oler el salami a kilómetros de distancia, no tardó en unírsele.

Mientras merendaban, una piedra negra que había en medio del cruce comenzó a moverse. Resultó que no era una piedra, sino alguien que estaba allí acurrucado bajo un gran abrigo. Ante ellos se alzó un individuo con un sombrero redondo que solo dejaba ver una franja estrecha de rostro. El hombre los miró fijamente, pero como su boca estaba oculta bajo el cuello del abrigo y sus cejas bajo el ala del sombrero, era muy difícil saber qué gesto había en su cara.

—Qué aproveche —dijo con una voz suavísima.

Sacó un brazo del abrigo y una mano de debajo de la manga, se la llevó a la boca, le dio un lametazo a un dedo y lo levantó hacia el cielo.

—Poniente —exclamó.

Y luego dirigió ese mismo dedo hacia una de las cuatro direcciones y se quedó así.

—¿Hacia dónde señalas? —preguntó Len.

—Hacia allí.

—Ya veo, pero ¿qué hay allí?

—Allí hay muchísimas cosas. Esta carretera es larguísima. Una vez, alguien que fue por allí volvió por acá, por lo que sospecho que es tan larga que da la vuelta al mundo.

—Yo voy a la Capital, ¿sabes por dónde se va?

—Claro, por eso estoy aquí. Por allá. —Y señaló hacia la dirección por la que Len había venido.

—Pero no puede ser, yo he venido por esa carretera.

—¿Acaso te crees que no sé hacer mi trabajo? —refunfuñó el extraño personaje—. Puedes ir por allá, y también puedes ir por acá o por allí o por acullá. —Cada vez que indicaba, un nuevo brazo aparecía de debajo del abrigo hasta que el hombre se quedó señalando a las cuatro direcciones a la vez con cuatro brazos larguísimos. Len se quedó boquiabierto, nunca había visto a nadie con cuatro brazos.

—¿Qué camino es el más corto y fácil? —insistió el jardinero.

—Eso depende de a qué Capital vayas —respondió el hombre.

—¿Es que hay más de una?

—Hay tantas como quieras. Cada país tiene la suya propia, y cada provincia. También hay capitales móviles, que hoy están allí y mañana están allá.

—¿Cuál es la Capital más grande de todas?

—Eso también depende. Las capitales crecen y decrecen constantemente. Por ejemplo, en aquella dirección hubo una gran feria —dijo extendiendo un brazo hacia allí—. Y hacia allá ha habido mucho tráfico últimamente. Pero el viento sopla hacia acá y tú has venido por acullá. —Y así quedó nuevamente situado con sus cuatro brazos señalando a sitios distintos.

—¿Has visto pasar dos grandes coches negros últimamente?

—Sí, se fueron por ahí —y señaló a las cuatro carreteras a la vez.

—¿Por dónde?

—¡Por ahí!

—¡Por qué no señalas una sola dirección!

El señalador se volvió violentamente hacia Len, se inclinó y estiró tanto el cuello que casi llegó con el ala de su sombrero a rozar su nariz.

—¿Quién eres? ¿Un vagabundo? —Y señaló al perro y la bicicleta—. Claro que sí. Los tipos como tú podéis ir por cualquier sitio. Por tanto, no necesitas mi ayuda.

—¡Está bien! —respondió el jardinero airado—. Seguiré por donde me parezca.

Cogió sus cosas, se montó en su bicicleta y se dispuso a dar pedales. Pero en ese momento, oyó que el extraño personaje le llamaba a sus espaldas.

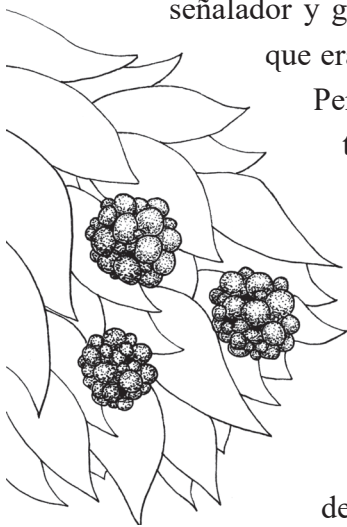
—¡Espera muchacho! Perdóname, no me hagas caso
¿No ves cómo está todo?

Len miró a su alrededor, pero no vio nada extraño que respondiera a esa pregunta.

—La vía —gimoteó el hombre y señaló al camino de hierro oxidado y traviesas podridas que se hundía bajo las piedras y los arbustos.

El señalador se encorvó y dejó caer sus brazos como si el peso de un triste recuerdo hubiera caído sobre él. Entonces, entre sollozos, contó su historia:

—Yo soy el Guardavía. Desde este promontorio, vigilaba los caminos. Cuando veía un tren venir a lo lejos, mis largos brazos le indicaban las maniobras. Si tenía que parar, ponía los brazos así. Si había peligro, de este otro modo. Y si podía continuar, así. También indicaba a los conductores de la carretera, que era solo una, y les permitía pasar o no según viniesen los trenes. Con mi talento como señalador y guardavía, controlaba el tráfico, que era muy abundante en este cruce.



Pero un día dejaron de pasar los trenes, desconozco la razón, y la vía se oxidó. Luego hicieron esa otra carretera que cruza por aquí y me dejaron abandonado. Los coches pasan de aquí para allá, pero nadie se para ni me hacen caso, y no sé de dónde vienen ni a dónde van. De vez en cuando, algún

caminante como tú llega a este cruce perdido. Pero no puedo indicarle su camino, porque siempre he estado aquí y no sé lo que hay si sigues por esta carretera o por cualquier otra. Aún así lo intento, pero ya has visto qué poco útil soy aquí, abandonado y sin trenes.

Y después de narrar su desventura, se echó a llorar desconsolado.

—¿Y por qué no pasan trenes?

—No lo sé —respondió el guardavía enjugándose las lágrimas—. No recibí ninguna notificación. Simplemente dejaron de pasar y nadie se acordó de mí. Mira, si sigues hacia allí, no muy lejos, hay una estación. Estoy seguro de que el tren que salía de allí llega hasta alguna capital.

—¿Y de qué me sirve si ya no salen trenes?

—Oh, quizás tú puedas ir a ver qué sucede —el tono compungido del Guardavía se volvió suplicante ante aquella posibilidad.

—Podías haber ido tú a comprobarlo —le respondió Len.

—El cruce no puede quedar abandonado. Es que no lo ves, este es mi puesto.

Len comprendió que no servía de nada discutir con aquel hombre que se sentía inútil en aquel lugar, pero era incapaz de abandonarlo. Como no sabía por dónde ir, decidió que iría a echar un vistazo a la estación. Aunque no hubiese ya trenes, quizás encontrase algo o a alguien que le indicase el camino. Además, tampoco le costaba nada ayudar al pobre Guardavía. El hombre, mientras lo veía alejarse en su bicicleta, aplaudía de contento con sus cuatro brazos.

5. TROMPETAS Y TAMBORES

No tardaron en ver a lo lejos la silueta gris de una ciudad recortada sobre el fondo de una colina. Len, movido por su optimismo natural, pensó que quizás aquella era la Capital que buscaban. Desde la distancia, era el pueblo más grande que había visto en su vida. Pero cuando estuvieron cerca, se dieron cuenta de lo equivocado de su impresión. Lo que habían tomado por una gran urbe era en realidad una hilera de edificios grises y abandonados tras los cuales había unas pocas casas elegantes y señoriales igualmente abandonadas. En el centro, había una gran plaza y frente a ella estaba la Estación de tren de Budembundia. Era un edificio viejo, grande y redondeado construido con larguísimas vigas de hierro, ahora oxidadas, que se cruzaban creando un elegante armazón recubierto por vidrieras, la mitad rotas. Las paredes de las estancias interiores seguían en pie. En la sala de espera y las oficinas, los muebles aún guardaban su disposición original, aunque algo polvorientos por la falta de uso. Las vías estaban limpias y sobre ellas había una pequeña locomotora de vapor enganchada a dos vagones antiquísimos. Seguramente, llevaría allí muchísimo tiempo, pero no parecía que estuviese averiada y Len pensó

que quizás un maquinista experto aún podría ponerla en marcha.

Estaban examinando las palancas y el cuadro de mandos cuando, de repente, tronó el aullido hueco de una trompeta. Helados por el susto, se acurrucaron en el interior de un vagón mientras se oía una música vociferante interpretada toscamente por un instrumento de sonido ronco y metálico acompañado por unos tambores estruendosos. Cuando la «melodía» cesó, Len asomó disimuladamente la cabeza por una ventanilla y observó, al final del andén, una pequeña caseta de la que parecía haber surgido el ruido. Vio salir a un hombre pequeño y forzudo, de rostro ancho envuelto por una densa barba gris, y tras él apareció una mujer flaca y altísima encorvada como una rama. El hombrecillo se paseaba con aire altivo y una sonrisa de satisfacción. La mujer, sin hacerle mucho caso, transportaba una gran caja llena de cacharros. No parecían gente amenazadora, más bien al contrario, así que Len, que era educado y valiente, decidió salir y presentarse, y Sachi tras él. El hombre los miró muy serio sin decir palabra, pero enseguida apareció la mujer que, con amabilidad y sonrisas, les dio la bienvenida y los invitó a acercarse. Se presentaron como Hug y Zes. Habían convertido la antigua caseta del guarda en un pequeño hogar. Hug había sido maquinista y Zes era la mecánica de aquella estación. Cuando fue abandonada, ellos, sin otro sitio adonde ir, permanecieron allí, fieles a su vocación y con la firme decisión de mantener aquel lugar lo más ordenado y operativo posible por si, algún día, los trenes volvían a salir de Budembundia.

Todo eso se lo contaron en la pequeña salita de estar de su casa, una habitación rodeada por completo de estanterías llenas de libros y fotos familiares. Allí estaban todos sus antecesores: Zaca, el abuelo maquinista; Silvina, la abuela ingeniera; Abelardo, un tío abuelo que se hizo budista y viajó hasta el Tíbet con una bicicleta eléctrica, etc. Y sus muchísimos hijos y nietos: Telonius, piloto de aeroplano; Mariola, domadora de elefantes en la India; Filipa, buceadora en Groenlandia; o Ernesto, que era cantante de ópera y viajaba por todo el mundo. Zes, que era muy habladora, sonreía sin parar mientras contaba sus hazañas. Mientras, Hug les servía un Té con lima y galletas de zanahoria. Len, por su parte, les contó brevemente su historia y, para su regocijo, le respondieron que la Capital a la que quería ir era seguramente Tutiburgo, la ciudad más grande que ellos conocían, y conocían muchas, a donde iban a reunirse todos los hombres de negocios. La vía que salía de Budembundia llegaba hasta la ciudad en exactamente 12 horas y 37 minutos. Pero desgraciadamente los trenes hacía muchísimo que no partían de allí. En bicicleta tardarían casi dos semanas, y el viaje no era fácil.

—¿Y la locomotora que hay en la vía? —preguntó Len— ¿Funciona?

—¡Ya me gustaría! —contestó Hug con entusiasmo—. Pero es un vehículo muy especial y le falta una pieza importantísima. Ni siquiera Zes, que es capaz de arreglarlo todo, puede hacerla funcionar.

—Esa pieza única es una biela de oro, y solo puede ser de oro —intervino Zes—. No tenemos repuesto para ella.

—¿Qué es una biela? ¿Y qué pasó con ella?

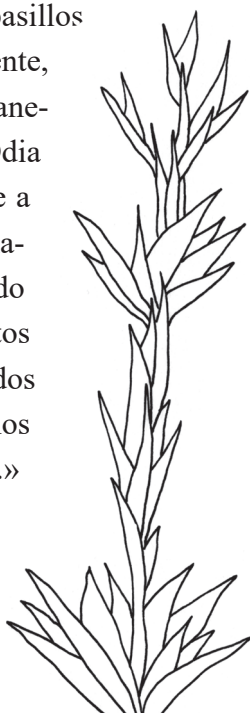
Le explicaron que se trataba de una pieza alargada con los extremos como grandes anillos que se conectaba a otras piezas móviles del motor y transmitía su movimiento. Luego lo invitaron a la parte de atrás de la casa, allí querían enseñarle algo que aclararía aquella historia.

En un taller descubierto estaba la trompeta que había sonado antes. Alrededor estaban los tambores, que no eran más que grandes cacerolas y piezas de hojalata, y otros instrumentos contruidos con chatarra y desperdicios de todo tipo. Había un órgano hecho con tubos de escape y un acordeón fabricado con dos pequeños motores conectados por el fuelle metálico de la caldera de un tren. La trompeta, en el centro, era el resultado de la unión de un megáfono oxidado, la oreja de un gramófono, una tubería agujereada y retorcida como el cuerno de una cabra, y la boquilla de una corneta que se dejó olvidada un sargento. Hug los deleitó nuevamente con una de sus interpretaciones. No era un músico precisamente diestro, eso y el ruido ensordecedor y horrible de la trompeta producían un sonido estrambótico que rebotaba por toda la estación. Len, por educación, alabó aquella música, al menos el esfuerzo por construir todo aquello merecía sus elogios. Y luego, para corresponder, interpretó una melodía con su flauta. Los dos ancianos quedaron encantados y aplaudieron durante largo rato. Eran unos melómanos entusiastas y hacía mucho que no asistían a ningún concierto.

Pero, ¿qué tenía que ver todo aquello con la biela de oro? Le contaron entonces la siguiente historia:

«Cuando la gente se fue, todo quedó descuidado y empezaron a venir ladrones que no dejaban nada sin registrar. Cuando ya casi todo había sido saqueado, llegó él. Es el tipo más avaro, irritante y perverso que hemos conocido nunca; se esconde en las colinas que hay tras la estación y de vez en cuando sale de allí para robarnos algo. Le encantan las cosas metálicas y brillantes, y se lleva todo lo que puede: las agujas del reloj de la estación, el gallo de la veleta, los botones de los uniformes, cubiertos, cacerolas y todo tipo de cacharros. Desgraciadamente, un día descubrió la biela que teníamos guardada para la ocasión oportuna y se la llevó. Es un duende gris y cabezón que vive oculto en las profundidades de una mina abandonada. Es un lugar muy oscuro y peligroso, lleno de pasillos estrechos y agujeros. Afortunadamente, hace tiempo que descubrimos una manera de mantenerlo apartado de aquí. Odia la música, cada vez que la oye corre a esconderse en lo más hondo de su madriguera y no sale de allí durante todo el día. Por eso hemos construido estos instrumentos y los interpretamos todos los días. Bueno, por eso y porque nos gusta, no podríamos vivir sin música.»

Después de la narración, se fueron todos a cenar. El buen humor de los anfitriones y su talento culinario, inversamente proporcional a su talento musical, hizo que Len y Sachi



disfrutasen de una excepcional velada. Después de la cena, estuvieron tocando durante otro buen rato los extraños instrumentos de Hug y Zes, al fin y al cabo no había vecinos a los que molestar. El órgano sonaba como una vaca asmática y del acordeón apenas era posible sacar nada parecido a una nota musical.

—Lo estamos trabajando aún —reconoció Hug.

Aún así, se rieron a gusto con los absurdos ruidos que emitía.

Len se durmió pensando en aquel sorprendente lugar y en todo lo que había escuchado. Poco a poco, una idea fue creciendo en su pensamiento: ¿Y si entró en la mina a buscar la biela dorada?

6. DOS TOMATES, UN HUEVO FRITO Y UNA LINTERNA

A la mañana siguiente, Len asistió a un nuevo concierto de trompeta. Afortunadamente, tuvieron el detalle de despertarlo antes. Durante el desayuno, consistente en un vaso de leche de cabra recién ordeñada, dos tomates y un huevo frito recién cogido del corral que tenían en la parte trasera, Len les contó su plan. Hug lo acogió con entusiasmo:

—¡Eres todo un valiente! Si me traes esa biela, te llevaré hasta las mismísimas puertas de Tutiburgo.

El viejo maquinista tenía unas enormes ganas de volver a conducir su tren. Pero Zes, más sensata, los previno:

—Acuérdate de la vez que entraste en la mina para recuperar la biela, viejo tonto, estuviste a punto de no salir. Y cuando lo hiciste, estabas negro de hollín y casi te quedas ciego.

—Yo ya era viejo entonces y no sabía lo que iba a encontrarme —replicó Hug—. Pero él es un muchacho joven y ágil. Le daremos todo el equipo que necesite para explorar el sitio. Además, con su flauta seguro que puede hacer salir al *duende* de su escondrijo.

Finalmente, después de unas cuantas discusiones, decidieron que el jardinero entrara en la mina aquel mismo día. Prepararon todo lo necesario: un casco, botas de escalador, linterna recargable a manivela y una bobina con un cable de acero como guía para la vuelta.

La entrada a la mina era una pequeña grieta oculta por unos matorrales no muy lejos de la estación. La puerta principal había sido sepultada por un derrumbe, así que aquel agujero era su único acceso. Ataron un extremo del cable a una estaca y el otro a un arnés sujeto al cinturón del jardinero.

—Si se te acaba el hilo —insistió Zes—, no sigas adelante.

Hug, que era quien más cerca había estado del duende, le dio el siguiente consejo:

—Cuando sientas un olor insoportable, es que él anda cerca. Toma esta mascarilla, te ayudará a respirar entonces. Sigue el olor y seguro que te llevará hasta la guarida donde oculta sus tesoros.

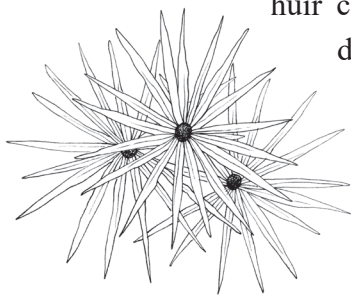
Cuando estuvo totalmente equipado y sin dudarle más, Len se adentró en la cueva seguido por Sachi. Al principio, el corredor era estrecho, pero enseguida se abrió y se encontraron en un pasillo amplio y de gran altura. Según se adentraban, aparecían cada vez más agujeros en la roca, muchos de ellos eran lo suficientemente grandes como para que reptara por ellos una persona, pero otros eran apenas como madrigueras de conejo. Como ya les habían advertido, aquello era un laberinto. Sin ninguna pista que les indicase hacía dónde dirigirse, decidieron avanzar

con sigilo y lentamente. En el interior, el frío era cada vez mayor. A lo lejos, se oía el repiqueteo de gotas golpeando contra un suelo encharcado, su ritmo rompía el absoluto silencio. La luz de la bombilla sobre las rocas creaba sombras escurridizas; más de una vez, creyeron ver un rostro en aquellas proyecciones. Indeciso, Len apagó la linterna y se acurrucó contra una pared. Sachi, asustado, hizo lo mismo bajo sus pies. Estuvieron quietos durante un rato hasta que al perro salchicha, gracias a su finísimo olfato, se le escapó un sollozo. Len no tardó en captar el nauseabundo olor que se acercaba. Aún con la mascarilla, tenía que aguantar la respiración para soportar el fétido aroma a huevos podridos. Esperaron hasta que oyeron el sonido de algo que se arrastraba. En el momento en el que se detuvo, Len encendió la linterna en dirección al olor. Tuvo el tiempo justo para ver un rostro gris y arrugado. El duende lanzó un chillido y se escabulló en el interior de su agujero. El túnel por el que había huido era muy estrecho y tuvieron que arrastrarse para pasar por él. Al final, cayeron a un pequeño foso, allí Len chocó contra algo metálico enterrado en el barro. La guarida del duende no podía estar lejos. De aquel foso partían a su vez varios túneles. Era el momento en el que Sachi tenía que demostrar su valentía y su talento como perro sabueso, escrutó los agujeros y se decidió por uno. Este era aún más estrecho que el anterior, pero Len, gracias a su delgadez y a su habilidad como contorsionista, se estiró y avanzó por allí como una lombriz. Después de reptar un rato, asomó la cabeza por el otro extremo y vio una gran estancia húmeda y maloliente repleta de todo tipo

de cacharros brillantes tirados en desorden. Allí estaban las agujas del reloj, el gallo de la veleta, las cacerolas, la cubertería y muchas otras cosas. Pero no había rastro de la biela. Desde lo alto, alguien les lanzó un objeto que impactó contra el casco de Len. Tuvieron que recular al interior del túnel, era imposible asomar la cabeza ante la lluvia de objetos que el duende furioso les arrojaba. El jardinero se retorció para alcanzar su flauta, en aquella postura, solo podía tocar con una mano, pero aun así improvisó una melodía que se impuso suavemente a los gruñidos del duende. El efecto fue inmediato, la lluvia cesó y se hizo el silencio. Seguramente, pensó Len, el duende se habría escabullido. Salieron del túnel y comenzaron a buscar entre la chatarra. Entonces se oyó una risa en lo alto. Len llevó hacia allí su linterna y vio al duende sentado en una repisa, a su alrededor estaban los objetos más valiosos: joyas, una gran espada con muchos adornos y la biela de oro.

—¿Qué buscas? ¿Qué buscas? —repitió el duende con sorna, su voz era un graznido.

Len no quería revelar su objetivo. El lugar en el que se hallaba la biela era inalcanzable para él, si hubiese intentado trepar, el duende habría tenido tiempo de sobra para huir con ella. Decidió martirizar al duende con otra melodía, ahora podía utilizar las dos manos, pero en el momento en el que tocó las primeras notas, el duende comenzó a saltar entre carcajadas y a escupir.



—¡Toca! ¡Toca! ¡Toca! —repetía histéricamente.

¿Por qué la música no tenía efecto? Quizás fuera porque el duende se sentía protegido en el interior de la montaña. Len cesó de tocar, pero el duende no paraba de gritar: ¡Toca!

—Soy un músico profesional —replicó Len—. No puedo tocar sin algo a cambio.

—¿Qué quieres? Eh ¿Qué quieres? —preguntó el duende con desprecio.

—Me he fijado en aquel objeto dorado de forma alargada —respondió Len señalando la biela.

—Tu sucia música no vale tanto.

—¿Cuál es el precio por ese objeto?

—Dame tu flauta. Dámela. Tú no sabes tocar. Yo sí sé.

Len observó su instrumento. Era una modesta flauta de madera con un anillo plateado que unía la embocadura con el cuerpo. Si no le gustaba la música y la flauta no era un objeto demasiado valioso, ¿por qué la quería? De cualquier modo, aquel intercambio parecía la única manera de obtener la biela y poder llegar cuanto antes a Olalla. Quería mucho a su flauta, que lo había acompañado en todas sus aventuras, y le costaba mucho desprenderse de ella; aun así, decidió que lo mejor era no apegarse innecesariamente a las cosas. Flautas había muchas, Olalla solo había una.

—Está bien —respondió el jardinero—. Hagamos un intercambio. La flauta por la biela.

—¡Bien! ¡Tráela aquí! ¡Dámela!

Pero el duende no era de fiar, así que tenía que tomar alguna precaución. Len propuso dejar los objetos en el

centro de la caverna. Él dejaría la flauta y luego el duende dejaría la biela y podría llevarse la flauta. El duende aceptó el trato, aunque el jardinero estaba convencido de que no lo cumpliría. Por eso, al dejar la flauta, enroscó disimuladamente su hilo guía alrededor de algunos objetos que sobresalían. El duende bajó ágilmente, dejó la biela al lado de la flauta y, como Len había supuesto, al coger la flauta agarró también la biela y quiso escapar de un salto. En ese momento, Len tiró del hilo y un lazo se cerró alrededor de uno de los tobillos del ladrón. El duende gritaba histéricamente y pedía que lo liberasen, pero el jardinero tenía fuertemente agarrado el hilo.

—No has cumplido tu trato —le reprochó Len— ¿Por qué habría de liberarte?

—¡Por favor! ¡Por favor! —repetía el duende como única respuesta.

El jardinero, que siempre era honesto en los tratos, decidió que lo justo era que el duende fuera liberado cuando le hubiera entregado la biela, y así se lo exigió. El duende, que no tenía otra opción, entregó su botín. Cuando tuvo en su poder la biela, el jardinero, intentando no tocar al duende y aguantando la respiración, liberó el lazo. El duende se escabulló inmediatamente en la oscuridad.

Len y Sachi aprovecharon para volver por donde habían venido. Reptaron nuevamente por el túnel y llegaron a la estancia más pequeña. Entonces, oyeron espantados el sonido hueco de una flauta tocada sin sentido desde algún sitio sobre sus cabezas. Len imaginó el fétido aliento del duende soplando en su querida flauta. Lo que se oía no

podía calificarse de música, era más bien un desorden de notas entre bufidos. Aquello era demasiado para el pobre jardinero, la necesidad de escapar de allí se transformó en angustia. Len agarró el cable que llevaba sujeto para buscar el camino de vuelta, intentó seguirlo, pero se dio cuenta de que estaba roto. Tenían que encontrar el otro extremo del cable para poder regresar. No era fácil, las paredes y el suelo eran un lodazal y el hilo estaría enterrado en algún lugar. Mientras el jardinero buscaba agachado, el duende se abalanzó sobre él y comenzó a golpearlo y a tirarle del pelo.

—¡Dámela! ¡Dámela! —Gritaba intentando arrebatarle la biela. Sachi ladraba a su alrededor, pero no se atrevía a acercarse. En el fondo, era un perro muy pacífico y jamás entraba en ninguna pelea. De un manotazo, el duende le arrebató la linterna, que cayó a un charco y se apagó. En completa oscuridad, exhausto por el ataque de aquella alimaña furiosa, Len lanzó una coz desesperada que empujó al duende hacía el otro extremo. Inmediatamente, el jardinero siguió al perro salchicha que con sus ladridos desesperados intentaba señalar la vía de escape. Reptaron con mucho cuidado en la más completa oscuridad. Sabían que el duende iba tras ellos, podían olerlo. Cuando llegaron al final, sintieron el espacio abierto a su alrededor. El jardinero no sabía si aquello era el pasillo principal por el que habían venido, pero tenía que confiar en Sachi. De nuevo, el duende cayó sobre él, esta vez con mayor furia. Len sintió que no iba a poder resistir mucho tiempo. El atacante no era muy fuerte, pero se movía a su alrededor

como un gato y le lanzaba patadas y arañazos. El jardinero sujetaba la biela por un extremo y el duende por el otro. La oscuridad, el olor, el cansancio y el dolor estaban a punto de hacer que Len soltara su presa, solo el recuerdo de Olalla le hacía resistir. Justo en el momento en el que más desesperado estaba, desde algún lugar profundo surgió el rugido ensordecedor de una trompeta. El eco de la música llegó con tal fuerza que el duende salió disparado como si le hubieran dado un gran empujón y se perdió en la oscuridad. Realmente, lo que aterrorizaba al duende no era la música en sí, sino el estruendoso timbre de unos peculiares instrumentos: los de Hug y Zes. Len miró hacia el origen del ruido y vio un pequeño punto de luz.

Cuando el jardinero asomó la cabeza por la grieta, Hug dejó de tocar la gran trompeta. Len estaba dolorido y cubierto de barro, pero llevaba la biela consigo. Entonces se dio cuenta de que con él no venía el perro salchicha. A pesar de su penosa situación, Len se sacudió el polvo, le dio la biela a Zes y se dispuso a entrar de nuevo para buscar a su amigo. Hug le suplicó que al menos descansase, pero el jardinero no quiso escucharlo. Podía perder una flauta, no a un amigo.

Pero justo cuando Len se disponía a volver a la oscuridad, algo se movió tras los matorrales. Era un pequeño perro salchicha que llevaba en la boca una flauta de madera.

7. UN TREN EN MARCHA

Después de la aventura en la mina, Len y Sachi permanecieron todo el día en la estación para recuperarse. Más allá del susto, solo tenían algunos rasguños, por lo que decidieron no demorarse más. Zes arregló la locomotora aquella misma tarde y, al día siguiente, se despidieron de ella con sinceros abrazos. Len prometió volver por allí algún día. Los dos ancianos le dieron muchos consejos sobre el viaje y víveres para el camino.

El tren salió resoplando de la estación como un caballo enfurecido. Había estado acumulando durante años las ganas de cabalgar y cruzó la estación como una centella. Hug manejaba la máquina con medio cuerpo asomado a la ventana. Quería sentir de nuevo el rostro contra el viento mientras sus alaridos lo atravesaban. El viejo maquinista gritaba con una voz que parecía salida del pecho de un gigante. Len y Sachi se sentaron en el pequeño vagón, cada uno en un asiento junto a una ventana. Desde allí podían ver el paisaje deshacerse en la distancia. Era estupendo poder marchar tan rápido y descansar de tanto pedaleo.

Enseguida perdieron de vista la última casa del pueblo. Frente a ellos, la vía parecía resurgir para llevarles a través

de la llanura, aunque su mal estado hacía que el tren avanzara dando botes. Después de la euforia inicial, el maquinista se dio cuenta de que tenían que reducir la velocidad porque si no saldrían despedidos. Avanzaron más despacio y así pudieron disfrutar mejor de las vistas. Si se miraba a lo lejos, aquel páramo no era tan monótono. El horizonte se perdía entre vetas de colores variados que se reflejaban en las piedras. Len se acercó a la cabina del maquinista para ver cómo funcionaban los controles. Hug sujetaba un volante de hierro y una palanca. De vez en cuando apretaba algún botón, abría la chimenea por la que salía un humo negro o tiraba del claxon, no había otra razón para ello más que el puro goce de oír el fuerte silbido de la locomotora.

Durante un rato, no se cruzaron con nada ni nadie hasta que por fin vieron a lo lejos al guardavía. El hombre se había alzado al sentirlos llegar. Cuando estuvieron a su altura, se asomaron para saludarlo. Hug levantó su gorra en señal de triunfo mientras Len dejaba que su rizos se espachurrasen contra el viento. El guardavía levantó los cuatro brazos en un gesto heroico y sublime. Era imposible saber cuál era el sentido exacto de sus señales, pero sin duda parecía querer decirles: ¡Adelante! El guardavía lanzó un grito de entusiasmo para corresponder a sus saludos, tan entusiasmado estaba que no vio un gran coche negro que se acercaba por una de las carreteras. El coche tuvo que pararse para no chocar con el tren. Len, al ver el vehículo, no pudo dejar de recordar a Olalla.

Estuvieron casi todo el día viajando. Cuando comenzó a anochecer, Len y Sachi se hicieron un hueco en el vagón

para dormir. Hug, sin embargo, no estaba cansado, tantas ganas tenía de conducir su locomotora que siguió a los mandos mientras se deslizaban llanura abajo. Al amanecer, seguían marchando y el jardinero observó que las vistas apenas habían cambiado. Hug continuaba conduciendo sin descanso mientras cantaba con voz potente viejas canciones de maquinistas. Len quiso acompañarlo con su flauta, pero el fuerte viento dispersaba sus notas. Por fin, algo rompió la monotonía del paisaje. Frente a ellos comenzó a dibujarse la silueta azul de una cordillera.

—¡Recuerdo esas montañas! —Grito Hug— ¡Cuánto tiempo! Es la cordillera de Despeñasapos. Un viaducto la atraviesa de parte a parte.

—¿Y qué hay después de ellas? —preguntó Len.

—¡El mar! Y después ¡Tutiburgo!

Al oír aquello, el recuerdo de Olalla volvió a la mente del jardinero. Siguiendo por aquella vía, pronto llegarían a la ciudad donde ella se encontraba.

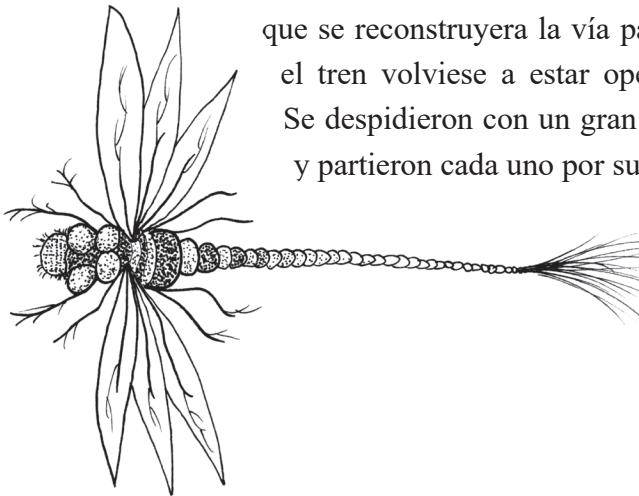
Pero no todo iba a ser tan fácil. De repente, el tren comenzó a dar botes. Hug tuvo que reducir la marcha. La locomotora apenas era capaz de continuar, no es que se hubiese quedado sin combustible, aún les quedaba carbón para mucho rato. Lo que sucedía era que la vía se estaba consumiendo bajo sus ruedas. Llegó un momento en el que tuvieron que parar, los raíles estaban cortados y se abrían desperdigados. Las traviesas, igualmente rotas, desaparecían poco a poco bajo la tierra. Unos metros más adelante, el camino ya no existía. Si querían continuar, tenían que hacerlo a pie o en bicicleta.

Hug se bajó del tren y examinó la situación. No había nada que hacer. Era imposible reconstruir la vía, para ello harían falta obreros y maquinaria. Sintiéndolo mucho, les dijo, tenían que despedirse en aquel punto. Como tenía buena memoria y aún recordaba el camino, les indicó lo mejor que pudo cómo continuar. Les dijo que siguieran en lo posible el rastro de la antigua vía y que cruzaran las montañas por el viaducto que, seguramente, aún estaría en pie. Después, tendrían que buscar una manera de cruzar el canal hasta Tutiburgo.

—Hay un gran puente que lo atraviesa, pero, según recuerdo, solo dejaban pasar a los trenes y a los coches. Si no encontráis otro medio, en la orilla hay un pequeño puerto, seguro que algún pescador os acerca al otro lado.

Por su parte, el maquinista volvería por donde había venido. Su tren era tan especial que podía ir marcha atrás igual que marcha adelante. Les dijo que regresaría a la esta-

ción y desde allí encontraría la manera de que se reconstruyera la vía para que el tren volviese a estar operativo. Se despidieron con un gran abrazo y partieron cada uno por su lado.



8. EL ECO Y UN FANTASMA

Continuaron el camino guiados por los surcos de la vía sobre la arena hasta que desapareció el último resto. Pronto llegaron al pie de las montañas, era una cordillera rocosa salpicada por arboledas dispersas. Subieron dando vueltas y revueltas por unas cuestas tan empinadas que Len tuvo que bajarse de la bicicleta y caminar empujándola. Cuando estuvieron a gran altura, decidieron descansar. Se sentaron en una falda rocosa bajo la cual podía verse, si miraban a su espalda, la llanura que habían dejado, y si miraban de frente, un ancho cañón que en algún punto debía de ser cruzado por el viaducto del que les habló Hug.

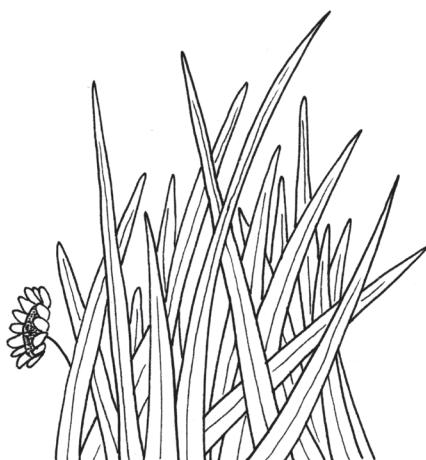
Aquel paraje tan hermoso seguro que tenía una acústica estupenda, así que Len decidió interpretar una de sus melodías. Tocó una vieja tonada inspirada en su bosque de origen y en sus pájaros. Mientras lo hacía, recordó a Olalla, al señor Bolino y al loro venezolano con quien tan buenas charlas tenía. La música sonaba amplificada por un eco inmenso. Sachi escuchaba en silencio, como hacía siempre que Len tocaba, disfrutaba con la música a pesar de ser un perro salchicha. Aparte de las situaciones de peligro, solo había dos momentos en los que ladraba: cuando veía una

rata de agua en el arroyo del bosque o, a modo de aplauso, cuando Len terminaba de tocar. Pero en aquella ocasión no tuvo tiempo. Cuando el jardinero aún no había llegado a la última nota, oyeron un estruendo de rocas caer en la distancia. Len se detuvo y aguantaron la respiración. El rugido rocoso se apagó lentamente, pero había sido solo un aviso. En cuanto se pusieron en pie, hubo un nuevo estruendo aún más fuerte. Parecía como si alguna montaña se hubiera derrumbado en el interior. Cuando cesó, se quedaron durante un buen rato absolutamente quietos y callados. Tenían que andar con el más absoluto sigilo, aquellas montañas eran frágiles y cualquier sonido las hacía temblar.

Vieron un rastro de la vía que continuaba por un desfiladero y lo siguieron hasta el borde del gran cañón. Caminaron por el filo en busca del viaducto, pero, cuando por fin lo encontraron, se llevaron un gran disgusto. El gran puente se había derrumbado y sus rocas estaban desperdigadas por el ancho valle. El derrumbe parecía reciente y aún podían verse nubes de polvo disolviéndose en el aire. Len se sintió culpable de aquel desastre, pero ¿cómo iba él a saber nada de aquello? Ahora, el único modo de cruzar al otro lado era bajar escalando al fondo y encontrar alguna manera de subir por el otro lado. Afortunadamente, las rocas del viaducto habían caído apiladas de tal modo que no fue difícil descender. Len se ató la bicicleta a la espalda y Sachi bajó tras él dando saltos.

Cuando llegaron abajo, estaba anocheciendo, así que decidieron acampar al abrigo de las ruinas. Cenaron unas tortitas de maíz y se metieron en sus sacos de dormir. La

oscuridad era total y el silencio absoluto, parecía como si estuviesen en medio de la nada. Entonces oyeron una especie de sollozo seguido de un susurro lejano. El sonido tenía un aire cavernoso, parecía surgido de la mismísima montaña. En aquel lugar tan solitario y en aquella noche tan negra, el inesperado murmullo los dejó helados. ¿Sería quizás el espíritu de la montaña que se lamentaba por lo que habían hecho? Len metió la cabeza dentro del saco y se acurrucó. Si había un espíritu, un fantasma o cualquier otra cosa, poco podían hacer. Así que, que gimiese y cantase todo lo que quisiera, ellos iban a dormir y por la mañana se marcharían lo más rápido posible. Les costó coger el sueño. Los sollozos continuaron como una cantinela siniestra y hasta pudieron escuchar un «Ay» que sonó casi como un grito, y después otro sonido distinto, como si unas rocas cayeran en alguna parte. Aquello era demasiado, ¿y si les caía a ellos alguna encima? Después de un buen rato, el murmullo cesó y pudieron dormir un poco.



9. UN BÚHO Y UN ÁRBOL DE PIEDRA

El lejano canturreo regresó con la luz del día. Len pensó que lo mejor sería desayunar rápido y marcharse cuanto antes, pero una vez que hubo luz suficiente, el paraje ya no era tan lúgubre. Al final, pudo más la curiosidad que el miedo, y el jardinero y Sachi decidieron acercarse al lugar del que procedía el sonido. Mientras caminaban entre los escombros, descubrieron con sorpresa un par de pequeñas esculturas. Una era la figura de un búho de cabeza grande y redonda, la otra parecía un arbolillo petrificado. Al otro extremo del cañón, vieron un amontonamiento reciente de rocas. El sonido surgía del interior de una de sus paredes. Cuando estuvieron cerca, distinguieron con claridad la voz de un hombre que hablaba muy bajito. Ya no gemía, como durante la noche, sino que recitaba una oración ininteligible, luego se detenía y se ponía a cantar muy suavemente. De vez en cuando, oían el sonido de piedras que caían alrededor del derrumbe. El lugar parecía peligroso. Len pegó la oreja a la pared y pudo entender claramente: «Aquí, psss, aquí», dicho con un tono de voz muy tenue, como cuando se habla de noche para no despertar a alguien. El joven siguió la indicación y llegó a un pequeño agujero del

tamaño de una mano abierta, miró por él y, al otro lado de la roca, vio el rostro negro de un hombre. Estaba tan oscuro que apenas podía distinguirlo, lo único que se apreciaba era una barba gris y unos ojos profundos y brillantes.

—Hola —dijo Len.

—Shhh —habla bajito, respondió el otro—. Esto puede caerse en cualquier momento.

Len, pegándose lo más posible al agujero, dijo su nombre suavemente. El hombre se presentó como Rolando, ermitaño de la montaña.

—¿Ermitaño? —Preguntó Len que nunca había oído esa palabra.

—Vivo aquí apartado del mundo y en silencio —respondió Rolando—. Pero ahora, como ves, la cueva en la que meditaba ha quedado bloqueada por un derrumbe.

Len, consciente de su responsabilidad en la catástrofe, le pidió disculpas y le confesó avergonzado que él, con su flauta, era culpable de ello.

—Tranquilo muchacho, seguramente no conocías estos parajes, así que no te sientas culpable —respondió el hombre que, a pesar de su desesperada situación, parecía tener muy buen carácter—. Además, no hay nada que no se pueda remediar. Del mismo modo que has hecho caer estas piedras, quizás puedas volver a levantarlas.

El jardinero, sorprendido por aquella afirmación, respondió que era imposible para una sola persona mover aquel enorme peso ¡Harían falta máquinas!

—Escucha, no hacen falta máquinas para mover las piedras, basta con una canción. Te lo demostraré.

Len, siguiendo la indicación del ermitaño, se apartó unos pasos. Rolando, desde su agujero, puso la boca como si sorbiera por una pajita y comenzó a emitir sonidos que parecían el canto de un pájaro ronco y perezoso. En un momento dado, abrió la boca ampliamente y soltó un gruñido, y luego volvió a canturrear como un pajarillo. Una piedra que sobresalía sobre el agujero comenzó a soltar arena hasta que terminó por desprenderse un pequeño fragmento que bajó rodando hasta los pies del jardinero.

—Llevo perfeccionando este arte desde hace muchísimo. Soy un escultor-cantor, con mucha paciencia puedo hacer pequeñas esculturas. Pero hay que tener cuidado, un sonido imperfecto puede hacer que esto se derrumbe, ya has visto que es un sitio muy delicado.

—¿Y por qué no te liberas a ti mismo?

—Tardaría años. Esta roca es enorme, mi canto solo puede mover pequeñas piedras con tiempo y gran esfuerzo—el tono de Rolando, después de la demostración, sonaba muy cansado—. Tú, con tu flauta, podrías quebrar esta roca. Solo necesitas práctica y seguir mis indicaciones.

—Si a ti te ha costado tanto, ¿cómo voy a conseguirlo yo en un rato?

Len estaba asustado y dubitativo ante el gran reto que le proponían. Pero su curiosidad y la insistencia de



Rolando, acabaron por convencerlo. El ermitaño le pidió que se situara a una distancia muy concreta de la roca, luego le hizo girarse levemente hacia la izquierda y agacharse un poco. Siguiendo las indicaciones de Rolando, tocó una nota grave, muy suave y prolongada. Rolando lo guiaba con la oreja pegada en la roca, oía sus crujidos y, según fueran, daba sus instrucciones. Después de un rato de ensayos, en los que Len apenas había tocado un par de notas, acordaron unas señales que Rolando le haría con la mano por fuera del agujero.

—Así, baja, sube —le decía—. Para, sube, suave, acércate...

Estuvieron un buen rato con aquel juego, tanto que hasta se les pasó la hora de comer. Len apenas había visto ningún progreso, pero Rolando, con su oreja en la pared, estaba muy concentrado con el avance de las «obras». Entonces, dijo que aquello era suficiente y que solo faltaba la «melodía final». Len se acercó y escuchó cómo su instructor le tarareaba una canción, que aprendió enseguida gracias a su excelente oído. El ermitaño le indicó: ponte allí, de esta manera, y tócala tres veces, subiendo y bajando según te señale, y mirando hacia donde yo te diga. La interpretación del flautista fue tan excelente que, justo cuando el sonido de la última nota se hubo apagado, se oyó un chasquido seco y la roca que tapaba la cueva de Rolando se quebró de arriba abajo dejando el espacio justo para que su ocupante pudiera salir al exterior.

10. UN BICHO PALO

Rolando era un individuo alto con una cabeza muy pequeña envuelta en pelo gris y rizado, era tan delgado y tenía los brazos tan largos que parecía un bicho palo. Cuando estuvo fuera, agradeció su liberación con una lenta reverencia e hizo gestos para que lo siguieran. El extraño personaje avanzaba por las rocas dando amplias y pausadas zancadas, ascendía por la ladera con una agilidad de insecto y un sigilo absoluto. Se detuvo a la entrada de otra cueva oculta por unos matorrales espinosos. Len, cargando con su bicicleta, y Sachi tardaron en llegar hasta él.

—Esta es mi cueva de descanso —les dijo—. La otra era mi cueva de meditación. Ahora está perdida, pero no importa, no tengo apego por las cosas, hay muchas cuevas por aquí.

El hogar de Rolando era una gruta estrecha en la que apenas cabían los tres. Estaba limpia y decorada únicamente con pequeñas estatuas esculpidas por el canto del ermitaño. Había una cestita con frutas de piedra, algunas flores y la figurilla de un oso. Los invitó a sentarse, sacó unos cuencos de piedra y unos frutos secos, y les sirvió una cena frugal pero muy rica. Cuando terminaron, les preguntó qué

hacían por aquellos solitarios parajes. Len contó que iban camino de la Capital para ayudar a una amiga que estaba en apuros. Desconocían el camino y viajaban con lo puesto, pero habían seguido la antigua vía para cruzar Despeñasa-pos. Rolando les indicó que su dirección era correcta, pero que, como habían podido comprobar, era un camino hace tiempo abandonado y peligroso.

—Cuando empezaron a pasar trenes por estas montañas, algo se despertó en ellas y las hizo tan peligrosas que los trenes tuvieron que dejar de pasar. Ya casi nadie viene por aquí.

Luego les dijo que su historia era noble, así que él, aun siendo de poquísimas palabras, les contaría brevemente la suya:

—Yo soy Rolando Expósito y vengo del lugar al que vosotros vais. Allí fui, entre otros oficios, vendedor ambulante, jugador de baloncesto y ladrón a sueldo. Para las dos primeras cosas no tenía talento, a pesar de mi altura, para la última sí, a pesar de mi buen carácter, lo cual me trajo tantos problemas que decidí huir y buscar un refugio para esconderme de la justicia que me persigue, y expiar mis culpas, que son muchas. Un día conocí a un hombre llamado Yun-Pun, un maestro en el antiguo arte oriental del *Satiyuga*. Yun-Pun vive con un perro y una cabra en una casa muy modesta; no tiene casi nada, lo justo para vestir y para comer, pero es muy feliz, sonrío siempre y dice cosas muy bellas. En una persecución de la policía, caí a un río, fui arrastrado por la corriente y casi me ahogo. Yun-Pun, que muchas tardes baja a la orilla a despedirse

del sol, fue quien me salvó. Bueno, más bien fue su perro, que es un gran nadador. Yun-Pun me acogió sin preguntarme nada y compartió conmigo lo poco que tenía. Su casa era una cabaña construida con cuatro tablas en el barrio más pobre de la ciudad. Sobrevivíamos con lo que le daba un pequeño huerto que tenía en su ventana, tomates y zanahorias, la leche de su cabra y lo que nos daban sus vecinos, que lo admiran por su sencillez y simpatía. En el barrio, Yun-Pun enseña el noble arte del Satiyuga, que consiste en andar ágilmente y en silencio sobre terrenos complicados, como una araña zancuda (que es lo que significa Satiyuga en Nimelandés, el idioma de Yun-Pun), meditar e inventar canciones que se cantan muy bajito, hacia uno mismo, todo a la vez. Después de un tiempo con él, me di cuenta de que la vida que había llevado no tenía ningún sentido ni futuro. Me sentí arrepentido y decidí seguir el ejemplo de Yun-Pun y vivir modestamente. Pero mi problema era que toda la policía de la ciudad andaba detrás de mí y la cárcel no es buen lugar para nadie, así que decidí marcharme y buscar un lugar solitario en el que meditar sobre mis errores y dedicarme al Satiyuga. Desde entonces vivo aquí, practicando el noble arte de la araña zancuda entre las rocas y cantándome canciones a mí mismo. Este es un lugar perfecto pues te obliga a estar en silencio, el aire es muy puro y la policía no viene nunca por aquí. Durante este tiempo, he desarrollado el arte de escultor cantor —dijo mientras sacaba de un cajón otras figurillas, como un gallo diminuto o un collar hecho con bolitas de piedra perfectamente esféricas—. Espero que algún día, cuando ya me hayan

olvidado en la ciudad, pueda volver para enseñarles a otros el noble arte del Satiyuga. Todos los que lo aprenden, viven más felices, se dan cuenta de lo inútil de muchos de nuestros deseos y son más generosos.

Len quedó encantado con la historia de Rolando. Pensó que sería estupendo aprender un poco de Satiyuga y conocer a Yun-Pun. Quizás, después de encontrar a Olalla, tuviera tiempo para ello. Al amanecer del día siguiente, Len y Rolando se despidieron. El ermitaño le dio algunas recomendaciones. Le dijo que, cuando estuviera en la ciudad, buscarse a su primo Orestes.

—Pregunta por él y él te encontrará. Cuando lo haga, dale la siguiente consigna: «El búho Mariano vuela sobre el campanario». Para que sepas que es él verdaderamente, debe responderte: «El búho Demetrio ya no caza en el cementerio». Orestes te ayudará en todo lo que necesites. Confía en él, es buena gente y no se dedica a los malos negocios, como hice yo un día.

Además de ese consejo, Rolando le hizo una advertencia:

—Si llegas al puerto y decides coger un barco para cruzar el canal, ten mucho cuidado. Las historias dicen que hay barcos fantasmas que engañan a los viajeros y les llevan a navegar por un mar de niebla en el que pierden la memoria y no se vuelve a saber nada más de ellos. Yo no es que crea en esas supersticiones, pero es verdad que, con cierta frecuencia, se pierden barcos sin que haya tormenta. Nadie sabe lo que les sucede. Si has de cruzar en barco, hazlo en un día soleado.

11. UN AUTOBÚS, UN JERSEY VERDE Y UNA CAÑA DE PESCAR

Rolando los acompañó por un atajo hasta el borde de la montaña. Allí se despidieron definitivamente. Ante ellos, el camino abandonado por el que antiguamente pasaba el tren se perdía en una llanura que descendía suavemente hacia el horizonte. Como hacía un día muy soleado, al fondo se distinguía una franja de azul grisáceo. Era la primera vez que Sachi y Len veían el mar. También había una gran carretera que atravesaba las montañas por un inmenso túnel muy al sur. El magnífico día resaltaba los colores de aquella tierra hermosa y verde. El jardinero se preguntó cómo era posible pasar de una región tan árida y rocosa en el otro lado de Despeñasapos a una tan fértil. Imaginó que sería por culpa de las montañas, que frenaban las nubes cargadas con agua de mar, por lo que la lluvia caía casi siempre en aquella zona costera. Con estos pensamientos cruzaron aquel trecho durante medio día. De vez en cuando, se paraban a la sombra de algún árbol frutal y se comían una pera, a Sachi le encantaban, o recogían frutos silvestres de los matorrales que crecían al borde de los caminos. Según se acercaban a la costa, se

veían algunas casas dispersas por el paisaje y gente atareada con sus cosas.

El camino terminaba en la gran autopista, que se adentraba en el mar sobre un larguísimo puente de hierro cuyo final no se veía al otro lado de las aguas. El cruce estaba a la entrada de un pueblo costero que se extendía desperdigado por una pequeña bahía, la mitad de la cual era ocupada por un puerto atiborrado de barcos y grúas. A su alrededor, montones de hierros oxidados y desechos le daban al lugar un aspecto muy poco hospitalario. Len se dirigió hacia la carretera para ver si podía circular por ella. Era muy ancha, tenía cuatro carriles por cada sentido y una mediana con árboles pequeños. Además, había una vía diferente a la que habían seguido, era mucho más moderna y por ella pasaban trenes blancos y eléctricos a una velocidad altísima. El tráfico era muy denso, los coches, camiones, motos y autobuses se perdían en la distancia como centellas. La carretera estaba flanqueada por unas verjas metálicas. Buscaron algún lugar por el que acceder a ella y tuvieron que recorrer un buen trecho. Al final, encontraron la entrada al puente, había una caseta de hormigón con varios guardias que vigilaban el tráfico. En ese mismo lugar, un gran cartel indicaba que no estaba permitido transitar por allí con vehículos que no fuesen a motor; se prohibían expresamente bicicletas, monociclos, patines, caballos, carros tirados por caballos y, por supuesto, peatones, monos y perros. Observaron además que el puente no tenía aceras y los arcones eran muy estrechos y peligrosos. Preguntaron a los guardias de qué manera se podía cruzar el puente y les dijeron

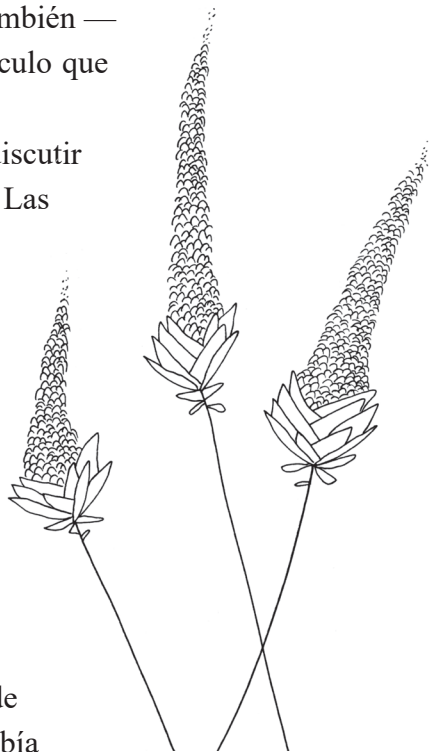
que en el pueblo paraban autobuses que llevaban hasta Tutiburgo. Fueron hasta la estación, que era un lugar sucio y pequeño encajonado entre edificios grises, y preguntaron a un hombre que veía la televisión en una taquilla.

—El precio es de 7 monedas y media —les dijo sin mirarlos.

Len tenía el dinero justo, aunque le daba un poco de miedo quedarse sin nada en un lugar desconocido como Tutiburgo. Antes de comprar el billete, el jardinero preguntó si los perros tenían que pagar algo. El taquillero lo miró con gesto huraño.

—Están prohibidos los perros, y las bicicletas también — contestó al ver el vehículo que Len llevaba a cuestas.

No era posible discutir con aquel hombre. Las normas eran muy estrictas y no iban a hacer una excepción para llevar a un vagabundo. Len no se había percatado de ello, pero su aspecto no era precisamente elegante. Las penurias de su viaje, a pesar de la hospitalidad que había



encontrado en el camino, le daban un aire desastrado. Solo tenía una muda de recambio y su ropa estaba desgastada y sucia. En ese momento, vestía un jersey de lana verde roto por los codos y cubierto de pelotillas, y un pantalón de pana azul lleno de remiendos. Se acordó entonces de las palabras de Rolando y decidió bajar al puerto en busca de algún amable pescador que pudiera llevarlos hasta la ciudad. Hacía un día muy soleado y no creía en historias de barcos fantasmas que raptaban a la gente. Más allá de la zona central del puerto, ruidosa y atestada, encontró un pequeño muelle en el que se mecían algunas barcas modestas. Las casas cercanas eran más pequeñas y acogedoras que los edificios que rodeaban la entrada a la carretera. Unos cuantos hombres, vestidos con trajes de pescador, altas botas de agua, gorra y jersey a rayas, deambulaban por allí ocupados en sus tareas. En el extremo del muelle, cerca de las ruinas de un viejo faro, vio a un hombre sentado junto a una caña de pescar cuyo hilo se perdía en las aguas. Tenía aspecto afable y tranquilo, al contrario que los tipos de la estación, así que decidió acercarse a él.

—¿Qué tal la pesca? —preguntó el jardinero para romper el hielo.

—Va.

—Qué día tan estupendo, ¿no?

—Pss —no era, desde luego, un gran conversador, así que Len decidió ir al grano.

—¿Sabe usted si hay algún barco que pueda llevarnos hasta el otro lado del canal, a la ciudad?

—Depende.

—¿De qué?

—De si hay peces —y justo en ese instante el hilo comenzó a dar tirones—. Mira, has tenido suerte. Mañana muy temprano saldré a pescar con mi barco, pasaré por el puerto de Tutiburgo, si quieres puedo dejarte allí.

Len, agradecido, aceptó la invitación. El hombre, que se presentó como Telmo, les dijo que no necesitaba que le pagasen nada, él iba a ir a la Capital, así que no le costaba nada llevarlos. Quedaron en verse al amanecer en aquel mismo lugar y se despidieron.



12. UN CÓMICO Y UN PARTIDO DE RUGBY

Len y Sachi pasaron la noche acurrucados bajo una vieja barca varada en una playa cercana. Aunque era una noche fresca por la brisa marina, para ellos fue una experiencia estupenda dormirse acunados por el rumor de las olas. Al amanecer, justo cuando los primeros rayos de sol asomaban por el horizonte, estaban puntuales en el lugar indicado. A pesar de que el día anterior había sido limpio y soleado, aquel amaneció cubierto por una niebla que difuminaba las luces de la aurora. Esperaron durante un cuarto de hora y la niebla se espesó hasta ocultarlo todo. Entonces, silenciosamente, se formó la silueta de una pequeña embarcación que se acercaba al puerto. Primero vieron una luz y luego el rostro de Telmo muy serio bajo una gorra.

—Subid —les dijo simplemente.

El jardinero dudó al recordar la advertencia de Rolando. Pero luego pensó que aquella era una superstición absurda, seguramente la niebla era típica de los amaneceres marinos. También el bosque amanecía muchas veces cubierto por aquel manto, pero en poco tiempo se despejaba y brillaba el sol. Decidió no dejarse asustar por historias de fantasmas y subió a bordo con Sachi.

El barco era un pequeño pesquero con una cabina en la que apenas cabían los tres. Telmo se ocupaba del timón sin decir nada, Len y Sachi viajaban sentados en la popa mirando crecer el mar por una ventanilla. Lejos de dispersarse, la niebla parecía no tener fin y se extendía a lo largo de toda la superficie del mar. El aire era muy húmedo y diminutas gotas chocaban contra ellos. Telmo vestía un aparatoso chubasquero amarillo, pero el jardinero no estaba preparado para aquel ambiente y la humedad se le metía por los huecos del jersey. A pesar de todo, Len disfrutaba del espectáculo marino. En más de una ocasión creyó ver un gran pez saltar a su alrededor. Cuando el aire se volvió menos frío, se asomó por la borda y contempló el panorama que los rodeaba. La niebla se estaba dispersando, ascendía hacia lo alto y filtraba la luz del sol dándole al paisaje un barniz espectral. Sachi, por su parte, se escondía bajo la butaca intentando aguantar el mareo que le provocaba el vaivén del barco. Ya llevaban un buen rato navegando y Len estaba impaciente por divisar Tutiburgo. Bajó a preguntarle a Telmo si faltaba mucho para llegar. El piloto giró ligeramente la cabeza y contestó con media sonrisa:

—No, ya queda muy poco.

Ya casi no había niebla y el jardinero salió a mirar el horizonte con la esperanza de ver, en cualquier momento, una línea maciza que fuera creciendo hasta convertirse en la silueta dentada de una gran urbe. Pero nada de eso ocurrió, lo que apareció, muy al fondo y enfilada directamente hacia ellos, fue la silueta de otra embarcación. Al principio no se distinguía si era un barco grande o pequeño, pero

poco a poco se fue agrandando hasta que se pudo apreciar la forma redondeada de un galeón antiguo con dos filas de dos velas cuadradas totalmente desplegadas. Len se extrañó de ver un barco como aquel cerca de la ciudad. A pesar de no haber navegado nunca, había visto ilustraciones de barcos antiguos en la biblioteca de su pueblo. Pensó que sería alguna reliquia que aún se conservaba. Seguramente, pronto verían muchos más barcos, pero eso no sucedió. El galeón que venía hacia ellos no tenía el aspecto de estar muy cuidado ni de ser una reliquia de museo. Cuando estuvo cerca, pudieron apreciar que era una nave destartada y sucia. Las velas tenían manchas y remiendos por todas partes. Más de un mástil estaba quebrado, el casco estaba apuntalado por muchos sitios y la basura colgaba por la borda. Parecía increíble que aquello pudiese flotar.

Pero lo que más llamó la atención de Len fue la pequeña bandera que ondeaba en lo alto del palo más alto. Era negra y en su centro tenía una calavera sobre una cruz de huesos. En un principio, el jardinero pensó que aquello debía de ser una broma, o quizás el barco formaba parte de algún parque de atracciones. Bajó a la cabina a preguntar a Telmo, pero no lo encontró. ¿Qué sucedía? ¿Dónde se había metido aquel hombre? Len y Sachi, acurrucados en el interior de la pequeña barca pesquera, esperaron sin poder hacer otra cosa. El galeón ya estaba encima de ellos y, en cualquier momento, aparecería sobre sus cabezas algo parecido a un pirata. Len recordó las viejas historias de piratas, bucaneros y corsarios: hombres rudos y barbudos con patas de palo, grandes sombreros y parches en el ojo, y

sus secuaces, llenos de cicatrices, grasientos, desdentados y malolientes, hombres feroces y curtidos en mil batallas; unos mancos y otros cojos, borrachines y crueles, sedientos de tesoros y de libertad. Entonces alguien se asomó, era un joven enclenque, pelirrojo y pecoso, con una camiseta verde esmeralda, unos pantalones cortos, medias y botas de fútbol.

—¡Ha llegado un paquete del cómico! —gritó con voz chillona.

Inmediatamente, aparecieron otros hombres diversos, todos vestidos de futbolistas, unos con camiseta verde y otros roja. Salvo uno, que vestía de negro. Hablaban todos a la vez y era imposible distinguir sus palabras. Alguien tiró una escalerilla y bajaron dos tipos gruesos con camisetas rojas. Registraron a Len y lo empujaron al fondo del barco mientras el pobre Sachi, mareado por el viaje, se escondía tras el jardinero.

—¡Es un vagabundo con un perro! —gritó uno.

—¿Un vagabundo? —respondió alguien desde lo alto. Era un personaje barbudo y bajito que vestía camiseta verde—. Estúpido cómico. ¡Traedlos!

Len cogió a Sachi en brazos y subió escoltado por los esbirros. Cuando llegaron arriba, fueron rodeados por un montón de hombres sudorosos. Uno de ellos sostenía un balón con forma de melón. La superficie del barco no desentonaba con el aspecto destartado y mugriento que se veía desde fuera. En mitad de la cubierta habían dibujado un rectángulo con dos palos a cada extremo. Supuestamente, los piratas jugaban allí al rugby, aunque el campo era

tan pequeño que apenas cabían dos equipos de cuatro jugadores.

—Un vagabundo y un perro... Así no hay manera de piratear decentemente —murmuró el hombre de la barba mientras se paseaba a su alrededor. Se trataba de un individuo rechoncho que ocultaba sus mofletes colorados tras unos cuantos pelos largos y estropajosos.

Después de examinarlos de arriba abajo, el hombrecillo se paró ante ellos en una pose que pretendía ser amenazadora, pero resultaba más bien ridícula.

—Soy el capitán Garzoso —dijo gritando mucho con una vocecilla nasal—, más conocido como Barbañil, el terror del paralelo setenta y siete.

—Y más allá desconocido —apostilló un hombre desdentado.

—Si os resulta gracioso mi mote —continuó el capitán mirando de reojo al que había dicho aquello—, debéis saber que me lo puso una tía mía, por este pequeño mechón azulado. Y tengo tanto cariño a la memoria de esa tía que cualquier broma es castigada con el destierro.

—Es decir, que te tiran al mar —aclaró otro.

—Y vosotros, ¿qué hacéis en estas aguas?

—Vamos a Tutiburgo.

—¿Tenéis riquezas?

—Tengo siete monedas y media, una flauta y esa bicicleta que está en el barco —al escuchar aquello, toda la tripulación pirata estalló en una carcajada.

—¿Parientes? ¿Tenéis parientes que puedan pagar un rescate?

—Yo... no tengo a nadie —respondió el jardinero con cierta tristeza. Aparte de su abuela, que era pobre y estaba sorda, Len no sabía de la existencia de ningún pariente cercano.

—¿Qué hacemos con ellos? —empezó a preguntar repetidamente el hombre desdentado.

El capitán Garzoso se mesaba la barba con gesto de disgusto. No dejaba de murmurar: un vagabundo y un perro, una bicicleta y una flauta...

—¿Para qué vais a la ciudad?

—A ver a... recorrer... mundo —improvisó Len.

—¿Y el perro?

—El perro viene conmigo, es mi amigo.



13. UN MONO Y UN POETA

Como no tenían riquezas, los piratas no sabían muy bien qué hacer con ellos. Les dijeron que a los inquilinos que se negaban a colaborar los torturaban para que declarasen dónde estaban sus fortunas, pero era evidente que aquel jardinero sucio y deshilachado y su perro salchicha eran simples vagabundos temerarios que no sabían nada del peligro de aquellas aguas.

—Acaso no habéis oído hablar del famoso paralelo setenta y siete, de los calamares gigantes, de las nieblas fantasmales que se llevan a los barcos, de las islas plagadas de caníbales o del mil veces temido galeón de Barbañil —Pero Len, aparte de los cuentos de Rolando, no sabía nada de todo aquello.

Al final, a la espera de decidir qué hacer con ellos, los metieron en una bodega oscura y mugrienta llena de bultos y barriles vacíos y malolientes. Allí se acomodaron lo mejor que pudieron. Podían oír los pisotones y los gritos de los piratas que habían reanudado su partido. En el techo había un pequeño escalón con un diminuto agujero por el que entraba la luz. Len se encaramó a una caja y observó por allí un pedazo de lo que sucedía en el exterior. Los

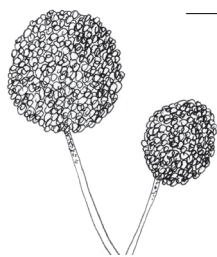
piratas, en equipos de tres contra tres, jugaban a algo parecido al rugby. Corrían de un lado a otro, se golpeaban y se apelotonaban alrededor del balón. El partido no tenía mucho sentido y de vez en cuando alguno de los jugadores le daba una patada tan fuerte a la pelota que esta se perdía en el fondo del mar. Entonces, los demás protestaban y bufaban, pero tenían, a un lado de la cubierta, un gran montón de balones de rugby que iban usando cada vez que los necesitaban.

—Son como niños. Cuando se encaprichan de algo, ellos tienen que hacerlo —dijo una voz tenue y ronca desde el fondo. Len bajó de la caja y escrutó la oscuridad, pero no vio a nadie.

—¿Hola?

—Hace unos días, robaron no sé dónde todos esos balones de rugby —respondió la voz. Unos ojos hundidos, seguidos de un rostro arrugado y cubierto de pelo gris enmarañado emergió de las sombras—. No tienen ni idea de jugar, y ni siquiera tienen la paciencia de esperar a estar en la isla para hacerlo en condiciones, así que ahí los tienes, tirando balones al mar. Cuando se les acaben, seguro que hay pelea.

—¿Quién eres?



—¿Y tú quién eres? —preguntó el viejo, que parecía no haber oído o no tener ganas de contestar.

—Yo soy Len pinza y este es Sachi, vamos a la ciudad. Pero hemos sido engañados y...

El viejo irrumpió con una carcajada muda.

—Seguro que el cómico os trajo aquí. —Len intentó explicar que habían venido en el barco pesquero de un tal Telmo, pero el viejo siguió con su historia como si no le escuchara—. Le llaman el cómico porque es tan gran actor que engaña a todos, y también porque no tiene ni pizca de gracia.

Y se echó a reír mostrando una dentadura amarilla y llena de huecos. En aquel momento, notaron otra presencia que se movía entre las sombras, algo se había colado en la bodega desde algún agujero. Sachi gruñó desconfiado hacia un pequeño ser que colgaba de una viga, era un personaje pequeño y peludo que vestía un chaleco bermellón. Len pensó en el duende y un escalofrío recorrió su espalda. El visitante lanzó un chillido y de un salto se encaramó sobre una pila de cajas. Eran un pequeño mono flaco y marrón, su rostro era plano y diminuto, y sus ojos dos grandes botones oscuros que lo miraban todo con curiosidad.

—Ahí está Cualpié, el mono del capitán —dijo el viejo—. Es inofensivo, pero muy cotilla. Si le dais un plátano, será vuestro amigo para toda la eternidad.

Desgraciadamente, no tenían nada que darle, aunque las palabras del viejo sonaron más a broma que a otra cosa. Len, para no disgustar al mono y que no huyese dando chillidos o los atacase, intentó decirle palabras amistosas. El viejo, ante aquellas declamaciones, se echó a reír otra vez.

—Solo entiende el idioma malayo, ese es su origen, según he oído.

Len pensó que si Olalla estuviese allí, sin duda podría entablar una conversación con aquel mono, la recordaba estudiando lenguas rarísimas y de países remotos. Pero Cualpié no parecía agresivo en absoluto, se dedicó a saltar de un lado a otro y a observarlos con interés. Poco a poco, Sachi empezó a tranquilizarse hasta que dejó de gruñir. El mono se metió en un barril y salió con un puñado de frutos secos que se comió delante de ellos. Len, con precaución, examinó otro barril y encontró en su fondo más frutos secos. Aunque estaban bastante rancios, al menos calmaron un poco su hambre y el de Sachi. Luego, el mono saltó hacia un rincón oculto y se quedó allí observando algún objeto misterioso escondido tras las sombras. Pudieron ver un destello metálico y algo que se movía. Len se acercó y vio una gran jaula con la copa redondeada en cuyo interior había un hombre diminuto, más pequeño incluso que el mono. Len pensó que quizás se tratase de otro mono. Pero al mirarlo más de cerca vio que era una persona de color muy claro; su cabeza era muy redonda y su ropa una sola pieza oscura. Estaba acurrucado y ocultaba su rostro entre las piernas mientras Cualpié le tiraba pedazos de cacahuete que el hombre ignoraba.

—Ese es Pequeño Poeta, Little Poet, Petit Poète—dijo el viejo, y siguió enumerando el mismo nombre en muchos idiomas—, Piccolo Poeta, Wenig Dichter, Pouco Poeta, File Beag, Trochè Poeta, Kkis Költő, Iti Rohi Pehe, Pieni Runoilija, Mshairi Kidogo, Paulo Poet, Sedikit Penyair, Cimo Badeg...

El jardinero se acercó e intentó hablar con el hombre-cillo, pero este no se movió. Podía notar cómo respiraba, pero ningún gesto más. Len preguntó al viejo *qué* era aquel ser tan extraño.

—Es un hombre como tú y cómo yo, salido de no se sabe dónde. Lo trajeron hace unas cuantas semanas y desde entonces está ahí, sin moverse y sin apenas comer. El capitán lo llama Pequeño Poeta y a veces se lo lleva e intenta que le recite algún verso o le cante alguna canción. Oí decir que es mago o algo parecido, y que su poder consiste en hacer algo, no sé qué, con su poesía —dijo esto con cierto sarcasmo y escupió groseramente—. A mí me parecen tonterías. No es más que un pobre indígena escuchimizado, inútil y pobre, como tú y como yo.

Cualpié se cansó pronto de jugar con Pequeño Poeta y se puso a dar vueltas por allí hasta que se cansó igualmente y se marchó por donde había venido. Un rato después, se abrió una ventanilla y les arrojaron algo de comida: puré indefinible, queso rancio y pan duro. Len repartió lo poco que había entre los cuatro. Al viejo, que no tenía dientes, le dio el puré, y este se lo agradeció con una de sus risas sordas. A Sachi un trozo de queso y de pan. Y el resto lo repartió entre él y el poeta, al que le dejó su comida, como mucho cuidado, al borde de la jaula. Al acercarse, pudo ver fugazmente su cara, tenía un rostro sereno y joven, pero enseguida se volvió a ocultar.

El panorama era verdaderamente extraordinario, pensó el jardinero. Encerrados en la bodega de un barco mugriento con un viejo sin nombre y un poeta diminuto en una

jaula, además de la compañía esporádica de un mono malayo. No era ese el destino en el que pensó cuando salió de la casa de los Bolino. A estas alturas, había imaginado que estaría ya en la ciudad con Olalla, aunque quizás eso ya no ocurriese jamás, ¿cómo iban a escapar de aquella siniestra prisión? Hasta ese momento, el recuerdo de Olalla lo había mantenido con fuerzas y buen ánimo. Pero allí, consciente de que se alejaban de la ciudad y de su casa presos en aquella carcasa flotante, la tristeza comenzó a embargar al pobre jardinero. Estaba sumido en esas cavilaciones cuando se abrió la compuerta y unos hombres, ya sin el traje de rugby, bajaron a buscarlo.

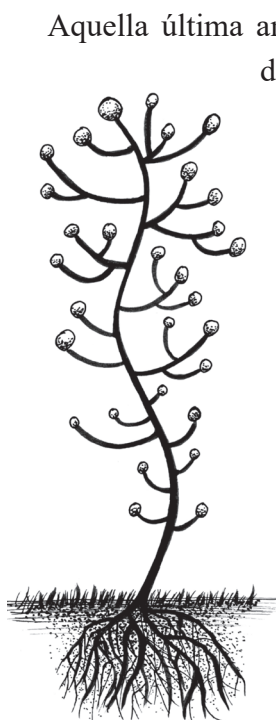
Len cogió a Sachi, que temblaba de miedo ante la visita de aquellos esbirros, y uno de estos se llevó la jaula de Pequeño Poeta. Antes de salir, Len miró al rincón del viejo, que se había ocultado en la oscuridad, y vio fugazmente cómo se llevaba un dedo a la boca para pedirle que guardara silencio.

14. UN LIBRO, TIBURONES Y ATUNES

Los llevaron al puente de mando donde esperaban el capitán y algunos otros. Garzoso iba vestido como un jinete, con altas botas de cuero, chaquetilla y una gorra. Como no vio ningún caballo, Len supuso que a Barbañil le gustaba disfrazarse para impresionar a sus marineros. En la cubierta, había hombres desperdigados que se dedicaban a las más diversas actividades de ocio. Unos jugaban al ajedrez, otros hacían gimnasia, jugaban al pin-pon, tocaban algún instrumento y había uno pintando un cuadro. No parecía que nadie se ocupase de las tareas propias del mantenimiento de un barco ni de su navegación, con razón estaba en aquel estado lamentable.

Dejaron la jaula de Pequeño Poeta sobre una peana. A su alrededor, el capitán y otros dos hombres, uno de ellos con grandes patillas y piel rojiza y curtida, hojeaban un gran libro y cuchicheaban. El hombre enjaulado continuaba acurrucado, y Len y Sachi se sentaron a su lado. Después de un rato, los piratas dejaron el libro y, con cara de mal humor, el capitán se puso a dar grandes pasos alrededor de la jaula. Se esforzaba en parecer temible y duro, pero su cara rechoncha y sus mofletes colorados desbarataban su fingida cólera.

—Bien, bien, bien... —A Barbañil le gustaba mucho repetir las cosas, cogía una palabra y se quedaba en ella indefinidamente—. Así que el pequeño mago no quiere asomar la cabeza. Ni una triste rima, ni un triste verso. Y ya no digamos un conjuro o un sortilegio. ¡Pero mi paciencia tiene un límite! —El capitán pensaba que el poeta era un brujo capaz de hacer algún prodigio, convertir la hojalata en oro o el papel higiénico en billetes—. Acaso tenemos que utilizar... otros medios para convencerte —continuó Barbañil con tono sibilino—. ¿Qué tal si te colgamos de las orejas? ¿O te encerramos en el cuarto de baño después de que el gordo Maj haya *soltado* una triple ración de cocido?



Aquella última amenaza sonó terrible. A lo lejos podía verse al gordo Maj, que ocupaba el asiento de tres piratas, comiéndose un enorme bocadillo grasiento. Pero Pequeño Poeta no se inmutó, parecía que nada de lo que pudieran hacerle le importara. Visto a la luz del día, parecía un ser desvalido e incapaz de hacer nada de lo que le pedían. El jardinero pensó que quizás estaba gravemente enfermo por culpa de su cautiverio y comenzó a preocuparse. Aquel hombre débil y desamparado despertó su compasión y su indignación ante el martirio que sufría encerrado en aquella jaula.

El capitán gritaba lo más fuerte que podía. No era demasiado, pero sí lo suficiente como para que algunos piratas dejaran las ociosas ocupaciones que los distraían y se acercasen a curiosear. Barbañil pataleaba de rabia. Tenía ante él a un hombre supuestamente prodigioso, capaz de hacer no se sabía muy bien qué, sin duda cosas extraordinarias, y no era capaz de utilizarlo. Cuando su ira pasó, jadeante, levantó la vista y se fijó en Len y Sachi.

—¿Y estos? ¿Qué dice el manual de vagabundos y perros?

El hombre de las grandes patillas pasó apresuradamente las hojas del libro hasta que encontró algo que le pareció adecuado a la situación.

—Dice aquí no sé qué sobre residentes de países no pertenecientes a la Organización del Tratado de la Unión Comercial Aduanera (OTUCA) —se aclaró la voz y procedió a citar—: En caso de entrada ilegal en aguas territoriales de tal y tal... por parte de personas humanas físicas en calidad de migrantes sin documentación o salvoconducto debidamente firmado por el consulado de tal y tal... , se procede a requisar bienes y/o pagarés... Y en caso de carecer de las mismas, bien sea en metálico o mediante documentos certificados por la competente autoridad financiera o despacho de notario...

—Vale, vale —interrumpió el capitán hoscamente—.
Ve al grano.

—...que aquellos que se encontraran en dicha situación, fueren arrojados a los tiburones.

Al oír la sentencia, un clamor de alegría estalló entre los piratas.

—Un momento —dijo uno al fondo—, aquí no hay tiburones.

—Mira el anexo de los tiburones, al final.

—Habla de orcas, calamares gigantes, etc.

—Espera, espera —esta vez fue Maj, que había terminado su bocadillo, el que interrumpió—. Por estas aguas no hay nada de eso. Que yo sepa, lo más grande que hay por aquí son los atunes.

Inmediatamente, se entabló una discusión sobre si arrojar a los reos a los atunes, navegar hacia el sur en busca de tiburones, u otra cosa similar, o, simplemente, arrojarlos al mar. Esta última propuesta fue rechazada tajantemente por el capitán porque en el *Manual del Pirata*, que era el libro que consultaban, tal cosa no estaba contemplada. Unos cuantos discutían sobre si, en vez de arrojarlos a los atunes, los arrojaban a los boquerones o a los peces globo. Y uno recordó que en su pueblo, en el trópico, había un río lleno de pirañas, quizás pudieran acercarse y él aprovecharía para visitar a sus padres. Otros propusieron castigos diferentes, pero tras una consulta al libro, decidieron que no se cumplían los requisitos legales. Además estaba la cuestión del perro, el manual no decía nada de perros.

Aunque el acuerdo parecía imposible, Len, que no quería ser arrojado a los atunes, a los boquerones ni a las pirañas, interrumpió la discusión para hacer su propia propuesta. Se acercó a la jaula del poeta, olvidada en medio de la discusión, y declaró que él conocía el remoto país del que provenía el pequeño mago.

—¿Conoces Pitonia? —preguntó Barbañil.

—Sí —mintió Len sin titubear, e inventó una historia—. Como veis, soy un viajero, no tengo dinero ni otras riquezas materiales. Para mí la riqueza está en conocer tierras y gentes. Hace años, pasé unos días en Pitonia. Entonces yo no sabía nada de aquel lugar, pero pronto aprendí que en aquella tierra, poblada principalmente por campesinos sencillos, viven también unos hombres extraordinarios como este que tenéis aquí. Son muy poderosos —los ojos del capitán se abrieron como platos— y orgullosos. No hablan nuestro idioma, por eso no le convenceréis con vuestras palabras. Pero yo, durante aquel viaje, aprendí algo de pitonio. Hay que tener mucho cuidado y paciencia con ellos, si se despierta su ira, son capaces de cualquier cosa. En su país, vi como uno de estos brujos convirtió a un hombre en jabalí. —Un murmullo de preocupación recorrió el grupo de piratas—. Si me dejáis a mí, os prometo que intentaré ganarme su favor y que os diga unos versos. Además, con ello os pagaré mi viaje y el de mi perro.

El capitán Garzoso lo miró de arriba abajo. Len temió que su historia hubiese sonado demasiado disparatada. Afortunadamente, el capitán no sabía nada de Pitonia, solo la había oído nombrar en alguna ocasión y supuso que el hombre enjaulado procedería de allí. No era un hombre con grandes luces, más bien era bastante crédulo. Más allá de las ínfulas que se daba con sus disfraces y sus poses de tipo duro, Barbañil era fácil de engañar.

—Está bien —gruñó finalmente—. Te doy tres días. Encerradlos en la bodega.

—Solo una cosa —suplicó Len—. Dejadme la llave de la jaula. —El capitán lo miró con recelo—. Os prometo que no lo dejaré escapar. Pero tengo que ganarme su confianza.

Los piratas cuchichearon durante un rato, hasta que por fin tomaron una decisión.

—Toma la llave, pero como el mago se escape, serás acusado de alta traición. Y el castigo por ello es mucho peor que arrojarte a los tiburones.

15. RON, VIOLINES Y ACORDEONES

Ya en la bodega, volvieron a la suciedad oscura y al rostro del viejo gris que se ocultaba entre las sombras. Len depositó la jaula sobre una caja en el centro de la estancia.

—Ahora vamos a descansar —dijo dirigiéndose a Pequeño Poeta, y abrió con la llave la puerta de la jaula. Pero el poeta siguió inmóvil, acurrucado al otro extremo de su cárcel.

—Te olvidarán —se oyó al viejo desde su rincón. Sus palabras, como siempre, sonaron enigmáticas. Pero esta vez no tenían el tono sarcástico de antes, su advertencia era muy seria—. Yo llevo aquí muchísimo tiempo. A veces pienso que estoy aquí desde antes de que esos estúpidos llegaran, pero no lo recuerdo.

—¿Por qué?

—Ellos olvidan. No son muy inteligentes. No saben lo que hacen, no saben nada. Son como niños aburridos que un día decidieron montarse en este barco con un absurdo libro. A mí me quisieron condenar con el libro, pero no se pusieron de acuerdo, finalmente me olvidaron y desde entonces estoy aquí.

—Si te han olvidado —se le ocurrió decir al jardinero—, ¿por qué no te has escapado? ¿Acaso nunca atracan en ningún puerto?

—Aquí estoy bien —murmuró el viejo—. El capitán está obsesionado con ese hombrecillo, pero es caprichoso. Tanto si le sirves como si no, te olvidará.

Las inquietantes palabras de aquel hombre no gustaron al jardinero, que decidió dejar la conversación y descansar un poco. Después de un rato de silencio en total oscuridad, comenzó a escucharse una música, primero torpe y lejana, luego cada vez más nítida y hábil.

—Empieza la fiesta —rió el viejo—. Otra cosa no, pero esos idiotas saben divertirse.

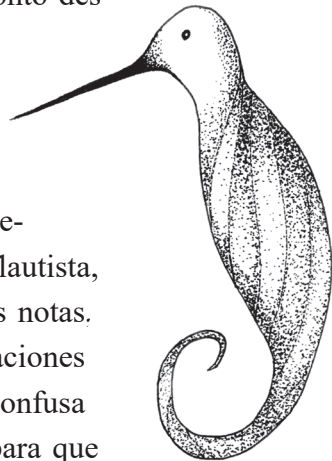
Len distinguió violines, un acordeón, guitarra, percusión y algún otro instrumento de cuerda. Qué curioso, pensó, precisamente lo que les falta es una flauta. Y como si alguien hubiera oído sus pensamientos, la compuerta se abrió bruscamente y una mano lo sacó de la bodega y lo dejó sentado al lado de un borracho capitán Barbañil. Pero no lo habían sacado para tocar la flauta. El Capitán, eufórico, lo agarró por el hombro y comenzó a decirle cosas absolutamente ininteligibles. Su aliento apestaba a Ron y a tabaco. Por lo poco que pudo entender, Len se enteró de que, en aquel instante, Barbañil le declaraba amistad eterna y le prometía la mano de una hija que tenía estudiando ingeniería en Canadá. El jardinero no dijo nada de su enamorada, además le pareció muy dudoso que aquel sujeto tuviese ninguna hija, y aunque así fuera, seguramente ella no necesitaba el permiso de nadie para casarse. El capitán

estaba muy ansioso por descubrir si Len había avanzado algo con el *mago*. Aunque apenas habían pasado un par de horas, Len fingió que las negociaciones iban muy bien. Barbañil estalló de entusiasmo e hizo que le dieran al jardinero una jarra rebosante de Ron. Pero a Len no le gustaban los licores, así que tuvo que disimular y hacer como que bebía. Afortunadamente, todos estaban tan borrachos que nadie se dio cuenta. La música sonaba frenéticamente, había cuatro o cinco músicos tocando alternativamente. En ese momento, el hombre de pelo rojizo y grandes patillas gritó con la flauta de Len en alto:

—¡Al vagabundo le confiscamos una flauta! —Y se la lanzó al jardinero—. Toma chaval, únete a los chicos y demuestra lo que vales.

—Eso —chilló otro—. Si no, te arrojaremos a los atunes o a las merluzas. —Y todos rieron salvajemente.

Empujaron a Len al centro de la reunión, alrededor de los otros músicos. Entre el jaleo, el baile y las risas, le costó entender la música, pero pronto descubrió que se parecía mucho a la que él solía tocar en su bosque e incluso conocía alguna tonada; sonaron gigas, polkas y otras danzas. El jardinero demostró ser un excelente flautista, era capaz de coger al vuelo las notas, elaboraba ingeniosas improvisaciones cuando la melodía se le hacía confusa y animaba a sus compañeros para que



la fiesta no decayera y la música nunca fuese aburrida. Al final, todos quedaron encantados, pero estaban tan borrachos que no pudieron decírselo y Len se quedó en silencio entre ronquidos de piratas. Se alejó discretamente hasta la borda. La noche era muy cerrada y apenas se distinguía el brillo de las estrellas sobre la ondeante oscuridad del mar. No tenía ni idea de dónde estaban ni hacia dónde iban. Sintió la frustración de ver su aventura truncada, de ver cómo se alejaban de Olalla, y encima tenían que soportar a aquellos absurdos piratas que vagaban sin rumbo y sin sentido, que lo único que sabían hacer con provecho era perder el tiempo y divertirse, aunque eso último no le parecía nada malo. Notó un gruñido a su espalda, se volvió sobresaltado, era el capitán que dormía despatarrado sobre un catre y murmuraba en sueños. A su lado, mirándole con curiosidad, estaba el mono Cualpié con su chaleco bermeillon brillando en la oscuridad. Sigilosamente, bajó a reunirse con sus amigos. Todo estaba en absoluto silencio. Le costó encontrar el camino de vuelta y tuvo que tantear la oscuridad para no caerse, pero al fin estuvo junto a Sachi. El viejo roncaba con silbidos nasales y la jaula seguía en el centro, sobre una caja vacía de botellas de ron. Len se acercó a mirar a Pequeño Poeta, que seguía acurrucado sin mostrar el rostro. Era imposible saber si el hombre dormía, ni siquiera se le notaba respirar. A pesar de todo, el jardinero no quiso molestarlo, pero justo cuando se iba a retirar, Pequeño Poeta levantó la cabeza y lo miró fijamente. Fue solo un instante, pero suficiente para ver un rostro sabio, joven y viejo al mismo tiempo, y unos ojos claros

y bondadosos que miraban con una profundidad infinitamente triste. Pequeño Poeta volvió a ocultarse, pero esta vez se tumbó como si fuera a dormir acurrucado contra los barrotes. Len se alegró de que, al menos, aquel personaje misterioso pudiese descansar, él hizo lo mismo, aunque el suelo de madera enmohecida no era precisamente un lugar cómodo.

16. RESACA Y UN PRODIGIO

Durante el día siguiente, los piratas apenas los molestaron. La resaca de la fiesta anterior pesaba sobre sus cabezas como una losa. Pasaron el tiempo encerrados en la bodega, comiendo los restos que les iban echando, que encontraban o que les traía Cualpié. El mono era, sin duda, el miembro más inteligente de la tripulación. Se acercaba a ellos sin recelo, los observaba con interés científico e incluso quiso jugar con Sachi, pero el pobre perro estaba tan mareado y deprimido que no fue capaz de seguir sus cabriolas. Len se dijo que, aunque solo fuera por sacar a su amigo de aquella situación, tenían que escapar de allí como fuera.

El viejo del rincón apenas los volvió a molestar. De vez en cuando, asomaba la cabeza para decir alguna cosa que no entendían. Si anteriormente parecían enigmáticas, ahora sus palabras sonaban a locuras, seguramente llevaba tanto tiempo allí metido que había perdido la cabeza. Estaba obsesionado con el olvido y el recuerdo, pero él mismo no parecía tener ningún recuerdo, hablaba siempre sobre los mismos personajes, el cómico y el pirata, y sus compañeros de celda no le interesaban en absoluto.

Pequeño Poeta continuó sumido en sí mismo. Len notó que el hombrecillo estaba más relajado y decidió que lo mejor era no molestarlo, ya habría tiempo. Cualpié les mostró otro pequeño agujero, tras una pila de cajas, desde el que se veía el mar. El jardinero estuvo oteando un rato por ese pequeño círculo con la esperanza de descubrir una línea de tierra, pero no tuvo éxito. Aparte de eso, no había mucho más que hacer allí. Len no se atrevió a tocar su flauta, que había recuperado, para no llamar la atención.

Al atardecer, cuando la penumbra cubría ya toda la bodega, Len estaba sentado sin más mirando hacia ninguna parte. En la trayectoria de su mirada estaba la jaula. Poco a poco, Pequeño Poeta se enderezó hasta que acabó sentado con el rostro erguido y un gesto inesperado de orgullo. El miedo y la tristeza que Len había visto la noche anterior aún seguían allí, enterrados bajo aquellos ojos misteriosos.

—Gracias —dijo una voz suave, limpia y nítida.

—No hay de qué. —Len supuso que el poeta le agradecía su atención, haber repartido con él su comida y no haberlo importunado en su tristeza. Fuera como fuese, ahora parecía dispuesto a hablar, así que Len se presentó cortésmente.

—Sé quién eres, lo escuché —contestó el poeta.

¿En qué momento?, pensó Len. El hombre, como si le leyera el pensamiento, respondió:

—Me basta muy poco para saber. Los nombres apenas dicen, puedes seguir llamándome Pequeño Poeta, si quieres. Pero no por el tamaño de mi cuerpo, sino por la pequeñez de mis versos. —La tristeza parecía empapar cada palabra del hombre enjaulado.

—¡El mago habla! Ja, ja —rió el viejo desde su rincón. Pequeño Poeta ni siquiera lo miró.

Len no sabía cómo tratar a aquel personaje. Por un lado, tenía mucha curiosidad por saber de él, pero por otro, no quería importunarlo. Aun así, no necesitó hacer demasiadas preguntas, Pequeño Poeta respondió a sus silencios, aunque sus respuestas no hablasen de nombres o lugares concretos.

—No vengo de Pitonia, si es que ese país existe, ni de ningún otro. Ni de aquí ni de allá. Apenas tengo historia, yo también he olvidado. Soy, simplemente, un poeta. Pero el orgullo mengua los versos y los encierra.

—¡Recítanos algo, pequeño brujo! —gritó el viejo con insolencia.

Pequeño Poeta lo miró entonces, parecía que para él, el viejo estuviera muy lejos, que solo fuera la representación fantasmal de viejas historias.

—Mira —dijo dirigiéndose a Len—, son todos como ese. Confunden las palabras y los gestos. Se conforman con cualquier verso azucarado que les calme los instintos y luego olvidan, presumen entre los otros toscamente, ríen como las hienas. Lo que no saben es que los versos alejan, son como un destierro...

Según hablaba, la voz del pequeño poeta fue perdiendo fuerza, su rostro se ensombreció y sus ojos se humedecieron. Al final, fue incapaz de continuar y sus palabras se diluyeron en un murmullo tembloroso. Cuando calló, su figura parecía haber menguado, pero, mágicamente, como si fuera un sueño, Len creyó que algo en aquel pequeño

cuerpo se volvía transparente y emitía una luz difusa. El efecto desapareció de inmediato y el hombrecillo volvió a su ensimismamiento.

—Yo te ayudaré a salir de aquí —Len no entendía muy bien las palabras del poeta, aunque intuía en ellas algo muy profundo y una tristeza inmensa. Sin otra cosa que ofrecer, ni consuelo ni respuestas, el jardinero ofreció su ayuda.

—Si tuviese fuerzas —respondió Pequeño Poeta—, yo mismo escaparía. Me basta la inspiración de unos versos que me hagan volar. La puerta de mi jaula está abierta.

El jardinero, en su ingenuidad, creyó literalmente aquellas palabras. Imaginó al poeta recitando sus versos bajo el cielo y elevándose hasta perderse en las estrellas. Había visto la luz brillando en su interior, ¿por qué no iba a poder volar? Sí, Aquel hombre era un ser mágico, pero su magia consistía únicamente en la potencia de la poesía que, como había dicho, lo alejaba del suelo que los demás pisaban. Len comenzó a urdir un plan para que el poeta pudiese escapar. Mientras estaba sumergido en sus cavilaciones y fantasías, el poeta lo miró y le dijo enigmáticamente:

—Tú has comprendido.

Len, entusiasmado con las ideas que pasaban por su mente, supo que, en aquel momento,

lo necesario era elevar los ánimos. El poeta volvió a intuirlo:

—Presos en una mazmorra flotante, perdidos en un



abismo frío y desolado ¿cómo vamos a tener alegría? Pero la alegría es el don de algunos seres privilegiados, como la tristeza lo es de otros.

—¿Te gusta la música? —preguntó Len, y el hombre pareció sonreír. Arriba, en la cubierta, se oían lejanos tumultos, risotadas y canciones. Aquel parecía un buen momento para tocar un poco. Len sacó de su pecho unas suaves melodías, interpretadas en un susurro para que nadie más, aparte de ellos y Cualpié, pudiera oírlas.

Pasaron una velada tranquila. A pesar de su situación, olvidaron un poco la tristeza. El poeta apenas volvió a hablar, pero en un momento dado, después de una de las tonadas del jardinero, algunas palabras incomprensibles se escaparon de su boca. Algo en su cuerpo volvió a brillar, pareció elevarse unos milímetros sobre el suelo y la jaula tembló ligeramente. Len quedó fascinado por aquel prodigio, pero enseguida fue interrumpido por el viejo, que asomó su mal aliento y comenzó a reír histéricamente mientras repetía: ¡El mago vuela, ja, ja, el mago vuela...!

—Has viajado muy lejos por amor, tuya es la alegría —dijo el poeta, dirigiéndose al jardinero sin atender a las burlas del viejo. Igual que su cuerpo era transparente cuando la fuerza lo habitaba, bajo su mirada todos los demás cuerpos lo eran, y él parecía ver en ellos los sentimientos ocultos.

Después de aquello, pasaron los días sin que casi nada sucediese. Sachi estaba más entero y se pasaba el día durmiendo, poco más podía hacer. Len y el poeta siguieron con su terapia. Cada día, el hombrecillo brillaba un poco

más, de vez en cuando se atrevía con algunos versos, que sonaban misteriosos pero muy bellos. Tuvo fuerzas para caminar alrededor de su jaula, pero no se atrevió a salir. También recibían la frecuente visita de Cualpié, que estaba entusiasmado por lo que allí sucedía, les traía comida y se interesaba por ellos mucho más que por cualquier otra cosa que sucediese en el exterior. El viejo apenas volvió a molestarlos, y los piratas, de vez en cuando, reclamaban a Len para que tocara con ellos en alguna de sus juergas. En todas las ocasiones, el capitán volvía a preguntarle por sus progresos, pero siempre estaba tan borracho que no se enteraba de nada. Aparte de aquellos momentos, parecía que los habían olvidado por completo.

Tuvo que ser el propio Len, en una ocasión en que les bajaron algo de comida, quien alertara a los piratas de que tenían algo importante que tratar. Después de la confusión habitual en aquel barco, bajaron a buscarlos. Len se llevó consigo a Sachi y uno de los piratas cargó con la jaula.

17. PUERTAS, ARMARIOS Y EXCAVADORAS

A pesar de que ya atardecía, agradecieron poder ver el sol otra vez después de tantos días encerrados. Los piratas, que habían tenido una juerga tremenda el día anterior, ofrecían un espectáculo lamentable. El capitán lucía unas ojeras enormes y caminaba encorvado por la resaca y el cansancio. Iba disfrazado de aristócrata recién despertado, con una aparatosa bata de seda sobre un pijama a cuadros. Quienes lo acompañaban no ofrecían mejor aspecto, y había muchos piratas que roncaban desperdigados por la cubierta.

Len les anunció que, por fin, Pequeño Poeta había recuperado las fuerzas y estaba dispuesto a colaborar. Como muestra, en aquel momento iban a realizar una demostración de su poder.

—Espero que no intentes engañarnos —gruñó el capitán con voz ronca—, u os tiraremos por la borda, me da igual los peces que haya.

—Pero señor, el reglamento...

—Cállate, estúpido. ¡Hablad!

Como si fuera un mago en una función, Len abrió la portezuela de la jaula. Los piratas protestaron, pero el jar-dinero les convenció de que no había peligro. ¿Adónde iba

a huir aquel hombrecillo en mitad del mar? El mago no podía desarrollar su poder encerrado en una jaula, tenía que estar libre.

—Ahora vais a ver cómo, gracias a sus mágicos versos, desencadenará un encantamiento que os demostrará su poder.

Algunos piratas gritaron entusiasmados. Otros, más prudentes, amenazaron a los prisioneros con arrojarlos a los bacalaos si hacían alguna tontería.

Pequeño Poeta esperaba impasible, erguido y con los ojos cerrados, sobre una balaustrada. A pesar de su pequeño tamaño, de su figura emanaba un halo de respeto misterioso. Todos dieron dos pasos atrás para dejarle espacio. Len se había situado discretamente tras el poeta y sujetaba a Sachi con una correa improvisada con trozos de cuerda encontrados en la bodega. En ese instante, todos aguantaron la respiración y el poeta, inspirado, inició su recitación:

Mi casa está hecha
de piedras de luna
sus puertas son aves
que vuelan sin plumas
sus armarios guardan
abrigos de viento
sus muros son cuadros
sin marco ni lienzo

Mientras recitaba, el cuerpo del poeta se fue iluminando y volviéndose transparente. Sus pies se elevaron visiblemente y los piratas, temerosos, dieron otro paso atrás.

Cuando el poeta hubo terminado, los piratas se miraron entre ellos y murmuraron groseramente: ¿Qué tonterías son estas? Dice no sé qué de una casa... Y de unos armarios. Yo no entiendo nada.

—¡Menudo truco! —gritó uno— ¿Por qué no conviertes ese trozo de madera en un fajo de billetes?

Len Pinza esperaba que la recitación hubiese sido tan espectacular como para dejar a los piratas atontados, pero vio que, peligrosamente, comenzaron a impacientarse. Pequeño Poeta permanecía quieto en el mismo lugar, con los ojos cerrados como si la cosa no fuese con él. Su brillo aún latía.

—Vale —el capitán se acercó con malos modos—, el truco está muy bien. Y ahora, ¿qué?

—Esto era solo una pequeña muestra —contestó Len— aún debemos seguir trabajando.

—¡No juegues con mi paciencia! —amenazó el capitán con el puño en alto.

En aquel momento, el poeta volvió a recitar. Pero esta vez lo hizo en tono muy suave, apenas audible, y con palabras incomprensibles. El capitán bufó, pero antes de que se acercará, el poeta se iluminó repentinamente y se elevó varios centímetros. Quedó flotando sobre ellos como una luciérnaga gigante. Los piratas, asustados por el prodigio, saltaron hacia atrás. El poeta se dirigió a Len:

—Agárrate a mí, jardinero.

Len aprovechó la confusión del momento y, de un salto, cogió al hombrecillo por una pierna. Gracias a los versos desbocados del poeta, alzaron el vuelo ante la mirada alucinada de los piratas. Hubo algunos que quisieron reaccionar

y saltaron para intentar apresarlos, pero solo uno tuvo la suficiente agilidad para conseguirlo. Era Cualpié, que dio un prodigioso brinco, se impulsó en la cabeza Barbañil y se agarró a los pies de Len. La intención del mono no era impedir que escaparan, sino ir con ellos. Tan grande era su curiosidad que hasta les había cogido cariño y aprovechaba la ocasión para salir de aquel aburrido barco.

El panorama era pintoresco. Un pequeño fantasma con forma humana, transparente y luminoso, volaba a golpe de versos sobre un barco en mitad del mar en dirección a un cielo que acababa de oscurecer y comenzaba a mostrar las primeras estrellas. Agarrado a su pierna, con un perro salchicha en brazos, flotaba un joven alto y flaco, y colgado de la pierna de este iba un mono pequeño con chaleco bermellón. Len miró a su alrededor y vio un panorama indescriptible. Bajo sus pies, el barco parecía una elegante aparición surgida de otros tiempos. Los piratas ya no eran visibles, pero sus alaridos e insultos aún se oían. En el horizonte, una línea anaranjada despedía al sol. Frente a ellos, solo quedaba una inmensidad oscura y rugiente, el mar parecía encrespase y sobre sus cabezas crecía un manto plagado de estrellas. El jardinero nunca imaginó que aquello fuera posible; todo lo más, había esperado que los piratas, fascinados como él por Pequeño Poeta, hubieran caído en la credulidad de creerse las historias que pretendía contarles, y así buscar una huida.

Pero el poeta era mucho más poderoso de lo esperado. No solo era capaz de elevarse y volar con sus versos, también podía soportar su peso sin esfuerzo. El aire en las

alturas era frío y el viento los golpeaba, pero Len no tuvo miedo de caer, una extraña confianza lo mantenía sujeto y sentía como si volara por sus propios medios. Sachi se acurrucaba contra el jersey del jardinero, y Cualpié se abrazaba a su pierna como una cría de mono se abrazaría al pecho de su madre. Estaba casi convencido de que aquello era un sueño; de que, de alguna manera, habían dormido tan profundamente aquella noche bajo la barca, en la playa, que despertarían en ese mismo lugar. Entonces tendría que buscar de nuevo la manera de cruzar el canal. Pero luego, por el modo extraño que se tiene en los sueños de pensar, se le ocurrió que quizás despertase en otra playa, al otro lado del mar. Las horas fueron pasando como minutos, el tiempo, en aquellas alturas, carecía de sentido. Miró hacia el horizonte y vio un tenue resplandor grisáceo. Un amanecer se anunciaba y, recortado contra él, la silueta inmensa de una lejana hilera de edificios se dibujó. Se acercaron más y más hasta que Pequeño Poeta detuvo su vuelo en la nueva costa y descendió lentamente. El rugido del viento cesó y pudieron oír la voz del poeta, que no había descansado durante todo el viaje, hablar de las cosas maravillosas que se le ocurrían en su inspiración. Finalmente, cuando estuvieron a poca altura, el poeta detuvo su recitación y Len soltó su pierna. Cayeron suavemente sobre una estrecha playa de piedras redondas. El poeta ni siquiera se paró a despedirse, inmediatamente reanudó sus versos y se volvió a elevar en solitario hasta perderse en el cielo del amanecer.

Len pensó que jamás podría asegurar si aquella experiencia había sido real o un sueño, si el galeón pirata y el

capitán Barbañil habían sido reales. Quizás, habían llegado hasta allí en la barca de Telmo, el taciturno pescador que los recogió en el puerto, y, durante el viaje, aquella niebla misteriosa les había hecho perder la noción de la realidad y por eso, hasta despertarse allí, no recordaban nada. En cualquier caso, lo habían sentido como real. Pequeño Poeta, quien quiera que fuese, no pertenecía a aquel mundo. Atrapado en la jaula se marchitaba, pero ahora había regresado a las distancias que nadie conoce y a las palabras que nadie escuchará jamás. A pesar de todas sus penurias, el jardinero se sentía contento de estar allí y de las experiencias que había tenido. Sentía que, de algún modo, algo extraño pero muy especial le había sucedido, algo que lo acercaba al objeto de su viaje. Miró a su alrededor. La playa estaba flanqueada por un muro de hormigón y había algunas máquinas excavadoras que hacían grandes agujeros. Más allá se oía el rugido de una, y aún más allá se veía la gran ciudad. Fueron hacia un gran cartel que había en un extremo de la playa y leyeron:

*Obras de ampliación del polígono Gordupesa IV
Ayuntamiento de Tutiburgo*

18. UNA PASTELERÍA, UN PARQUE Y UNOS PATOS

Caminaron durante un buen trecho por la acera que bordeaba la carretera hasta que llegaron a un barrio humilde de casas de varios pisos construidas con ladrillos rojizos. Se cruzaron con mucha gente, pero no parecía que nadie se sorprendiera al ver al extraño grupo. De vez en cuando, algún niño se giraba para mirar al mono, que aparecía y desaparecía saltando de rama en rama por los árboles del paseo. Cruzaron un puente de vigas metálicas bajo el cual corría un río estrecho de aguas espesas y verdosas flanqueado por matorrales raquíticos. Más allá, se veía un barrio aún más pobre de chabolas construidas con materiales de desecho.

Sachi, por fin liberado de la prisión, caminaba con alegría. A pesar de su falta de fuerzas, estaba feliz de poder sentir el aire libre y oler nuevos mundos; sin embargo, como a todos, le rugían las tripas, necesitaban comer cuanto antes. Pero, ¿adónde podían ir en aquella ciudad inmensa? Len pensó que quizás Yun-Pun, el sabio del que les habló Rolando, viviera en alguna de aquellas chabolas, él podría ayudarles. Se decidió a preguntar, pero nadie sabía nada y la mayoría puso cara de extrañeza.

Deambularon por aquellos barrios hasta que llegaron a una zona más acomodada. Según se acercaban al centro de la ciudad, los edificios eran cada vez mejores y las torres que habían visto en la distancia cada vez más altas. Len echaba de menos su bicicleta, no recordaba muy bien en qué momento la había visto por última vez, si se quedó en la barca de Telmo o los piratas la subieron a su galeón. Tras caminar durante largo rato, necesitaban descansar. Llegaron a un gran parque rodeado de edificios señoriales con columnas de mármol y ornamentos de piedra que imitaban plantas. Al jardinero, acostumbrado a las plantas de verdad, aquello le pareció muy absurdo. En los bajos de los edificios había todo tipo de tiendas. Se pararon ante una pastelería en cuyo escaparate se exhibían cosas deliciosas y la boca se les hizo agua. El ruido del tráfico era intenso, así que decidieron cruzar hasta el parque para descansar allí. Era un sitio muy cuidado, con jardines perfectamente cortados y grandes centros de flores. Esta vez, Len no pudo dejar de alabar el trabajo ornamental que allí realizaban los jardineros de la ciudad, aunque le parecía un jardín algo artificial. En el centro había un pequeño lago lleno de patos gordos y, en una orilla, una mujer sentada en un taburete tocaba el violín. No parecía ser una gran maestra, pero su música era lo suficientemente agradable como para que los transeúntes le echaran de vez en cuando una moneda en la funda que tenía abierta a sus pies.

¡Eso es! Pensó Len, tocaré durante un rato y así ganaré algún dinero para comprar comida. Afortunadamente, aún conservaba su flauta. Buscó un lugar lo suficientemente

tranquilo como para que su música se oyese bien, y lo suficientemente transitado como para que mucha gente la escuchara. Cuando por fin lo encontró, se puso a tocar lo mejor que pudo. En el suelo, para que le echaran monedas, colocó su jersey de lana. Sachi se acurrucó tras sus pies y Cualpié trepó a un árbol donde encontró algún fruto comestible. El jardinero estuvo tocando durante un rato sus mejores melodías. No le importaba que lo mirasen, algunos lo hacían con cierta insolencia, como quien ve un espectáculo poco edificante, pero otros se demoraban y alababan la música con una leve sonrisa. A pesar de todo, solo unos pocos echaron una moneda. Apenas llevaba tres o cuatro cuando dos individuos de espaldas anchas y uniforme oscuro se pararon frente a él. Sus miradas no eran amistosas, así que Len dejó de tocar. Lo observaron sin decirle nada hasta que se miraron entre ellos y uno dijo con cierta sorna:

—Mira lo que tenemos aquí, un perroflauta. —Y luego, con gesto muy serio, se giró hacia Len y le exigió un permiso.

Len, sorprendido por la expresión con la que le habían denominado —«perroflauta», nunca había escuchado semejante palabra—, no supo qué responder. ¿Permiso? ¿Hacía falta algún permiso para tocar allí? No estaba molestando a nadie y no parecía que nadie se hubiese quejado.

—Qué si tienes un permiso —insistió el policía con malos modales—, un papel, un documento, algo.

—Lo siento yo... acabo de llegar, no sabía...

—Mira chaval, no me cuentes tu vida.

Ni siquiera los piratas le habían tratado con tan mala educación. Los policías le hicieron darse la vuelta y apoyar las manos contra el tronco de un gran árbol. Lo registraron de arriba abajo, pero el jardinero, aparte de su flauta, no tenía nada. Sachi, inquieto, comenzó a gruñirles desde una prudente distancia. Era un perro valiente, pero también muy inteligente, sabía que si intentaba enfrentarse a aquellos hombres la cosa podía ir muy mal. Los policías no hicieron caso del perro y siguieron haciendo preguntas groseramente: ¿De dónde has salido? ¿Quién eres? ¿Conoces a tal y tal? Len dijo su nombre y contó que era un viajero que había venido a la ciudad a visitar a una amiga. Pero a los policías ese relato no les interesó. Le dijeron que le iban a poner una multa y Len, asustado, les suplicó que le disculparan, no tenía nada, simplemente no conocía las normas.

—No se puede ir por ahí sin papeles —le contestaron— y tocando en la calle sin permiso. Si no puedes pagar, te vienes con nosotros a comisaría. Y se lo llevaron de malos modos, esopado en el asiento trasero de un coche patrulla.

Durante el paseo, el jardinero pensó que quizás hubiera sido mejor aceptar la multa, quizás le hubieran dejado irse y simplemente le habrían dado un papelito que se habría perdido en el fondo de su bolsillo agujereado. Ahora estaba acusado de resistirse a la autoridad. ¡Pero él no había hecho nada! Solo había intentado explicarles que no tenía ni sabía nada. Lo peor de todo fue que Sachi y Cualpié se habían quedado solos, abandonados en las calles de aquella ciudad gigante y ruidosa, sin conocer a nadie y sin saber

a dónde ir para buscar comida. Temía, con un nudo en el pecho, no volver a encontrarlos. Se alivió pensando que ambos estaban juntos y se ayudarían mutuamente; eran buenos animales, inteligentes y prudentes.



19. UNA CELDA, UN LOCO Y UN COCHE AMARILLO

En la comisaria, un policía de rostro inexpresivo le tomó los datos. Al preguntarle sobre su procedencia, Len dijo que vivía en un bosque muy lejano. El policía lo miró por encima de las gafas con cara de estar acostumbrado a escuchar todo tipo de cosas. Lo metieron en una pequeña celda en la que solo había un catre viejo y endeble y una taza de váter oculta tras un tabique. Las paredes verdes estaban llenas de desconchones y toscas inscripciones. Se podían leer todo tipo de cosas, desde las más obscenas hasta declaraciones de amor. A su lado, separada por unas rejas, había otra celda igual en la que un hombre dormitaba acurrucado en su catre. Len se sentó tristemente. Le habían requisado su flauta y había perdido a su perro. En aquel calabozo frío y desnudo, sintió aún mayor desesperación que en el galeón pirata. No podía creerse que, después de un cautiverio, y sin haber hecho nada, hubiese caído en otro. Aquel mar de la ciudad, compuesto de millones de gentes, coches y casas, le parecía aún más desolado que el verdadero océano.

El hombre de la otra celda comenzó a moverse hasta acabar sentado mirándole fijamente. Era un individuo

grande y hosco, lucía una barba gris y descuidada, ropas amplias y sucias, y sus ojos se hundían inexpresivos en dos grandes oquedades oscuras. Len pensó en el viejo de la bodega. Todas las cárceles, según parecía, alojaban a algún loco extraño. Aquel hombre no le defraudó en ese sentido, incluso parecía aún más loco que el viejo. El jardinero intentó hablar con él, pero el hombre, sin hacerle caso, arrastraba los pies alrededor de su celda sin dejar de hablar monótonamente sobre política, que si el partido tal, que si el partido cual. Parecía creerse un verdadero político que se hubiera presentado a unas elecciones y preparaba otra campaña electoral.

—Bajaremos los impuestos —decía—. No, no, el secretario del secretario ha elaborado un plan de viabilidad...

Y así, en un tono apenas audible y con voz torpemente articulada, siguió su discurso durante un buen rato. El jardinero pensó que si su destino era quedarse allí encerrado durante mucho tiempo, quizás él también acabaría loco y olvidaría todo lo que le había llevado hasta allí. Olvidaría a Olalla, a su flauta, su perro, su casa en el bosque, el jardín de los Bolino, y acabaría paseando como su vecino alrededor de una celda o vagando por las calles, hablando de cualquier cosa, de política, de cotilleos o de viajes espaciales. Aquello le angustió, pero no sabía qué hacer. Pensó en algún plan y lo único que acudió a su mente fue el consejo de Rolando, era lo único que tenía, así que decidió probar con aquel individuo:

—Disculpe, ¿no conocerá usted, por casualidad, a Orestes?

El loco lo miró por un instante fugaz y continuó con su locura.

—Yo soy amigo de su primo Rolando. Lo conocí hace poco en las montañas de Despeñasapos —insistió Len.

De nuevo se quedó sin respuesta. Al menos lo había intentado, aquello era lo único que podía hacer. Decidió descansar un poco. Al rato le trajeron algo de comida, no era gran cosa, pero sí mejor que la ración pirata. Cayó la tarde y la celda se oscureció, no había ninguna luz, tampoco era necesaria. Intentó dormir, pero apenas lo logró. El loco no dejaba de murmurar y desde la calle llegaba el rugido constante del tráfico. Len, que siempre había vivido en el campo, desconocía aquella experiencia ruidosa. Estaba acostumbrado al silencio del bosque, únicamente roto, en los días apacibles, por los sonidos de animales nocturnos. Pero aquel estruendo sordo y lejano no le dejaba dormir. Finalmente, estaba tan cansado que se quedó frito.

A la mañana siguiente, se despertó con la luz que entraba por los pequeños ventanucos enrejados, apenas dos agujeros que había en lo alto de las paredes. Estaban demasiado altos como para mirar por ellos y desde abajo solo se veía el cielo. Ese día transcurrió igual de triste, sin ninguna novedad, con el mismo loco y el mismo silencio. Nadie bajó a darle explicaciones. A mediodía, vinieron unos policías a ver cómo estaba la cosa por allí. Len intentó hablar con ellos, pero solo encontró miradas de burla.

—¿No estás cómodo? —le dijeron con ironía—. Tranquilo paleta, que luego te traemos un masajista.

Además de tenerlo encerrado, se reían de él. Aquello era indignante. Len estaba al borde de la desesperación cuando, al atardecer, vinieron otros dos policías. Esta vez no estaban de broma. Abrieron la celda de y lo agarraron. El jardinero, asustado, pensó en cosas tremendas. Pero nada sucedió. Lo sacaron de la comisaría, le dieron su flauta y, sin más consideración, lo dejaron en la calle.

—Puedes irte, pero que no te volvamos a ver por aquí, perroflauta.

El jardinero se vio en medio de una avenida estrecha que serpenteaba cuesta abajo. Las tiendas se apiñaban a ambos lados de los edificios y un sinfín de gente diversa deambulaba de arriba abajo o se metían a comprar en los comercios, cuyos escaparates mostraban una exuberancia de artículos desordenados. Totalmente desorientado, erró por las calles. Nadie le hacía el menor caso. Su intención era ir al parque para buscar allí a Sachi y a Cualpié, pero no tenía ni idea de dónde estaba. Preguntó a una pareja con la que se cruzó.

—¿Un jardín con lago con unos patos? —le respondieron mirándolo de arriba abajo— Hay muchos jardines con patos, están de moda.

Len intentó describirles lo mejor que pudo el parque, pero lo miraban como si estuviese loco. Le dijeron que preguntara en la comisaría y lo dejaron plantado. Obviamente, no iba a volver a ese lugar. Siguió deambulando. La ciudad no terminaba nunca y todas las calles le parecían similares. Llegó hasta una gran avenida al final de la cual se erguían los primeros rascacielos. Len miró hacia arriba alucinado

por la altura de aquellas torres. Cientos de personas apresuradas pasaban a su lado. Se veía a muchos hombres elegantes, vestidos con el mismo traje negro que le recordó al banquero Saquillo y sus secuaces. Eso le hizo pensar en Olalla y se alegró de haber llegado hasta allí. No podía estar lejos de su destino. Aquel era el lugar al que los banqueros acudían como las abejas a las flores.

Distraído por estas cavilaciones, no notó una sombra que lo seguía. Era alguien de baja estatura cuyo rostro quedaba oculto bajo un sombrero y unas gafas oscuras. El desconocido se acercó a él y lo agarró del brazo.

—Ven conmigo, muchacho —le susurró al oído.

Len, asustado, estuvo a punto de salir corriendo, pero el hombre le tranquilizó.

—No te haremos daño.

El jardinero estaba tan desubicado y aturdido por el estruendo de la ciudad, su soledad y la grandeza monumental del entorno, que finalmente accedió sin oponer mayor resistencia. No estaba acostumbrado a desconfiar de la gente y pensó que no podía tener tan mala suerte de acabar encerrado por tercera vez. Alguna vez habrían de salirle bien las cosas.

El hombre lo llevó a un callejón apartado. Allí los esperaba un coche amarillo, pequeño y bastante antiguo, el conductor también ocultaba su rostro con un sombrero y unas gafas. Condujeron durante un rato hacia un barrio más tranquilo. Las calles eran más estrechas y las casas muy antiguas. Este es el barrio viejo, le dijeron. Había menos gente y todos parecían más pausados. Finalmente, pararon el coche en aquel barrio y el primer hombre acompañó a Len

por unas escaleras ascendentes. Atravesaron unos arcos oscuros, doblaron una esquina y aparecieron en una callejuela por la que apenas cabían dos personas caminando juntas. Allí había una vieja librería con un estrecho escaparate lleno de antiguas ediciones. El interior era igualmente estrecho y estaba tapizado por altas estanterías repletas de libros. Al final había un mostrador, y después una puertecilla por la que entraron. En todo el recorrido no vieron a nadie más. En la trastienda, había un pequeño despacho, sencillo y acogedor, en el que los esperaba alguien. El acompañante dejó a Len con el nuevo personaje y se marchó. Se trataba de un hombre de mediana edad y baja estatura. Su rostro, cortado por los cristales de unas gafas pequeñas y redondas, era ancho y mostraba una sonrisa suave y acogedora. Se miraron durante un rato.

—Bienvenido —dijo el anfitrión con voz cálida y esperó.

—Gracias. Mi nombre es Len Pinza, y... —contestó el jardinero después de un rato.

—¿Y bien, Len?

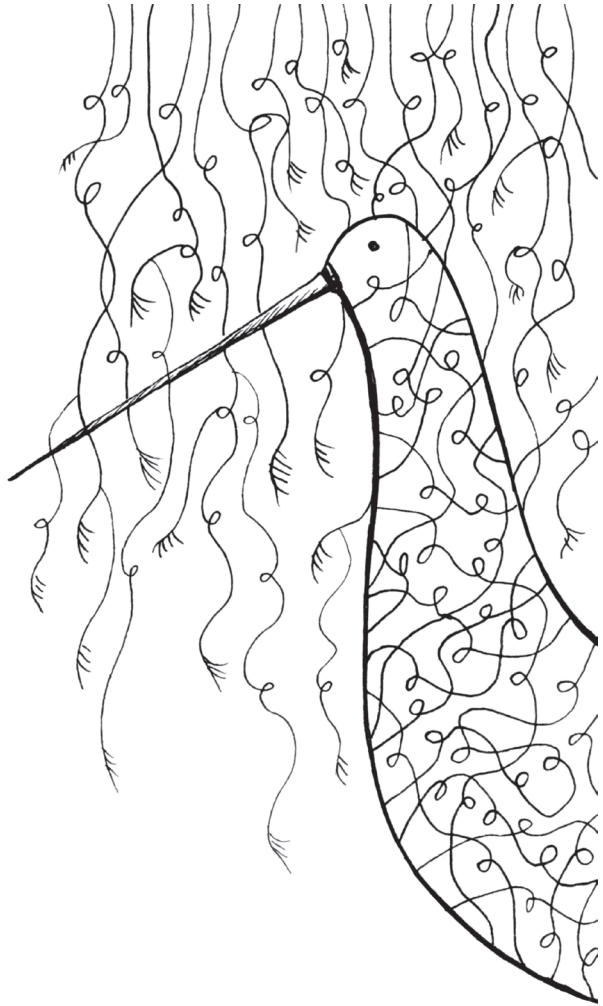
El jardinero no sabía muy bien de qué iba aquello. Tantos acontecimientos juntos en las últimas horas lo habían dejado algo entontecido. Su acompañante, viendo su confusión, decidió ayudarle un poco.

—¿Qué hay del viejo búho?

Len, por fin, comprendió y contestó de inmediato:

— El búho Mariano vuela sobre el campanario.

—El búho Demetrio ya no caza en el cementerio —respondió el otro entre risas. Aquel hombre era Orestes, el primo de Rolando.



20. GAZPACHO, EMPANADA Y TORTILLA

Orestes resultó ser un individuo alegre y muy amable. Conocía a mucha gente en la ciudad y estaba al tanto de muchas cosas. Contó que alguien le había informado de que un joven desconocido había preguntado por él en la comisaría, eso no era extraño, mucha gente quería encontrarle, y no siempre con buenas intenciones. Lo que atrajo su atención fue que aquel joven mencionó a Rolando, y además, según la descripción que le dieron, no parecía peligroso.

Len le contó brevemente su aventura. Orestes se rio a gusto con el encuentro con Rolando y se alegró mucho de saber que su primo, y viejo amigo, se encontraba a salvo, aunque fuera en aquel extraño retiro.

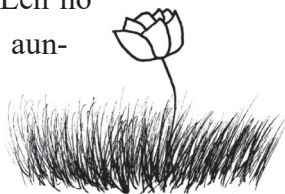
—Es un tipo muy singular, siempre andaba buscando algo. Quizás algún día vaya a visitarlo.

También escuchó con atención las palabras de preocupación del jardinero acerca de su perro y de un mono que decía haber encontrado en un barco pirata. Orestes conocía todo tipo de relatos sobre los mares que quedaban más allá de las costas de Tutiburgo, y algunos de ellos incluían historias de piratas, pero se trataba de gentes muy peligrosas

y crueles, así que le extrañó oír las absurdas costumbres de aquel galeón destartado. Sobre el motivo de su visita a la ciudad, el jardinero simplemente dijo que había venido a visitar a una amiga; a pesar de la confianza que le inspiraba su anfitrión, la situación era aún demasiado nueva para él como para contarle todo el relato. Orestes, que también era muy discreto, no hizo más preguntas y le dijo que en un rato vendrían unos amigos suyos que lo ayudarían en el tema de Sachi y Cualpié. Pero antes de que llegasen, Orestes, al que le gustaba muchísimo hablar, contó unas cuantas cosas sobre él.

—Mi nombre completo es Orenfestes, que significa primer rayo de sol tras la tormenta —luz de sol (ore) acabado (enfes) tormenta (estes)—, pero todos me llaman Orestes. Vengo de un antiquísimo linaje de filósofos griegos. Mi padre fue Arifóstides, y mi abuelo Arifostidótiles. Algunos de mis antepasados, que vivieron hace muchísimo en la antigua Grecia, son Empoliclotas, Empelótides, Praximantides, Leucaricariotis, Odontoroxtino y nada menos que el gran Herminiastidógiles.

Luego le habló de la vieja librería, un negocio familiar en el que tenían libros valiosísimos. Entre otros, le mostró un facsímil del *Códice Callipus Maximus*, una edición viejísima del *Amadís de Gaula*, y las *Disquisiciones Matutinas del Abate Rogelius Sicomoro*. Len no tenía ni idea de lo que le contaban; aunque siempre le habían gustado los libros, en la biblioteca de su pueblo no había demasiados, y desde



luego ninguno tan antiguo y tan hermosamente ilustrado y encuadernado como aquellos. De repente, alguien llamó a la puerta. Traían *algo* de comida. Pero la comida no venía sola, con cada plato entró una persona nueva. Al final, cuando el último cerró la puerta, comenzaron las presentaciones.

El hombre que había encontrado a Len en la ciudad se llamaba Vélez, era un joven moreno, delgado y muy taciturno, y, según comentaron, tenía *amigos* en todas partes. Lisón era el conductor, estaba siempre distraído escarbándose los dientes con un palillo, mordiéndose las uñas o arrancándose pelos de las orejas; era un experto en informática y en arreglar todo tipo de aparatos, desde motores de avión hasta cafeteras eléctricas. También estaba Lola, una mujer llena de energía que sonreía aún más que Orestes y hablaba casi tanto como él, tenía un rostro brillante enmarcado por una cabellera lacia y negra. Y por último estaba Gala, la madre de Orestes, que resultó ser, casualmente, la violinista que tocaba en el jardín en el que detuvieron a Len. Se rieron mucho con aquella coincidencia. Gala le contó que, para tocar en las calles, era necesario un permiso que concedía la Secretaría de Ornamentos y Armonías públicas, dependiente de la Concejalía de Cultura y Protocolo, según la Ley de Sonidos Callejeros. Conseguirlo era muy difícil, hacían falta contactos en el Ayuntamiento, allí todo funcionaba gracias a los amigos y las más pequeñas cuestiones se diluían en un mar de burocracia.

Pasadas las presentaciones, repartieron la comida sobre la mesa del despacho y se dispusieron alrededor. Era un

sitio estrecho, así que tuvieron que apretarse un poco. Había croquetas, gazpacho, empanada de bonito y tortilla de patatas, además de fruta, nueces y tarta de queso. Hacía muchísimo tiempo que el jardinero no comía cosas tan deliciosas y variadas, pero a pesar de ello, no dejaba de pensar en Sachi y Cualpié, por lo que no pudo disfrutar de la comida. Sus nuevos colegas le dijeron que las autoridades de Tutiburgo no permitían animales abandonados y que el servicio de recogida era muy eficiente, seguramente los habrían encontrado y llevado al depósito de animales. Intentarían mover los hilos para averiguar si se encontraban allí, de lo contrario, irían de inmediato al parque que les describió Len para buscarlos. Lola se presentó voluntaria para acompañarle, dijo que ella pertenecía a una asociación de protección animal que se dedicaba a ayudar a los animales sin hogar, los adoptaban y les buscaban uno.

—¿Qué sucede si no encuentran un hogar? —preguntó Len.

—Los tienen en el depósito durante unos días, y si nadie los reclama...

Len comprendió el fatal destino que esperaba a sus amigos si no los rescataba. Su aventura de encontrar a Olalla tenía que posponerse hasta que resolvieran aquello. Viendo su preocupación, Lola no paró de animarlo, siempre tenía una sonrisa en el rostro y nada, por muy complicado que fuese, le parecía imposible, su optimismo era aún superior al del propio Len Pinza, lo cual era toda una proeza. Orestes, que se había ausentado discretamente durante un instante, volvió con noticias.

—He hecho unas llamadas —dijo—. Hay en el depósito un mono con un chaleco bermellón, creen que puede haberse escapado de algún circo. Además, parece que hay también un perro salchicha, pero mis contactos no han podido confirmármelo. Se recogen muchos perros cada día y no hay mucho control sobre los mismos.

Len, convencido de que aquellos tenían que ser sus amigos, se dispuso a ir de inmediato a por ellos. Pero sus nuevos compañeros le pararon los pies. El depósito cerraba pronto sus puertas, por lo que tendrían que ir a la mañana siguiente. Lola trazó un breve plan: para reclamar a un perro, había que enseñar papeles que demostrasen ser su dueño legítimo; como Len no tenía esos papeles ni ningún otro, ella iría y adoptaría el perro en nombre de su asociación para la protección de los animales. Con respecto al mono, no conocían ningún caso de monos en el depósito, por lo que tendría que preguntar allí por las condiciones legales. En la ciudad, todo estaba estrictamente legislado, había leyes para la adopción de perros, gatos, loros, hámsteres y periquitos, pero en cada caso la ley era diferente y nadie sabía cuál era la situación de los monos. En caso de necesidad, tendrían que buscar la manera de liberar al mono.

Con estas expectativas, se fueron todos a dormir a sus casas. Por aquella noche, dejaron que Len durmiese en la trastienda de la librería, al amanecer volverían a buscarlo. A pesar de sus preocupaciones, estaba tan cansado y hacía tanto tiempo que no se acostaba en una cama decente que se durmió en diez minutos.

21. JAULAS, PERROS Y UN CAMIÓN BLANCO

Se despertó con el sonido de un cerrojo. Una luz tenue atravesaba las cortinas de una pequeña ventana. Len se levantó de golpe, con la sensación de haber dormido mil horas y de que el día estaría ya muy avanzado. Pero aún era temprano, acababa de amanecer. En la tienda lo esperaban Lola y Vélez con un desayuno preparado. No perdieron mucho tiempo y enseguida bajaron al coche en el que esperaba Lisón.

Condujeron durante un buen rato hasta las afueras de la ciudad. Atravesaron extensos polígonos industriales, descampados grises y embarrados en los que la basura se acumulaba a los lados de la carretera. Viendo aquel panorama, Len se sentía cada vez más inquieto por el destino de sus amigos y de todos los animales abandonados en aquella enorme ciudad. Durante todo el trayecto, Lola, que se sentaba junto a él, no paró de contarle cosas. Le dijo que era bióloga, que además de ayudar a los animales hacía otro montón de cosas, pertenecía a varias asociaciones de todo tipo, estaba todo el día de aquí para allá y ayudaba a muchísima gente. El jardinero intentaba prestar atención, pero

el paisaje y la preocupación lo distraían y no se enteró muy bien de lo que le contaban.

Cuando llegaron al depósito, aparcaron junto a una valla de hormigón cuya mitad superior era una verja alta coronada con púas. Alrededor, no había árboles ni otras casas, solo un páramo lleno de matorrales y escombros. Al salir del coche, escucharon ladridos lejanos. Un cartel sobre la entrada decía sin más: «Depósito municipal de animales». En el interior del recinto no había más que largos hangares construidos con planchas prefabricadas. Los ladridos de los perros eran como una música constante y monótona. Entraron en una pequeña oficina en la que unos funcionarios se entretenían con sus ordenadores. Lola negoció los trámites con un individuo tristón que no le puso pegas a nada, a aquellos tipos les daba igual lo que pasase, un perro más o un perro menos. Los llevaron a una nave en la que guardaban a los perros pequeños. Los animales se hacinaban en grandes jaulas, apenas tenían espacio para correr y su comida era un pienso que les echaban en unos canalones. A Len le dio un vuelco el corazón al ver el triste destino de aquellos seres. Allí había otros operarios más atentos que se dedicaban a limpiar y dar de comer a los animales. Al menos, pensó, no los maltrataban. Vieron a algunas personas que habían ido, como ellos, a buscar a algún perro perdido o para adoptar uno. Había parejas con niños y personas solitarias, pero el número de perros era tan grande que hubieran hecho falta muchísimas familias para llevárselos a todos. Lola le tranquilizó contándole que, siempre que podían, venían con la asociación y se llevaban

a todos los perros que no habían encontrado hogar. Si Sachi estaba en aquella prisión, no tardarían en encontrarlo. Vieron otros perros salchicha, algunos eran más grandes y otros más pequeños. Había uno muy viejo que los miró con ojos tristes; otros, más jóvenes y animosos, se acercaban moviendo la cola para llamar su atención. Desgraciadamente, no era posible llevarse en aquel momento a todos. Pasearon a lo largo del corredor mirando atentamente a los animales, pero no había rastro de Sachi. Cuando creyeron que ya lo habían visto todo, se dieron cuenta de que al final se abría otro pequeño corredor. Al entrar por allí, los ladridos se elevaron como un ensordecedor coro perruno. A pesar de ello, Len, gracias a su buen oído, distinguió entre la maraña de voces caninas un *guau* pausado y cantarín que conocía muy bien. Allí, acurrucado entre los cuerpos de sus compañeros de celda, estaba Sachi. Con gran alegría, Len se acercó para abrazar a su amigo entre los barrotes. Los trámites siguientes fueron rápidos. Lola firmó todos los papeles necesarios y sacaron a Sachi.

Ahora solo faltaba ocuparse de Cualpié. Preguntaron a los funcionarios y les dijeron que, efectivamente, había un mono en el depósito, pero había llegado hacía poco un individuo extrañísimo que respondía al nombre de Giovanni Tartuf. Dijo ser maestro de un circo famoso por sus acróbatas y sus elefantes saltarines, y tras ver las cabriolas del mono, se lo había llevado después de mostrar un permiso para la tenencia de animales exóticos, serpientes, monos y cocodrilos firmado por el mismísimo concejal de urbanismo. Si se daban prisa, era posible que aún encontrasen el

camión de Tartuf aparcado fuera. Salieron corriendo y, en efecto, al otro lado de la calle había un pequeño camión blanco y sucio, en uno de sus lados tenía un dibujo de un tigre saltando un aro de fuego y un cartel que decía: «Gran Circo del Aire». Se acercaron a hablar con el conductor, que estaba al lado de la puerta a punto de entrar en el vehículo. Era un tipo alto y moreno, con pelo negro y espeso, camisa brillante y altas botas de cuero. Le preguntaron si había visto un mono en el depósito.

—El mono es mío —respondió Tartuf con acento rudo y cara de muy pocos amigos. No parecía dispuesto a hablar, y mucho menos a negociar.

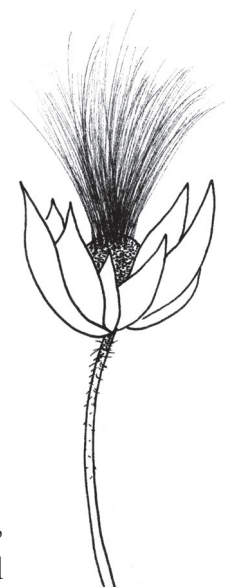
—Pero no puede llevárselo —intentó protestar Len.

—Puedo hacer lo que quiera. A no ser que tengáis muuuucho dinero.

Desgraciadamente, no tenían ni mucho ni poco. Lola intentó engañarlo de otro modo.

—Somos del Departamento de Sanidad. —El hombre la miró inexpresivo—. Tenemos una orden firmada por el concejal Carrascosa —y sacó un papel que agitó delante de las narices de Tartuf, pero este no le prestó ni la más mínima atención—. Ese mono se ha escapado de un laboratorio y está infectado por un peligrosísimo virus. ¡Tenemos que llevárnoslo!

—Ya, ¿y cómo pensáis llevárnoslo, agarrado de la mano? —respondió el



maestro de circo mirando a sus interlocutores, que no tenían pinta precisamente de ir preparados para recoger monos infectados—. ¡Apartaos de mi camino!

Mientras discutían, Vélez, sigilosamente, se acercó a la parte trasera del camión. La puerta estaba cerrada, así que intentó abrirla con un alambre especial que llevaba siempre encima. Pero Tartuf, que ya empezaba a sospechar, escuchó los ruidos que hacía la ganzúa y fue a por él armado de una gran porra. Aquel hombre era una bestia furiosa con la cual era imposible razonar. Al final, acabó apartándolos con amenazas, subió a su camión y se marchó a toda velocidad. Len se quedó desolado por el destino del pobre mono.

—No te preocupes —intentó consolarle Lola—. Si realmente lo encontraste en un barco pirata, seguro que es un animal capaz de sobrevivir por sí mismo. Un circo no es un lugar mucho peor, allí, si sabe hacer bien su trabajo, lo tratarán bien. De todos modos, seguro que el circo actúa en algún lugar de Tutiburgo, ya habrá momento de acercarse por allí, quizás entonces tengamos más suerte.

22. UNA FÁBRICA, CHULETAS Y UN DJEMBÉ

Al atardecer, llevaron a Len a una fiesta que se celebraba en una antigua fábrica del barrio viejo. Era un edificio vetusto de ladrillos rojizos que había sido recuperado y reconstruido por los vecinos, y en el que organizaban fiestas, reuniones y conciertos. Había un pequeño cine, un teatro y un taller mecánico. También daban clases de cocina, de pintura, de baile, de informática, de música y de idiomas remotos. Aquel día, se había reunido mucha gente pintoresca, habían montado unas grandes parrilladas en las que asaban todo tipo de comida y un pequeño escenario para que quien quisiera se subiese a tocar. Len conoció a mucha gente en la fiesta, había personas de todas las edades, viejecitos que llevaban viviendo ochenta años en el barrio, jóvenes que habían llegado hacía poco, como él, desde algún lugar lejano, había niños y perros, y también un loro y dos gatos.

Orestes y Lola eran dos de los organizadores, saludaban a todo el mundo y estaban atentos de que las chuletas no se quemasen. Gala tocaba el violín junto a Vélez, que no deshacía su rostro serio y concentrado ni siquiera cuando sacaba difíciles acordes de su guitarra. Le pidieron a Len

que subiera a tocar con ellos y este aceptó gustoso. Había tocado en una antigua mina abandonada, entre montañas que se derruían y en una fiesta pirata en medio del mar, porque no iba a atreverse a tocar con aquella gente amable. Después de su actuación, todos lo felicitaron. Muchos quisieron saber de él y el jardinero les contó brevemente su procedencia. Por su parte, Orestes y Lola le explicaron el sentido de todo aquello: allí se reunían asociaciones de vecinos de los barrios más pobres, se dedicaban a ayudar a la gente y a prestarles todos los servicios que el Ayuntamiento, al que solo le interesaban la pompa y las apariencias, no les daban. El jardinero, que siempre había vivido en su bosque, solitario y ajeno a los asuntos urbanos, no entendía de cuestiones políticas, pero sí comprendía las dificultades de esas personas que vivían, según su impresión, apelotonadas en la mole interminable de edificios que era Tutiburgo.

—Hay muchos como tú —le dijo Orestes—, que llegan a la ciudad buscando fortuna y acaban perdidos, o metidos en alguna banda de criminales, como le pasó a mi primo Rolando. Yo conozco muy bien todo ese mundillo, así que los ayudamos para que puedan salir adelante.

Len se sintió muy afortunado de haber encontrado a aquel grupo. Orestes, además de todos sus trabajos, también era un gran maestro de ceremonias, contaba anécdotas de todo el mundo, subía al escenario para anunciar lo que hiciera falta y de paso, aprovechando su condición de librero filósofo, se acordaba de algún chiste sacado de sus viejos libros.

Como casi todo el mundo sabía cantar o tocar algún instrumento, la fiesta duró gran parte de la noche. Gala y Vélez continuaron con su violín y su guitarra, Orestes los acompañó con un pequeño acordeón de botones y luego apareció Lola, que era una gran cantante e intérprete de pandereta. Hubo otros que tocaron el saxofón, la bandurria, el serrucho o el djembé.

En un momento de la noche, Len les confió que realmente había llegado a Tutiburgo buscando a una chica, Olalla Bolino, hija del hombre para el que trabajaba como jardinero. Les contó la historia de la Beca Excelentium y cómo el banquero se la había llevado y desde entonces no tenían noticias suyas ni sabían qué tal estaba ni dónde se hallaba. Por eso, él había tomado la decisión de ir hasta allí. Lola intuyó enseguida que en la decisión del jardinero había sentimientos que iban más allá de la simple amistad, pero no dijo nada para no hacerle pasar un mal rato al pobre Len, al que sin duda le hubiera dado muchísima vergüenza reconocer su amor por aquella muchacha. Orestes conocía muy bien a Odilón Saquillo, se las había tenido que ver con él y con otros grandes banqueros en más de una ocasión. El Banco Saquillo tenía su sede en uno de los rascacielos más altos de Tutiburgo, el edificio Rascaluna. Allí, en los pisos superiores, a quinientos metros sobre el suelo, se tomaban todo tipo de decisiones sin tener en cuenta las necesidades de la gente. Len se imaginó a Olalla viviendo en aquellas alturas, como una princesa de cuento atrapada a la torre de un gigante. Pero pronto lo sacaron de sus fantasías. Lola le contó que la

Fundación del Buen Saquillo se dedicaba a captar a los jóvenes más dotados para el arte o la ciencia, los llevaban a su residencia en el barrio más lujoso a las afueras de la ciudad y los tenían allí encerrados. Les pagaban unos estudios carísimos, pero los licenciados tenían que firmar contratos con las empresas de Saquillo, que siempre acababa llevándose todo el beneficio que conseguían con su esfuerzo.

—He conocido a algunas personas que estuvieron en esa residencia —contó Lola—. Un amigo mío, gran cantante, huyó de allí y desde entonces no ha querido saber nada del canto. Otros acabaron como siervos de Saquillo. A los músicos se los llevan de gira y los pasean por los más grandes teatros, cobran entradas carísimas y los exhiben como si fueran dioses. Si alguno quiere abandonar, lo amenazan y le exigen que pague grandes compensaciones en virtud del contrato firmado.

—Pero ¿podré ir a la residencia a visitar a Olalla? Tengo una carta de su padre para ella —preguntó Len.

—No te dejarán pasar. Son muy estrictos. Para poder visitarla tendrías que ser un familiar directo y pedir un permiso. A los alumnos no les dejan comunicarse con el exterior, salvo que sean hijos de gente muy rica que paga fortunas a la Fundación. Ni siquiera les dan las cartas que les envían sus familiares. Según ellos, eso los podría *contaminar* y desviar de su *excelencia*. Sé de buena tinta que los pobres lo pasan muy mal, les exigen muchísimo con la excusa de que ganarán millones y serán famosísimos y admirados en todo el mundo.

—¿Qué podemos hacer? —Preguntó Len afligido por la lúgubre descripción de la residencia

—Nosotros conocemos a mucha gente. —Lola le guiñó un ojo a Orestes—. Quizás yo pueda infiltrarme e intentar averiguar algo de ella.

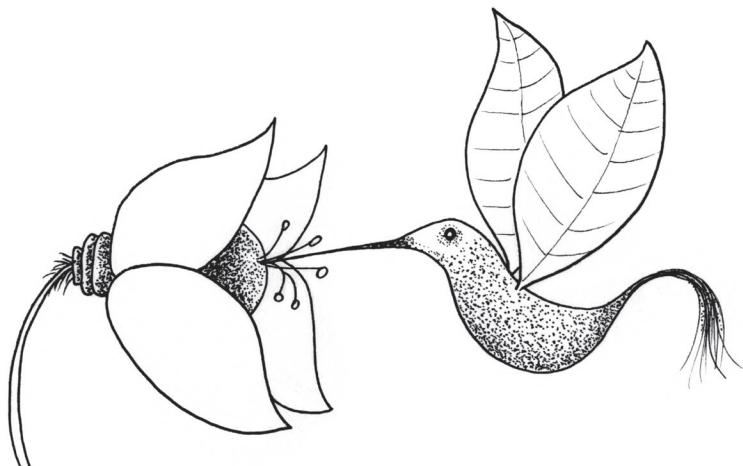
A Len se le iluminó el rostro con aquella perspectiva. Aunque no pudiera él mismo, podría darle a Lola la carta de Don Gastón para que se la diera a Olalla. Decidió escribir cuanto antes una nota que acompañara a la carta del padre. Sin esperar nada más, pidió un bolígrafo y un papel. Los demás sonrieron al notar la impaciencia del muchacho, estaba claro que tenía un extremo interés en aquella chica. Estuvo pensando un buen rato qué poner en aquella nota, no quería extenderse demasiado, pero tampoco ser tan escueto que Olalla no entendiese nada. Pero luego pensó que, quizás con la carta del padre ya bastase, no quería darle la impresión de que él tenía un interés excesivo. Se imaginó qué pensaría la chica al conocer que él, Len Pinza, aquel jardinero con el que apenas había cruzado unas palabras en su jardín, había recorrido cientos de kilómetros con su bicicleta para llevarle una carta, se ruborizó solo de pensarlo. Finalmente, decidió que, si había llegado hasta allí, tenía que ser valiente y no avergonzarse por unas palabras. Así que le escribió:

Estimada Olalla, como no teníamos noticias tuyas, tu padre, Don Gastón Bolino, me pidió que viniese a la ciudad a entregarte personalmente esta carta en la que te cuenta muchas cosas que te alegrarán. Tu padre se encuentra

bien, pero está muy preocupado y necesita saber qué tal estás. Quedamos a la espera de tu respuesta.

Firmado: tu amigo Len Pinza, jardinero de tu jardín.

Lola recogió el papel y prometió que intentaría entregárselo a Olalla Bolino, pianista becada por la Fundación Obra del Buen Saquillo.



23. RUEDAS, TORNILLOS Y MANILLARES

En la fábrica había algunas personas que, como Len, no tenían ningún sitio adonde ir y vivían provisionalmente allí. La residencia estaba en un ala apartada, en la que habían dispuesto colchones, literas y camas en algunas habitaciones. El ambiente era tranquilo y limpio, así que Sachi y Len se acomodaron en un pequeño rincón. El jardinero no había hecho ningún plan sobre su estancia en la ciudad, nunca pensó que, en aquel sitio tan lleno de gente, fuera tan difícil encontrar un hueco acogedor donde dormir. Cuando viajaba por el campo, le bastaba con descubrir un lugar cálido junto alguna roca o entre los árboles. En Tutiburgo, sin embargo, las calles eran ruidosas y peligrosas. Afortunadamente, en la fábrica tenía un cobijo más o menos tranquilo.

A la mañana siguiente no tenían nada que hacer, salvo esperar las noticias de Lola. Pasearon por el edificio y vieron un montón de cosas: el pequeño cine, la cocina, donde les dieron un desayuno y, especialmente, un taller mecánico en el que se amontonaban toda clase de hierros y herramientas. Allí estaba Lisón con la cabeza metida en el motor de su coche amarillo. Había algunas bicicletas aparcadas y Len le preguntó si era posible conseguir una.

—Si eres capaz de construirtela, tendrás bicicleta —respondió el mecánico y le señaló hacia la montaña de chatarra formada por piezas de coches, motos y bicicletas. Allí había de todo, cuadros, ruedas, manillares, pedales, cadenas y toda clase de tuercas y tornillos.

Afortunadamente, Len era un experto mecánico de bicicletas, siempre tenía que estar reparando la suya. Se puso manos a la obra con la ayuda de Lisón, que le dejó herramientas y buscó con él las piezas necesarias. Durante todo aquel día no hizo otra cosa que apretar tuercas y enderezar hierros, estuvo tan atareado que apenas pensó en Olalla ni en Lola. Finalmente, tuvo un vehículo en condiciones. Era una bicicleta algo destartada, los pedales chirriaban, el manillar estaba oxidado y la rueda delantera se torcía un poco al girar, pero funcionaba. Dejó a Sachi durmiendo la siesta de la tarde y decidió salir a dar una vuelta para probar su nuevo cacharro.

Bajó por una pequeña calle hasta una avenida más ancha. Allí había que tener mucho cuidado con el tráfico, los arceles eran estrechos y la carretera no estaba preparada para las bicicletas. Circuló durante un buen rato disfrutando del pedaleo y de los nuevos paisajes urbanos. Al final de la calle, vio algo que le llamó la atención, era un gran cartel de colores llamativos que anunciaba un espectáculo del Gran Circo del Aire para esa misma noche en el Parque de los Berros. Preguntó a un transeúnte que le dijo que si seguía esa misma avenida hacia abajo, llegaría en diez minutos al parque. Como aún no había anochecido, decidió acercarse y ver si, por casualidad, encontraba a Cualpié.

Aunque no pudiera llevárselo consigo, al menos quería comprobar que el mono se encontraba bien.

El parque no era más que una explanada de tierra y hierbajos. En el centro habían montado una gran carpa roja y verde. En su parte trasera, estaban aparcados los camiones del circo, entre los que distinguió la camioneta de Tartuf. A la entrada de la carpa, una cola de gente, familias de padres y abuelos con niños pequeños, esperaban para entrar. Len se acercó a la taquilla, la entrada era barata, pero no tenía ni una sola moneda. La zona de los camiones estaba tomada por el bullicio propio de las gentes del circo antes de su actuación. Los acróbatas, elefantes y malabaristas se reunían allí preparados para entrar, pero no se veía rastro del mono. Una mujer gorda sentada en una silla cogía las entradas a los espectadores; aparte de ella, no había nadie más vigilando. Sin que lo viesen, Len se deslizó por detrás de la mujer y entró en el recinto. Muchos de los asientos ya estaban ocupados, así que subió hasta una butaca de la zona más alta y se sentó discretamente detrás de una familia de padres altos y cabezones con dos niños ruidosos que ocultaban el rostro tras sendas nubes de algodón de azúcar.

La función tardó un rato en empezar. El circo no estaba del todo lleno, pero había suficientes niños como para que armasen un buen escándalo con sus aplausos y gritos. Primero apareció la imponente figura de Giovanni Tartuf, que con un vozarrón poderoso y modales exagerados presentó el espectáculo. Len recordaba vagamente haber ido a un circo con su abuelo cuando era pequeño. La visión de los

grandes animales era lo que más le impresionó. Recordaba, además de elefantes, unas morsas gordísimas que le daban a un balón con el hocico, y leones melenudos que se comían al domador y lo volvían a escupir intacto. Pero en el Gran Circo del Aire había, sobre todo, acróbatas. Sus números eran muy espectaculares, daban piruetas colgados de altísimas barras, saltaban y se recogían unos a otros, y unas mujeres con trajes brillantes bailaban en el aire como si estuvieran flotando.

Después vino un número cómico. Los payasos también eran acróbatas y hacían trucos de magia colgados de un columpio o a lomos de un elefante mediano que daba saltos sobre un trampolín y los impulsaba. En un momento de la actuación, una pequeña figura apareció colgada de lo más alto de la carpa. Era Cualpié, que brincaba con una agilidad increíble y jugaba en el aire con los payasos. El público disfrutaba muchísimo de sus piruetas y Len se quedó maravillado al ver la capacidad del mono para saltar de un lado a otro sin caerse. Pero había un detalle casi imperceptible que dificultaba los saltos de Cualpié, iba sujeto por una finísima cadena enganchada a un aro en su tobillo. Más que una medida de seguridad, se trataba de que no escapase. El jardinero, cautelosamente, quiso llamar la atención del mono, levantó la cabeza por encima del resto del público y así Cualpié pudo ver una melena rizada sobre una cabeza redonda que se estiraba sobre un cuello larguísimo. Al verlo, el mono empezó a hacer cosas extrañas y a dar saltos tan grandes que la cadena se tensaba y lo hacía girar como un péndulo. Los payasos, viendo

su locura, quisieron atraparlo, pero se les escurría todo el rato. El público contemplaba el lío como si fuera parte del espectáculo y no dejaba de reír y aclamar cada tropezón. En una de sus escapadas, Cualpié bajo hasta el suelo junto al elefante justo en el momento en el que este daba un salto. La gente gritó asustada porque parecía que la mole de grandes orejas iba a aplastar al pequeño mono marrón, pero este dio un brinco y apareció por el otro lado mientras que el elefante, con sus grandes pezuñas redondas caía sobre la cadenita y la partía en dos. El mono estaba libre, aprovechó para escalar a toda velocidad hasta lo más alto y se perdió por un pequeño agujero en la cúspide de la carpa. Len se levantó discretamente y salió del circo. En el interior, el público continuó con sus aplausos sin percatarse de nada extraño.

En la calle, unos cuantos operarios del circo corrían alrededor de la gran carpa. En algún lugar allá arriba tenía que estar el mono.

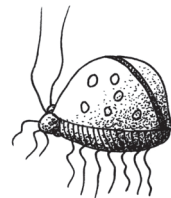
—No perdáis el tiempo con el maldito mono —gritó uno. Entonces apareció Giovanni Tartuf que replicó furioso:

—¡De ningún modo! Quiero a ese mono vivo o muerto. ¡Ningún animal se ríe de Tartuf!

Y así estuvieron durante un buen rato, corriendo detrás de una sombra. Pero el mono se había escabullido y no aparecía por ningún lado. Len cogió su bicicleta y se acercó a la parte trasera, allí sacó su flauta y tocó una suave melodía. Su llamada tuvo efecto, Cualpié se asomó desde detrás de unos matorrales, dio un salto y se subió a la espalda del

jardinero. Lo malo fue que Tartuf y algunos otros también oyeron la inesperada música. Len, perseguido por una horda de payasos y acróbatas, pedaleó todo lo que pudo, su bicicleta no daba para mucho, aunque sí lo suficiente como para dejar atrás a los que corrían. Pero Tartuf había cogido su camión y lo perseguía por la carretera, con la cabeza por fuera de la ventanilla y gritándole todo tipo de amenazas. Si seguía por el asfalto, pronto lo alcanzarían, así que decidió girar y atajar campo a través. La camioneta lo siguió durante un trecho, pero luego acabó metida en una zanja. La noche era cerrada y en aquellos parajes no había otra luz que la que venía de la silueta de la ciudad al fondo. El terreno era difícil y estaba embarrado, y podían oír, detrás de ellos, las maldiciones de Tartuf que seguía su rastro. Llegaron a un riachuelo que corría bajo un puente; más allá, se abría una gran tubería por la que caía un chorrito de agua sucia y pestilente. Aparte de esa vía, no se vislumbraba ningún otro camino. No era posible seguir por el terreno con la bicicleta, y si seguían a pie los acabarían cogiendo. Se acordó del duende y de la terrible oscuridad de la mina, pero no tenía otra opción que meterse allí.

Len, con Cualpié sobre sus hombros, caminó empujando la bicicleta a lo largo del túnel. Después de un buen rato, pudo oír los ecos lejanos que llegaban hasta él. Los hombres de Tartuf no se atrevían a entrar en aquel agujero, pero esperarían a que saliesen, si es que lo hacían. Parecía que no había vuelta atrás. El túnel era interminable, Len tuvo miedo de perderse en aquella



oscuridad y quedar sepultado para siempre. Cuando perdió la referencia visual de la entrada, decidió usar la linterna de su bicicleta. Aunque la luz era muy tenue, vieron que ante ellos se extendía un larguísimo conducto del cual partían otros túneles a izquierda y derecha. Aquello era un enjambre interminable, seguramente atravesaría toda la ciudad. Pensó que, caminando por allá abajo, se podría llegar a cualquier parte, a la antigua fábrica o a la residencia de Olalla. Pero no había ninguna indicación y aprender el camino a cualquier lugar seguramente llevaría años. Decidió tomar un corredor que salía hacia la derecha. En alguna parte tenía que haber una salida, pero solo encontraron tuberías y más tuberías que bajaban y echaban su agua al canal central. Por fin, se toparon con una escalerilla oxidada que se perdía en las sombras del techo. Subieron por allí hasta dar con la tapa de una alcantarilla, Len tuvo que dar unas cuantas patadas hasta que se abrió. Aparecieron en mitad de una calle repleta de gente que paseaba; todos se sorprendieron al ver el increíble espectáculo de un individuo alto y flaco, con ropas sucias y casi andrajosas, salir de la alcantarilla con un mono al hombro y tirando de una bicicleta oxidada.

24. CANAPÉS, VIZCONDESAS Y UNA BUFANDA DE SEDA

Al día siguiente, al otro lado de Tutiburgo, Lola, vestida de camarera, servía copas y canapés en uno de los salones de la residencia de la Fundación del Buen Saquillo. Había conseguido, gracias a sus amistades, que la llamasen para sustituir a una camarera que se había puesto enferma. Como todos los viernes por la tarde, algunos personajes insignes, benefactores y multimillonarios, muchos de los cuales tenían a algún alumno apadrinado en la residencia, habían acudido a tomar un cóctel y a pavonearse delante de todo el que quisiera mirarlos. En aquella ocasión, el mismísimo Odilón Saquillo, el magnate al que todos admiraban y que había puesto en marcha aquella «gran obra para la humanidad» —como la definió una tal Marquesa de Morcillo—, había acudido a agasajar a sus invitados. Todos iban vestidos con carísimos trajes firmados por los mejores modistos. El banquero Saquillo disimulaba el barrigón detrás de un esmoquin brillante y una aparatosa bufanda de seda que le caía desde los hombros, le cubría todo el pecho y acababa posada en sus zapatos de piel de caimán.

La sala era de un lujo espléndido, con alfombras y tapices orientales, lámparas modernistas y auténticas columnas de piedra talladas en la Grecia Clásica. Alrededor de las paredes, estaban los retratos pintados al óleo de los grandes personajes que habían pasado por allí, desde benefactores hasta alumnos. Además del busto de Saquillo, estaba el de su esposa, la Vizcondesa de los Pericales; había un primoroso retrato de la violinista Doña Soraya Pamplotas, la mejor intérprete mundial de música rococó; otro del bioquímico y premio Nobel Don Filiberto Cornupiés, y de la gorda cabeza de Valerio Valentoso, considerado uno de los hombres más ricos del planeta y dueño de cientos de empresas, entre ellas la constructora Piedraspuestas S.A., que había edificado la mitad de los rascacielos de Tutiburgo, además del polideportivo, la pista de patinaje y el larguísimo puente que atravesaba el canal y conectaba la ciudad con el otro lado.

La velada transcurría en un ambiente calmado y hogareño, los camareros servían con abundancia y, en un pequeño escenario, un muchacho oriental tocaba tenuemente el piano de cola. Lola, atenta al pianista, esperaba a que terminase su interpretación, segura de que aquel chico conocería a Olalla. Los invitados, mientras tanto, charlaban distraídamente con otros alumnos, ninguno de ellos coincidía con la descripción que Len le había dado de Olalla: una chica morena, de mediana estatura, de ojos negros, grandes y expresivos y, por supuesto, muy guapa. Cuando acabó, el pianista respondió con una inclinación de cabeza a los discretos aplausos del selecto público. Cautelosamente, Lola

se acercó a la salida y, cuando el chico pasó por allí, llamó su atención.

—Oye muchacho, ¿conoces a Olalla Bolino?

No hubo respuesta. El chico se quedó parado, sorprendido por la pregunta.

—Es una chica, pianista como tú, morena, guapa y muy tímida.

—Sí —respondió secamente.

—Necesito que le lleves esta carta, es un asunto familiar muy grave ¡por favor!

Lola estiró el brazo y le metió la carta en el bolsillo sin que el chico hiciese nada. Al otro lado del salón, el jefe de sala había advertido el insólito cuchicheo y se dirigía hacia allí.

—¿Lo harás? Por favor.

El muchacho tardó en responder, pero al final, justo antes de salir apresurado, asintió. El jefe de sala, con cara de pocos amigos, llegó hasta Lola.

—Usted ¿qué hace? —gruñó—. No le han explicado que no se puede hablar con los alumnos.

El pequeño revuelo llamó la atención de Saquillo, que los miró con gesto de desprecio. Para él, la gente del servicio no merecía ni un saludo, ni un gracias ni un hasta luego.

—Lo siento —se disculpó Lola—. Pensé que el muchacho quizás quisiera algo.

—El muchacho no quiere nada. Váyase a su puesto o la mandaré a su casa.

Lola regresó a su lugar entre los invitados, su labor consistía en sujetar una bandeja de la que estos se servían. En

aquella posición, podía escuchar las conversaciones. Hablaban de cosas anodinas, de coches, de sombreros, de fútbol o de los millones que alguien había invertido en no sé qué fábrica de zumos de tomate en el Congo. Entre ellas, pudo oír algunos comentarios sobre los alumnos. Los padrinos estaban especialmente interesados en el progreso de sus apadrinados. Parecía que Walter Ramírez se había estancado en su estudio del violonchelo; Julia Trocoló, sin embargo, hacía progresos extraordinarios con las matemáticas y además era toda una futura campeona de ajedrez. Era evidente que había alumnos que no estaban allí por su talento, sino por sus padrinos, que querían ver a sus

hijos, nietos o sobrinos codearse

con la élite de la cultura

tutiburguesa. Entre

aquellos chismorreos,

Lola escuchó una

conversación que le

interesó sobremana-

nera.

—¿Qué hay de

aquella muchacha,

la pianista? —pre-

guntó la Marquesa

de Morcillo.

—Es una chica

con gran talento,

bueno, eso dice la

maestra, yo no tengo



ni idea —rió el banquero Saquillo—. Eso sí, es terca como una mula, al principio no decía palabra y ahora no hace más que quejarse.

—Estará triste, ¿no tiene familia? —preguntó alguien.

—Me la traje de un pueblo remoto, vivía en una casa destartada con su padre, un viejo acreedor arruinado. Desde luego, está mejor aquí que en ese lugar cochambroso, no sé de qué se queja.

—¿Y cuándo podremos volver a escucharla?

—Ya ha dado algunos conciertos y es muy alabada, y además es muy guapa, ya sabéis que eso ayuda a convertir a una joven en estrella. Muy pronto estará triunfando en medio mundo, creo que tiene potencial. En el próximo concierto de la Fundación seguramente participará.

—¿Cuál es su nombre?

Lola contuvo la respiración, estaba segura, por las descripciones, de que se trataba de Olalla. Pero el nombre que pronunciaron fue otro.

—Le hemos puesto Velina Monteparduzco, su nombre anterior no tenía gancho.

Después pasaron a hablar sobre otras cosas menos interesantes y Lola, que ya tenía la información que quería, desapareció de allí sin dar explicaciones, por lo que el pobre jefe de sala, apurado, tuvo que ocupar su lugar jurándose que jamás volverían a llamar a esa tal Teresa.

Lo que Lola no pudo ver fue cómo el joven pianista al que había dado la carta era interceptado por uno de los maestros, que había visto la conversación. El muchacho no se resistió y el maestro se llevó la carta a su despacho,

donde la rompió en pedazos sin ni siquiera leerla. No era la primera vez que pillaba a alguien intentando hablar o llevar alguna carta a sus hijos, amigos, novios o lo que fuera. Los maestros eran muy estrictos y no permitían que nada perturbase el aislamiento «creativo» en el que las «geniales mentes» de los residentes se formaban. De hecho, el famoso contrato que todos firmaban incluía una cláusula enrevesada e ilegible que protegía la privacidad de los alumnos frente a cualquier intromisión.

25. UN RATÓN Y LA PALMA DE SU MANO

Durante su espera, Len permaneció en la fábrica con Cualpié y Sachi. El mono llamaba la atención de todos y pronto se hizo popular, no tenía reparos en acercarse y jugar con cualquiera. Sachi, después de su encierro en la perrera, podía disfrutar en libertad de la compañía de otros perros. Aparte de eso, la mañana en la fábrica transcurrió llena de actividades y ajetreo. Len lo miraba todo con fascinación, pero sin participar en nada, sus inquietudes estaban en otra parte.

A mediodía, Gala llegó con buenas noticias, había conseguido un permiso para tocar instrumentos de viento en el metro de la ciudad, en donde había túneles habilitados para tal fin. Así, Len podría entretenerse durante aquel tiempo, conocer la ciudad y ganar algo de dinero. Mientras Sachi y Cualpié se quedaban en la fábrica, Gala acompañó a Len hasta la parada de metro más cercana. Al principio, el jardinero, después de sus experiencias en túneles subterráneos, no tenía muchas ganas de meterse otra vez bajo tierra. Pero cuando vio los anchos pasillos iluminados y limpios en los que había bancos y papeleras, y por los

que transitaba muchísima gente, se tranquilizó, no habría problema por estar tocando allí abajo durante un rato. Además, la acústica era buena, y aunque se oía el constante rumor de los pasos y de las escaleras mecánicas a lo lejos, le pareció menos molesto que el ruido de motores y cláxones de las calles.

El jardinero estuvo un buen rato interpretando sus melodías ante los oídos apresurados que recorrían el pasillo. Durante su actuación, vio a un hombrecillo muy peculiar que se paraba frente a él y le sonreía ampliamente mientras bailoteaba. Era un tipo pequeño y encorvado que se cubría con ropas amplísimas llenas de jirones y un gran gorro de aviador. De su rostro salía una larga nariz manchada de hollín. Con aquel atuendo debía de pasar un calor espantoso allí abajo, pero no parecía estar afectado.

Cuando tuvo unas cuantas monedas, el jardinero dejó de tocar y el hombrecillo desapareció de inmediato. Len recogió sus cosas para volver a la fábrica, pero, al torcer por un pasillo, vio al tipo caminando con pequeños pasitos bajo sus ropajes. Decidió seguirlo por curiosidad, pero había tanta gente a aquella hora que le costaba no perderlo de vista. Al final, el hombre acabó oculto entre una muchedumbre que acababa de salir de algún tren. Len decidió abandonar su absurda persecución, pero cuando la muchedumbre pasó y se disponía a subir unas escaleras, el hombrecillo apareció a la vuelta de una esquina.

—Bonita música, eh —dijo muy sonriente—. Tocas bien tu flauta.

—Gracias.

—Sí, yo veo a muchos músicos y tocan muy mal, pero tú tocas bien, jiji.

—¿Pasas mucho tiempo aquí abajo?

—Yo vivo aquí, aquí abajo —y señaló a sus pies.

—¿Dónde?

—En los túneles, psss —y se llevó un dedo a la boca para pedir silencio, aunque nadie estaba pendiente de ellos—. Si me ven me echarán.

Len imaginó que, aparte de los pasillos del metro por los que la gente iba de un andén a otro, habría algún otro recoveco en el que tipos como aquel se ocultaban. Después de lo visto en aquella ciudad, cualquier cosa era posible. También recordó su aventura por las alcantarillas, quizás ambos sistemas estuviesen comunicados.

—¿Conoces bien los túneles?

—¡Sí! Todo. Como la palma de la mano —respondió el hombre señalándose una palma con el índice de la otra mano—. Te puedo llevar a cualquier parte.

—¿A la residencia de la Fundación del Buen Saquillo, por ejemplo?

—Jaja. No, no, las fundaciones están muy lejos. ¿Qué quieres hacer allí? ¿Robar? ¿Ver a tu novia? Qué sinvergüenza, jaja.

—Está bien, ¿y el edificio Rascaluna? —insistió Len.

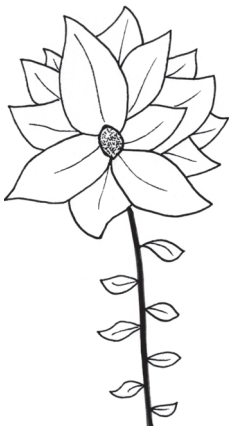
—Aquí, casi encima de tu cabeza. Por una moneda yo te llevo allí.

—Vale, tómala, quiero ir a ese lugar —y le lanzó una moneda que el hombre alcanzó con autentico gozo.

—Gracias, gracias. Yo soy Ratón, solo tienes que seguirme.

El hombre llevó a Len hasta un andén donde la gente esperaba la llegada del próximo metro; cuando este llegó y todo el mundo se afanaba entrando y saliendo de los vagones, Ratón abrió una pequeña portezuela metálica que había en un extremo de la plataforma y se metió dentro de un salto. Len lo siguió sin mirar atrás y cerró la puerta a sus espaldas. Avanzaron a gatas por un pasillo lleno de grasa y polvo negro. A su lado, una hilera de cables recorría todo el conducto. Estuvieron un buen rato en aquel laberinto y Len empezó a temer que aquel hombre lo hubiese engañado. Pero ya no había vuelta atrás, estaban bajo los pies de las grandes torres de Tutiburgo, el calor comenzaba a ser asfixiante y un concentrado olor a gases estaba a punto de hacerle perder el sentido. Afortunadamente, llegaron a una gran rejilla a través de la cual entraba aire fresco. Ratón se paró frente a aquella salida y le miró con aires de triunfo.

—Aquí, aquí —repetía sin parar.



El jardinero se acercó a mirar por las estrechas rendijas. Estaban a ras de suelo bajo un pasillo ancho y elegante iluminado por lámparas doradas que colgaban de las paredes. Al fondo, se intuía un gran vestíbulo hacia el que caminaban unos individuos vestidos con el estirado y brillante traje negro que ya había visto antes. Llevaban grandes maletines de cuero y

sus tacones resonaban contra las duras baldosas de mármol como si galopase una caballería.

—¿Volvemos? —preguntó Ratón.

Len agarró la rendija por un lado y vio que estaba suelta. Podría sacarla fácilmente y saltar al interior.

—Venga, volvemos —repitió el guía.

Después de haber llegado hasta allí, tan cerca de aquellos que se habían llevado a Olalla, Len sentía que no podía abandonar. Tenía que haber algo en el interior de aquel edificio que le diese una pista sobre cómo llegar hasta su amada. Ratón lo miraba con cara de pánico, pero Len ya había decidido que tenía que ser valiente. Retiró la rejilla y entró en el pasillo del edificio Rascaluna mientras su guía se escabullía por donde habían venido.

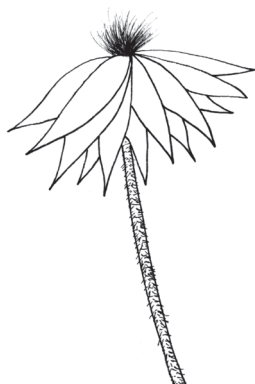
26. OFICINAS Y OFICINISTAS

Caminó pegado a las paredes y ocultándose detrás de cada columna, como había visto hacer en las películas de espías. El pasillo desembocaba en un gran vestíbulo de techo amplísimo e iluminado por inmensas ventanas de marcos plateados. Tras los cristales, podía verse una calle repleta de coches y autobuses. Alrededor de las paredes había hileras de sillones lujosos y mesillas sobre las que había centros florales coloridos y variados. Se oyó a lo lejos el zapateo de una nueva cuadrilla y Len saltó a esconderse tras uno de los sillones. Llegaron dos tipos altos y se pararon junto a las ventanas a esperar a alguien. Mientras lo hacían, conversaban, pero la mayoría de lo que hablaban no tenía sentido para el jardinero. Decían cosas como «los futuros andan volátiles» o «la demanda interna cotiza inversamente», y otras frases más comprensibles como «subiremos el interés hasta que les ahogemos» o «si no pagan, ya saben lo que hay», las cuales le recordaron a su abuela y al pobre señor Bolino. Después de un rato, llegó una mujer sobre altísimos zapatos de tacón y apretada en un traje gris. Cuando el camino estuvo despejado, el jardinero siguió con su exploración.

Más allá del vestíbulo, encontró muchos otros pasillos llenos de puertas, el edificio Rascaluna era otro laberinto. De vez en cuando, alguien pasaba por aquí y por allá y el jardinero se escondía dónde podía. Llegó a una puerta de servicio tras la cual había una escalera estrecha, decidió subir por allí en vez de arriesgarse a usar el ascensor. Sabía que, cuanto más arriba subiera, más posibilidades tenía de encontrar alguna información. Subió tres pisos hasta que llegó a una planta en la que el camino parecía despejado. Después de deambular un rato, comenzó a pensar que quizás no había sido buena idea aquella aventura. Jamás hubiera imaginado que aquel lugar fuera tan inmenso y estuviese tan lleno de pasillos, salones, vestíbulos, salas, oficinas y todo tipo de dependencias. Su único recuerdo de una oficina era la del ayuntamiento de su pequeño pueblo, allá en el bosque, en el que solo había dos despachos, el del alcalde y otro que casi siempre estaba vacío y no se sabía para qué servía. Había esperado encontrar algo parecido, solo que un poco más grande.

En aquel edificio, ni siquiera los carteles le servían de mucho. Probó a mirar en el «Departamento de marketing» y en el de «Gestión interna», no sabía lo que significaban. Al asomar la nariz por allí, vio interminables dependencias llenas de gente sentada delante de una pantalla de ordenador; de vez en cuando, alguno se levantaba e iba a la mesa de otro, pero no hacían nada más. Desde luego, no envidiaba para nada el trabajo de aquella pobre gente. Quizás ganasen mucho dinero, pero donde estuviese su jardín, con

sus petunias, sus lilas y sus rododendros, con sus ciruelos y el rocío fresco que la madrugada dejaba sobre las hojas de los manzanos, el canto de los jilgueros y el zumbido de las abejas, que se quitasen todas las oficinas del mundo. Allí, las únicas flores eran las que había en un póster colgado en una columna. No parecía que en esos lugares pudiese encontrar nada, y desde luego no se le ocurrió preguntar a nadie. Todos iban vestidos igual y era evidente que le hubiera sido imposible disimular y lo habrían denunciado nada más verlo. Se miró el jersey y vio que su densidad de pelotillas de lana había aumentado peligrosamente, ahora no solo sus codos estaban rotos, también tenía un desgarrón en un lateral, y su pantalón y sus manos, y probablemente su rostro, estaban negros por la grasa de los túneles de Ratón. Decidió que tenía que buscar una salida, no tenía sentido permanecer allí, pero estaba perdido, no recordaba por donde había entrado y todas las puertas le parecían iguales. Dio vueltas hasta que vio una puerta distinta, más elegante, más grande; además estaba entreabierta y no se oía a nadie al otro lado. La empujó suavemente y entro



a una gran sala en cuyo centro había una mesa ovalada y a su alrededor un montón de sillones negros. En un extremo, había un estrado con una gran pizarra y una pantalla, y alrededor de las paredes había grandes carteles que chillaban lo estupendo que era el Bancofino. En unos, sobre la silueta rutilante de una ciudad, se

anunciaban créditos al 0,01%. Otros mostraban a una familia sonriente de dientes blanquísimos que se abrazaban en un acogedor salón con chimenea bajo el lema: «Hipoteca familiar, en Bancofino estarás como en casa». También había anuncios de grandes obras urbanísticas, museos y exposiciones. Len se acercó a uno de aquellos carteles, se veía un gran teatro y debajo las fotos pequeñas de los músicos que iban a participar en un importantísimo concierto; estaban la cantante Fernanda Grosella, el arpista Tomás Fili-grana y la pianista Velina Monteparduzco. Algo en el rostro de esta última le llamó la atención, se acercó a verla mejor, se veía de perfil a una joven morena concentrada sobre el teclado de un piano. Le dio un vuelco el corazón. No había duda, aquella era Olalla. Justo en ese instante, una puerta se abrió y entró alguien. Era un hombre enclenque vestido con el mismo traje y corbata que todos.

—¿Quién es usted? —preguntó con tono severo.

Len, asustado, intentó disculparse. Pero el otro, al tiempo que agarraba un teléfono, continuó inflexible con su inquisición.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... yo, me perdí —intentó responder Len, pero el hombre no le escuchaba, tenía el teléfono pegado a la oreja y avisaba, con voz apremiante, a *los de seguridad*. Len echó a correr.

Justo en el momento en el que salió al pasillo, apareció un grupo de oficinistas que se quedaron estupefactos ante la aparición. Una mujer dio un brinco y soltó una pila de papeles que cayó como una nieve de copos gruesos. Len

aprovechó para huir cuando ya, al otro extremo del pasillo, se abría la puerta de un ascensor y cuatro hombres fornidos, con gafas oscuras, vestidos de negro y armados con porras salieron trotando tras él.

El jardinero era ágil y saltaba por encima de las mesas. No estaba dispuesto a que lo atraparan y ya no le importaba que lo vieran. Si solo por tocar en un parque le habían metido en una celda, no quería ni imaginar lo que le harían por haberse colado en aquel edificio. Podía escuchar los golpetazos de las botas que lo perseguían y los gritos de sus perseguidores. Afortunadamente, en aquel edificio había siempre puertas por las que escapar, pero se daba cuenta, con desesperación, de que pronto llegaría a algún lugar en el que no tendría escapatoria. Apareció ante él una puertecilla de servicio y tras ella la escalera por la que había subido. Aprovechó la oportunidad, pero al llegar al piso de abajo, uno de los guardias lo esperaba con los brazos abiertos. Era un hombre bastante gordo y Len tuvo tiempo de reaccionar y zafarse de su abrazo. Vio al fondo un gran vestíbulo y una gran entrada, pero estaba bloqueada por una fila de esbirros y algunos policías. Imposible salir por allí. Los empleados con los que se cruzaba se apartaban asustados al ver venir a aquel tipo desarrapado que corrían como un loco por los pasillos. Giró hacia un corredor en el que no había nadie, pero antes de salir del vestíbulo principal, vio a un grupo de guardias, armados con porras y pistolas, que rodeaban a un hombre gordo y con un gran sombrero de copa, era Odilón Saquillo, su misma barriga kilométrica, su papada flácida y su nariz gruesa como

un pimientito viejo. La mirada turbia del banquero se clavó en la suya por un instante. Len recordó que, en la visita del banquero a la casa de Olalla, nunca se habían cruzado, pero aun así tuvo la impresión de que, de algún modo, lo reconocía.

Los perseguidores aprovecharon el instante de duda para lanzarse sobre él. Al otro lado del pasillo venía otra cuadrilla vociferante. Estaba atrapado. Entonces vio, a ras de suelo y en el centro del corredor, un pequeño agujero cuadrado cuya rejilla de ventilación había sido retirada. Aquel era justo el lugar por el que había entrado. Se lanzó hacia el túnel como hubiera hecho el mismísimo Cualpié. Una manaza le agarró un pie y se llevó una de sus zapatillas, pero el jardinero logró zafarse y entró en las profundidades de Tutiburgo.

Al principio, oyó los gritos de los guardias detrás de él. Lo seguían, así que tuvo que avanzar a toda prisa, agachado en la semioscuridad y sin saber muy bien por dónde iba. Al cabo de un rato, dejaron de oírse ruidos a sus espaldas. Era demasiado peligroso meterse por allí, así que lo dieron por perdido. No tenía más remedio que seguir avanzando. Aquel túnel era, de todos los que había recorrido hasta ahora en su aventura, el más desesperante de todos. Estaba iluminado por pequeñas luces a grandes tramos, pero era estrechísimo, largo y monótono. El olor a gas, insoportable por momentos, y el zumbido de la electricidad convertían el lugar en una pesadilla. Len se acordó de Ratón y pensó que hubiera dado todo lo que tenía por volver a encontrarlo. Pero estaba solo, así que se arrastró durante

interminables minutos y horas hasta que, ya casi exhausto, encontró un lugar diferente a los demás. Era otra rejilla, pero el otro lado no era el pasillo de ningún edificio, sino un lugar oscuro del que venía el rumor de una corriente de agua. El jardinero, agotado, apartó la rejilla de un manotazo y se lanzó hacia afuera. Desafortunadamente, no encontró ningún suelo y cayó por una especie de tobogán hasta un gran canal en el que una corriente furiosa lo arrastró. Estuvo durante un rato intentando agarrarse a algo, pero la corriente caía casi en vertical. Al final, fue arrojado por una gran tubería. Veía el cielo abierto del atardecer y a su alrededor un río ancho que lo llevaba. Intentó nadar, pero el agua sucia se le metía por todas partes y le impedía moverse. Acabó enganchado en una maraña de matorrales y basura. Al fondo, podía verse la silueta de los rascacielos. Estaba aterido por el frío y tan cansado y magullado que apenas podía moverse.

Pasaron los minutos sin que tuviera noción del tiempo que estuvo allí. Creyó que soñaba cuando una mano menuda y regordeta lo agarró. Miró a su salvador y vio la cara redonda y amable de un anciano de ojos rasgados que le sonreía tras unas gafitas redondas. Era tal como lo había imaginado. Sin necesidad de preguntarlo, supo que aquel era Yun-Pun.

27. UNA CABRA Y UNA ESTUFA

Yun-Pun lo llevó a su pequeña choza, le dio algo de comida y le ofreció cobijo para aquella noche. El maestro oriental vivía en un barrio pobrísimo en el que solo algunas calles estaban asfaltadas y la gente construía sus casas con lo que podía. La choza solo tenía un pequeño salón, con un colchón en el suelo, y otra estancia en la que dormían el perro, un chucho negro y peludo al que le gustaba nadar, y la cabra, que daba leche para el desayuno. El maestro se dedicaba a sus tareas mientras tarareaba exóticas melodías, recogió la estancia, preparó una cama y un poco de cena. Hacía cada cosa con pequeñísimos gestos, muy despacio, como si cada acto fuera el más importante. El jardinero, pegado a una estufa y cubierto por una manta, lo observaba admirado de su parsimonia. El anciano solo le preguntó si se encontraba bien, no le importaba saber su identidad ni sus circunstancias, era solo un joven en apuros. Len, un poco avergonzado, agradeció el cobijo y se presentó. El maestro hizo una suave reverencia y dijo con voz cantarina:

—Yo soy Yun-Pun, maestro en el noble arte del Satiyuga. Es un placer contar con tu compañía.

—Sé quién es usted —el anciano lo miró intrigado—. Conocí a Rolando, un hombre alto y negro que me contó sobre usted.

—Oh, aquel muchacho. Sí, sí, me acuerdo. Eran un joven muy noble, pero se juntó con malas personas. ¿Qué tal le va?

—Ahora vive apartado en unas montañas, practica el Satiyuga y hace esculturas con su canto.

—¡Qué bien! Me alegro por él. Aunque no es bueno estar mucho tiempo lejos de la gente, hay que compartir lo que uno sabe. Cuando el Satiyuga haya colmado su corazón, volverá.

—Me gustaría aprender Satiyuga —confesó Len.

—¡Estupendo! Mañana, cuando estés descansado, te iniciaré. —Len había pensado que quizás la iniciación solo estaba reservada a aquellos que habían pasado algún tipo de examen previo, pero no, todo era mucho más sencillo, solo había que pedirselo al maestro.

Al día siguiente, después del saludo al sol, la ceremonia con la que Yun-Pun recibía cada día, y el desayuno, tuvo lugar la iniciación. El Satiyuga comenzaba con ejercicios de respiración y un canto que consistía en *sacar el vacío* de todo el cuerpo. Después, lo único que había que hacer era caminar *más allá de los caminos*. Se subían laderas, se saltaban vallas y se cruzaban ríos. Todo ello con grandes pasos, muy despacito, apreciando cada gesto, cada paisaje, respirando con calma y cantando muy suavemente, hacia adentro, una melodía improvisada. Había que concentrarse en cada cosa hasta que la energía te colmaba y ya nada costaba esfuerzo. Si se practicaba bien, uno podía transitar

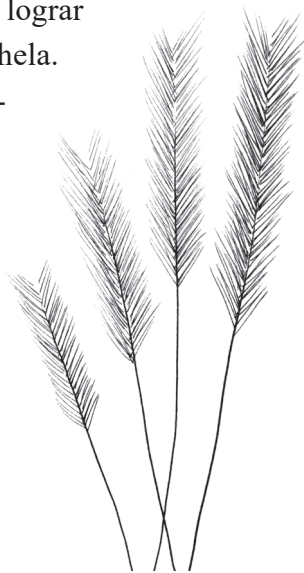
con absoluto sigilo por cualquier parte. Era un ejercicio de meditación muy poderoso con el que, según Yun-Pun, se podía lograr un estado de sabiduría muy profundo. Pero para eso había que practicar con tesón un poquito cada día, no había más misterio. Además, el Satiyuga te hacía mejor persona, eliminaba las malas energías, la ira, la codicia, la envidia, y gracias a él uno se volvía más atento hacia los demás.

Con toda aquella práctica, Len olvidó casi todas sus preocupaciones y renovó sus fuerzas y su ánimo. Pero al mediodía, recordó a Olalla y a sus nuevos amigos de la fábrica, que seguramente estarían muy preocupados. Yun-Pun captó desde el principio todas estas inquietudes, así que cuando el jardinero le dijo que tenía que marcharse, el anciano lo despidió con una bendición.

—Eres un muchacho transparente y bueno —le dijo—. Espero que el Satiyuga te ayudé a lograr a la muchacha que tu corazón anhela.

Len se sonrojó un poco, y también le pareció envidiable y asombrosa la clarividencia del maestro, que había captado exactamente sus sentimientos. Le agradeció su ayuda y prometió volver en cuanto pudiese.

En la fábrica, el jardinero se reunió con Sachi y Cualpié, que saltaron de entusiasmo al volver



a verlo. Todos estaban muy preocupados por él, se habían enterado de que un extraño vagabundo se había colado en el edificio Rascaluna y había causado un gran revuelo.

—Ha sido una temeridad —lo riñó Orestes—. Ahora ya no podrás ir tranquilo por la ciudad. Estás fichado por la policía y los guardias del edificio te reconocieron.

Pero a Len lo que le importaba era tener noticias de Olalla. Lola le confirmó lo que había visto en el edificio Rascaluna: Olalla era Velina Monteparduzco e iba a participar en un gran concierto de la Fundación que se celebraría en el Gran Teatro Imperial dentro de una semana. También le contó lo de la carta, aunque no pudo asegurar si la chica la había llegado a leer. Mucho peores fueron las noticias que le habían llegado gracias a un contacto que tenía en el servicio de la residencia: la señorita Monteparduzco estaba muy triste, apenas comía, no hablaba y no salía de su cuarto más que para ensayar y dar paseos solitarios por el jardín. En aquella situación, el piano y el jardín eran sus únicos escapes. No tenía ningún amigo, sus compañeros solo pensaban en ser los mejores y ganar premios. Len, angustiado por las noticias, quería hacer algo cuanto antes, pero le insistieron en que la residencia era un lugar inexpugnable y últimamente la seguridad se había reforzado.

—Ten paciencia —lo tranquilizó Orestes—, el próximo concierto quizás sea una oportunidad. Yo asistiré, soy socio del teatro y voy siempre que puedo. Tenemos que pensar un plan, déjame que haga algunas llamadas.

Así quedó la cosa, pero Len no podía esperar. Sin que nadie se enterase, averiguó la dirección de la residencia y

pedaleó hasta allí. Llegó a las afueras de la ciudad, a un barrio muy rico en el que todas las casas eran grandes mansiones rodeadas de jardines cuidados y árboles frondosos. No se veía a nadie por la calle, solo algún coche que pasaba de vez en cuando. La residencia era una extensa finca rodeada por un gran muro, en el centro estaba el edificio en forma de cruz donde vivían los alumnos, en una de las alas había un teatro y todo tipo de salones, restaurantes y otras comodidades. Alrededor, había un jardín salpicado de arbustos y arbolillos. El muro era alto y estaba coronado por una alambrada con pinchos. En la puerta principal, había una caseta con dos guardias que miraban a todo el que entraba y salía. Len rodeó la pared hasta la parte trasera, allí vio un árbol altísimo de gruesas ramas, una de las cuáles se extendía tanto que casi llegaba hasta lo alto del muro. Le costó trepar, el tronco era tan ancho que no tenía donde agarrarse, al llegar arriba, se abrazó a la rama y gateó por ella hasta donde pudo. Desde esa altura se veía parte del jardín y, al fondo, la fachada trasera del edificio, que quedaba muy lejos. Desde allí partía un caminito que serpenteaba entre suaves lomas de césped perfecto y setos cortados primorosamente. No se veía a nadie en ninguna parte, era un lugar solitario y silencioso, quizás los alumnos estuviesen en sus clases o practicando en el interior.

Estuvo un buen rato mirando y pensando en saltar desde allí, pero era muy peligroso, había mucho hueco y podía caer encima del alambre. Entonces vio una silueta que paseaba por el sendero, a pesar de la distancia, era para él una figura inconfundible. Venía con una falda negra y larga y

una camisa blanca, muy seria, con el pelo recogido y el gesto pensativo. El corazón del jardinero dio un vuelco, después de tanto tiempo sin verla, temía haber olvidado su rostro, pero desde la lejanía podía recuperarla como si la viese paseando en el jardín mediano de su casa. Se quedó mudo mientras ella se acercaba lentamente. Era difícil que ella lo viera y no estaba seguro de querer que lo encontrase en aquella situación, colgado de un árbol, le daba muchísima vergüenza. Pero no había llegado hasta allí para irse sin más, tenía que hablar con ella. Olalla giró para alejarse. Necesitaba encontrar un modo de llamar su atención sin que nadie más se diese cuenta. Entonces recordó una vieja melodía que él siempre tocaba en el jardín, era la imitación del canto de un pájaro y estaba seguro de que a Olalla le gustaba y la recordaría. En una ocasión, mientras la tocaba, la había sorprendido mirándolo de reojo y sonriéndole, esas son cosas que un enamorado no olvida. La primera vez, la chica pareció no haber escuchado, pero cuando el jardinero repitió el breve canto, Olalla se paró y se dio la vuelta suavemente. Se quedó mirando hacia él, aunque no estaba seguro de que lo viera. El jardinero repitió la melodía y asomó la cabeza por entre las ramas. Una sonrisa levisísima se dibujó en el rostro de Olalla. La muchacha se acercó despacio, mirando alrededor temerosa de que la viesen. Cuando estuvo frente al visitante, ninguno de los dos sabía muy bien qué decir. Se conocían, pero apenas habían hablado. A Len le hubiese gustado saludarla como si entre los dos hubiera una gran confianza, y de hecho sentía que, a pesar de la falta de palabras, la había.

—Hola —se atrevió por fin el jardinero—. He venido de parte de tu padre. ¿Leíste su carta?

—No, ¿qué tal está?

—Muy triste, no tiene noticias tuyas y está preocupado.

Olalla se quedó pensativa durante un instante, el desánimo era evidente en su rostro.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Yo... Eh... Ha sido un largo viaje. —El jardinero no sabía por dónde empezar su historia. La situación no era precisamente la más adecuada para contar historias, pero, frente a Olalla, el paisaje y las circunstancias dejaban de existir. El tiempo se había detenido para Len Pinza.

—Me gustaría volver contigo. No quiero seguir aquí —dijo la chica de repente.

—Pues ven...

En aquel instante, se oyeron voces que llamaban desde la casa. Alguien se acercaba.

—No puedo. Si rompo el contrato, ¿qué le pasará a mi padre? —fue la respuesta de Olalla—. Tengo que irme.

Lo último que el jardinero vio antes de que se diese la vuelta fue una mirada suplicante y después una sonrisa. Olalla le agradecía que hubiera llegado hasta allí, para ella era un consuelo que le hacía recordar su vida, su casa y todo aquello que la alegraba. Len tuvo que ocultarse para que no lo vieran. Los guardias merodeaban por allí con cara de desconfiados. Era imposible que ella pudiera marcharse con él en aquel momento, pero se juró que, aunque fuese lo último que hiciera, sacaría a Olalla de aquel lugar.

28. UNA FLAUTA CORNÚPETA

Len pasó los días siguientes en la fábrica en compañía de Sachi y Cualpié. Su única preocupación era Olalla. Paseaba por el patio del edificio con la cabeza gacha, pensando en la manera de rescatar a su amada. Pero ¿qué podía hacer él, con su flauta, su bicicleta destartalada y un perro salchicha, frente los altos muros y los numerosos guardias armados? El resto de sus amigos conocían la razón de su desánimo. El jardineiro, desde el primer día, se había mostrado como un tipo entusiasta y atrevido, pero ahora se encontraba sin respuestas.

Una tarde, llegó Orestes y le preguntó sin más:

—¿Conoces a Boris Müllenstrongenflandörfen?

Len se encogió de hombros. Jamás había oído aquel nombre tan enrevesado. Pensó que se trataría de una de las bromas de Orestes o de alguna de sus historias de filósofos o de viajeros. Pero no, se trataba de otra cosa.

—Es uno de los músicos más importantes del mundo. El próximo sábado, tu amiga Olalla interpretará en el Gran Teatro su *Sonatina Vespertina en Fa Sofisticado para piano y flauta cornúpeta*.

Y extendió un papel en el que se daban los detalles de ese concierto, que era el que Len había visto anunciado

en el cartel. Los alumnos más talentosos de la Fundación, junto con algunos de los mejores músicos ya consagrados, iban a interpretar algunas de las piezas clásicas, antiguas y modernas, más destacadas. El jardinero miró el programa sin mucho entusiasmo, si difícil era entrar a la residencia para ver a Olalla, desde luego no dejarían pasar a un tipo como él, que además era buscado por la policía, al Gran Teatro al que asistirían todos los miembros del gobierno y las personas más ricas de la ciudad.

—¿Quién tocará la flauta cornúpeta? —preguntó el jardinero sin muchas ganas.

—Un tal Omar Magaflú, pero qué más da... ¿Acaso no te gustaría ir a ver a Olalla?

—Claro, pero no me dejarán pasar.

—Ya veremos —respondió Orestes—. De todos modos, yo estaré allí. ¡No me puedo perder semejante concierto!

—¿Y qué piensas hacer? ¿Llevarte a Olalla de la mano delante de todo el mundo?

—¿Por qué no?

—Ella no querrá irse, tiene un contrato firmado y tiene miedo de lo que le pueda pasar a su padre...

—Amigo jardinero, tienes que aprender que los contratos pueden romperse. Yo llevo toda mi vida rompiendo contratos y ayudando a otros a hacerlo. Un contrato, si ha sido firmado bajo coacción, no tiene valor.

Len recordó el día en el que el banquero obligó a Olalla y a su padre a firmar aquel documento sin haberlo leído y bajo la amenaza de un desahucio inmediato.

—Ya —insistió Len—. Pero de todos modos no la dejarán irse, y si se escapa y vuelve a su casa, ¿cómo los protegeremos?

—Tranquilo Len. Has dado con la gente adecuada. — Orestes sacó pecho y puso una mano en el hombro del jardinero. A este no le quedaba más remedio que confiar en aquel hombre, todo lo que había visto y escuchado hasta entonces en aquella fábrica merecían esa confianza. ¿Por qué no?, se dijo, iremos a ese concierto. Seguro que Olla los deja a todos pasmados con su talento musical, será digno de verse.

En aquel momento entraron Lola y Vélez. Traían unos rollos de papel que extendieron sobre la mesa. Toda esa tarde estuvieron entretenidos discutiendo sobre aquellos planos. Orestes y Gala estaban entusiasmados con el magnífico concierto que se iba a celebrar.

—Tocarán obras de Bach, de Vivaldi y de Albeniz —decía Orestes—. Y un magnífico Adaggio para trombón de Genaro Petoco que nunca hemos oído en directo.

—¡Va a ser fantástico! —respondía Gala.

Sachi y Cualpié también andaban por allí, encantados con aquella asamblea. Y especialmente el mono, que subía y bajaba por un cable mostrando de lo que era capaz.

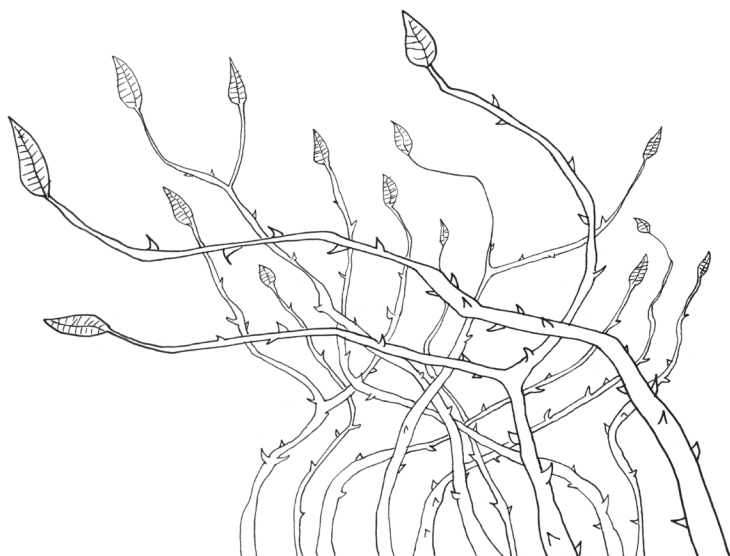
—Ja, ja, ja —reía Lola—. Este mono es extraordinario. Ha viajado en un barco pirata y trabajado en un circo. Nos lo llevaremos al Gran Teatro para que pueda admirar tantas grandes obras musicales, se lo merece.

El jardinero les contó nuevamente su historia en el edificio Rascaluna. Vélez, que era un tipo muy precavido, le

insistió en que bajo ningún concepto podían verlo por allí, su cara estaba en un cartel en todas las comisarías y en cuanto lo viesen se lanzarían a por él.

—A partir de ahora —le dijo— tendrás que ser como tu amigo Ratón y caminar por el subterráneo de la ciudad.

Len recordó que aquel hombre le había dicho que vivía en aquellos túneles. Y además, era un amante de la música, como había podido comprobar; seguro que estaría encantado de asistir a un gran concierto.



29. PERIODISTAS, UNA BANDURRIA Y LA FAMILIA MAGAFLÚ

El día del concierto, la fachada clasicista del Gran Teatro Imperial había sido cubierta por grandes estandartes, banderas y un enorme cartel que decía:

XVII Festival de Música de la Fundación Obra del Buen Saquillo

Mucha gente se congregaba a las puertas, bajo las grandes columnas del pórtico principal, en su mayoría eran periodistas y admiradores que habían ido a ver a los grandes personajes que acudían al teatro. El público normal entraba por unos laterales, todos iban lo más elegante que podían, la mayoría con aparatosos trajes y algunos, como Orestes y su madre, que tenían asiento en el patio de butacas, con ropas más discretas. Por la puerta principal, sobre una alfombra roja, desfilaban los presidentes y ministros, los banqueros, los reyes y los famosos de la televisión. Se detenían a exhibir sus lujosas vestimentas ante los fotógrafos y a decir algunas palabras a la prensa.

El interior del teatro era de un lujo dorado y recargado. Orestes y Gala llegaron de los primeros, les gustaba ver cómo el teatro se llenaba mientras ellos repasaban el

programa. El escenario estaba tapado por dos grandes cortinas rojas, tras ellas, todo estaba preparado. Los operarios del teatro habían trabajado intensamente, incluso habían tenido que contratar personal extra, como a una tal Clara López, auxiliar de iluminación, que no era otra que Lola.

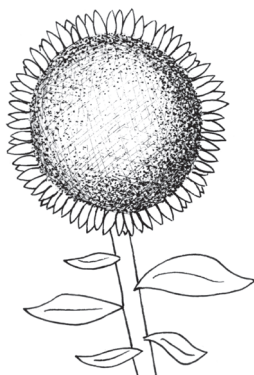
Cuando el teatro estuvo lleno, se abrió el gran telón y apareció un hombre flaco que dio la bienvenida. Su discurso estaba cargado de agradecimientos: al Alcalde, al Presidente, a los ministros, a Don Valerio Valentoso, el Gran Benefactor; a Don Sabino Tomo, el Gran Crítico; a Doña Francisca Pozuelo, la Gran Mecenas, etc. Y muy especialmente, pidió un aplauso afectuoso y agradecido para el hombre que había erigido aquella *magna* obra sobre la que la humanidad edificaba el futuro: Don Odilón Saquillo, Presidente de la Banca Saquillo y del Grupo Bancofino, además de creador de la Fundación Obra del Buen Saquillo. Todo el teatro se levantó y se giró hacia el palco principal, donde la oronda figura del banquero, flanqueada por otras eminencias, se alzaba imponente y orgullosa. El aplauso fue largo y estruendoso, aunque podía haberlo sido más ya que dos personas modestamente vestidas se habían quedado sentados y esperaban a que acabase aquella parafernalia.

Abrió el concierto un grupo de renombre, el Cuarteto Pigmentón, compuesto por un violín, una viola, un violonchelo y una bandurria, que interpretó una obra de Bach y otra de Lully, uno de los compositores favoritos de Orestes, que disfrutó con la maestría de aquellos músicos. Su éxito fue, por supuesto, rotundo. Muchos de los asistentes

tuvieron que luchar contra sus ganas de quedarse dormidos, pero aplaudieron a rabiar cuando correspondió. Después, fueron desfilando los alumnos de la sección musical de la Fundación. Allí estaba Walter Ramírez, un joven altísimo y lleno de granos que luchó titánicamente con su violonchelo para ofrecer una sentida obra del japonés Mekito Tamuchi. Después vino Ping Yao, que tocó el saxofón, y el dúo formado por Adolf Bramante y Vera Boskova, guitarra y cantante respectivamente. Todos ellos actuaron espléndidamente. Era una gozada verlos, tan jóvenes y entusiastas, superar sus nervios ante aquel auditorio. Su talento era tan extraordinario que, una vez comenzaban la interpretación, nada podía sacarlos de la música.

Por fin se anunció la presencia de la gran promesa del piano Velina Monteparduzco, acompañada del joven talento emergente Omar Magaflú a la flauta cornúpeta. Iban a interpretar la conocida *Sonatina Vespertina en Fa Sofisticado*, del admiradísimo genio contemporáneo Boris Müllenstrongenflandörfen. Se decía que el mismísimo autor iba a asistir al evento, pero debido a su avanzada edad,

tenía 107 años, se había tenido que quedar en Düsseldorf donde vivía con tres bisnietas. La obra en concreto, según dijo el presentador, era una extraordinaria síntesis de modernidad y tradición; en ella, «las cacofonías expresan la angustia de la sociedad industrial y juegan con el caos tonal para llegar



a un exuberante final en el que todas las armonías se funden en un universo de sonoridades». La mayoría de los oyentes no entendieron nada de aquello, pero aplaudieron igualmente, especialmente la familia Magafllú, venida directamente del Emirato de Camunia, donde eran dueños de medio país.

Olalla se presentó vestida discretamente con un traje oscuro. Omar, al contrario, llevaba un llamativo traje con camisa roja. Era un joven bajito de dedos regordetes, parecía increíble que pudiera moverlos con la suficiente agilidad como para tocar las intrincadas melodías del maestro Müllenstrongenflandörfen. Un murmullo recorrió el teatro. Velina era ya conocida en los círculos musicales más selectos e informados de Tutiburgo. La luz del teatro se apaciguó creando un pequeño círculo alrededor de los intérpretes, fuera de eso, todo era penumbra. Cuando la chica se sentó al piano, se hizo el silencio absoluto. Entonces dio la primera nota, un si bemol largo y grave, casi dramático.

30. SILENCIO Y OSCURIDAD

Todas las miradas eran para Velina Monteparduzco. La luz hacía temblar la sombra de su piano y ella se echaba sobre las notas concentrada, con los ojos cerrados, mostrándole al público un perfil sereno y distante. Parecía como si Olalla, con su oscuro traje, se fuese a diluir contra el fondo. La flauta cornúpeta acompañaba los malabarismos de la pianista con un lamento de notas disonantes. Así era aquella música, seguramente los familiares Magaflu, de no ser porque era Omar quien tocaba, no la hubieran soportado.

Pasaron los minutos, la composición era larguísima. A pesar de la mágica interpretación de Velina, muchos espectadores habían dejado caer sus párpados y estaban sumidos en una siesta privada. En algunos instantes, la música explotaba y se alzaba en un caos de acordes; pasaba de la suavidad al estruendo como si Olalla fuese poseída por un furioso genio musical y, de repente, perdiese el aliento. Solo unos pocos privilegiados eran capaces de comprender el orden de aquella obra. El resto dormitaban, miraban a su alrededor o se concentraban en observar a los músicos, a la espera de que en algún momento la música se rompiera y les ofreciera alguna cadencia más digerible. Ninguno de

ellos, hipnotizados por el evento, notó una sombra pequeña y simiesca que apareció fugazmente sobre el escenario colgada de un foco.

En el patio de butacas, Orestes, sin perder detalle de la interpretación, se llevó una mano al bolsillo del pantalón, sacó discretamente algo y movió sus dedos sobre ello para guardarlo nuevamente. En aquel instante, Olalla comenzó un pasaje de intensidad extraordinaria. Tocaba las notas con todo su cuerpo, con una energía sobrehumana, y la música resonaba sobre el espacio del teatro abarcándolo todo. La atmósfera pareció temblar literalmente, como si hubiese pasado un huracán. La luz vibró y, por un instante, se apagó tenuemente para volver a surgir. El momento de oscuridad coincidió con un silencio largo y angustioso. Era como si la luz formase parte de la interpretación y, en esos mágicos compases, silencio y sombra estuvieran sincronizados. Luz y sonido volvieron súbitamente. Esta vez, la música era dispersa y caótica. Los pocos oyentes capaces de seguir la interpretación sintieron que aquel pasaje era un éxtasis en el que se diluía la armonía definitivamente. La familia Magaflú no perdía detalle de la pericia de Omar que, de espaldas al piano, soplaba sin descanso sobre su flauta cornúpeta. Solo unos pocos se dieron cuenta entonces de que el piano ya no era interpretado por una joven morena, bella y triste. Sobre las teclas, saltando con el entusiasmo del que ha encontrado un nuevo y fabuloso juguete, había un pequeño mono con un chaleco bermellón.

La cosa era tan absurda que nadie se atrevió a extrañarse de aquello. Así es el arte moderno, pensaron algunos,

tan extravagante e imprevisible. Por eso no les pareció raro que el compositor hubiese decidido que, justo en aquel momento, el intérprete humano se convirtiese en mono, y la música se convirtiese en el absurdo divertimento de un animal. Cualpié, ajeno al creciente murmullo, disfrutaba sobre el piano como lo que era, un mono. Omar Magaflú, tieso delante del público y sin saber lo que ocurría a sus espaldas, continuaba tocando, aunque era evidente que el desenfreno musical al que el mono le sometía no tenía para él ningún sentido. Pero en aquella obra también había improvisación y lo que no podía hacer un gran artista era dar la impresión de que no sabía lo que hacía. Sin embargo, el ritmo se estaba volviendo loco, así que el flauticornupetista se giró levemente y, al ver al mono, se quedó paralizado. Alguien, desde el patio de butacas, decidió denunciar que el emperador estaba desnudo, se levantó y gritó:

—¡Hay un mono tocando el piano!

—¡Sí! ¿Qué está pasando? —gritó otro, refrendando lo que todos veían.

—¡El programa no dice nada de un mono! —dijeron en otra butaca.

Más y más espectadores se levantaron y el murmullo se convirtió en un jaleo monumental. Los que dormían se despertaron sin saber qué sucedía y, cuando vieron al mono sobre el teclado, que seguía tocando sin importarles los gritos, pensaron que estaban soñando. Desde la tramo-ya, apareció un operario y se abalanzó sobre el pequeño espontáneo, pero Cualpié era mucho más ágil y escapó de un saltó. Primero se agarró a una de las cortinas, de ahí trepó

hasta los palcos laterales, saltó sobre algunas eminentes cabezas y siguió escalando hasta encontrar un agujero por el que huir. En el camino, desbarató un peluquín, con la consiguiente vergüenza de su dueño y los chillidos de



su acompañante. Muchos espectadores gritaron indignados y se levantaron para marcharse. El presentador apareció para pedir perdón y calma, pero su voz quedaba ahogada por el jaleo. La familia Magaflú lloraba desconsolada por la vergüenza de ver a su hijo burlado de aquella manera. El muchacho había corrido a ocultarse y el padre, levantado con el puño en alto, gritaba lleno de ira hacia el palco de honor. Pero allí ya no había nadie. Las grandes eminencias, viendo el jaleo, habían desaparecido.

Aún quedaban por actuar Fernanda Grosella y Tomás Filigrana. Y para el final estaba preparada una despedida musical en la que todos los intérpretes tocaban juntos. Pero parecía que no iba a ser posible, la mitad del público se estaba marchando y los que aún permanecían en sus asientos estaban indignadísimos. El presentador de la gala se disculpaba sobre el escenario de mil maneras, pero nadie le prestaba atención. Tras las bambalinas, los jóvenes músicos estaban consternados por el escándalo. Fernanda Grosella, viendo la que se había liado, se desmayó aporatosamente, el pobre Omar Magaflú lloraba como sus familiares y Walter Ramírez miraba a su violonchelo con cara

de tristeza infinita. Pero una de las participantes no estaba allí con los demás. Velina Monteparduzco había desaparecido justo en el instante en el que se fue la luz. Uno de los operarios la vio correr por un pasillo y perderse por una escalera que descendía a los almacenes del teatro. Los vigilantes de la Fundación, atentos a las entradas y salidas, no se fijaban en aquellos lugares. Para ellos era impensable que ninguno de los alumnos quisiese aventurarse por allí, y mucho menos escapar; vigilaban, más que nada, que no se colase ningún intruso.

Así que nadie vio que, cuando la pianista bajó a la oscuridad de los subterráneos, una auxiliar de iluminación la esperaba para indicarle un pequeño agujero tapado por una rendija, su nombre real era Lola y había sido la responsable del pequeño apagón y de haberle hecho llegar a Olalla una discreta nota durante los ensayos preliminares. Al otro lado, Len Pinza y Ratón, el habitante de los subterráneos, recibieron a Olalla y la condujeron por los serpenteantes túneles del vientre de Tutiburgo. El guía, apasionado por la música, se había mostrado encantado de enseñarle al jardinero el camino hasta el Gran Teatro, y un par de monedas habían reforzado su entusiasmo. Apenas hablaron durante el camino, las prisas y la tensión de la huida eran una coartada perfecta para Len, más nervioso por el encuentro que por el peligro en sí.

En otra parte del teatro, Cualpié había salido por un pequeño agujero de ventilación y se paseaba por el tejado como una paloma. Trepó hasta la fachada trasera, se enganizó a un fino canalón y se dejó caer hasta una calle

solitaria. El jaleo estaba en la puerta principal, donde los periodistas se agolpaban para fotografiar e intentar entrevistar a los espectadores, muchos de los cuales se paraban ante las cámaras y narraban el bochornoso suceso. En la parte trasera, ninguno de los viandantes casuales se dieron cuenta de la presencia de aquel animalejo, solo un coche pequeño y amarillo se acercó al lugar. La portezuela se abrió ligeramente y Cualpié, que conocía muy bien a aquellos tipos, se metió en el asiento trasero en donde lo esperaba un perro salchicha.

Olalla y Len, después de un largo paseo por el túnel, salieron por una alcantarilla a las afueras de la ciudad. El lugar era una calle a medio construir y abandonada. El ruido del tráfico les llegaba lejano y la silueta iluminada de Tutiburgo se perfilaba contra el atardecer. Ratón se despidió con mil reverencias y se perdió en sus agujeros, su servicio estaba cumplido. Después de tanto tiempo, el jardinero estaba por fin con Olalla, y a solas.

—Esperaremos aquí hasta que vengan a buscarnos —
Len se esforzaba por parecer un tipo distante que lo tiene todo controlado.

—Gracias por todo.

El jardinero le preguntó si se encontraba bien después de aquella complicada travesía y Olalla asintió. No hubo más palabras. Esperaron en un silencio incómodo, sin saber muy bien qué decirse. Cuando la chica hizo ademán de preguntar algo, vieron acercarse los faros del coche amarillo.

31. LAS FLORES DEL MAGNOLIO

Se reunieron todos en la fábrica del barrio viejo y celebraron el éxito de la misión con una abundante cena. Orestes y los demás contaron entre carcajadas las insuperables anécdotas de aquella noche: el mono sobre el piano, su huida sobre las cabezas de la gente y el rostro colorado e hinchado de Odilón Saquillo antes de salir pitando. Después de aquello, Len y Olalla se quedaron dos días en Tutiburgo, el tiempo justo para que la cosa se calmara y pudieran planificar su viaje de regreso. Durante su estancia en la fábrica, con tanta gente y tanto jaleo, el jardinero y la pianista casi no tuvieron oportunidad de hablar. A pesar de lo bien que les trataban allí, ambos estaban deseosos de regresar a su casa. Olalla echaba de menos a su padre y su viejo piano. Len necesitaba cuanto antes volver a oler los aromas de su jardín y oír el canto de los pájaros del bosque. Sachi, aunque no pudiera decirlo con palabras, tenía sentimientos similares y lo expresaba con su mirada canina. Cualpié, sin embargo, había hecho muchísimos amigos en la fábrica y se encontraba allí como en casa, así que, cuando por fin llegó el momento de separarse, el mono decidió quedarse en la ciudad. Les

hicieron una pequeña fiesta y se despidieron todos con grandes abrazos y sinceras promesas de volver a verse. Al amanecer del día siguiente, ataron la bicicleta a la baca del coche amarillo y partieron acompañados de Lisón, que conducía, y de Orestes, que había decidido salir unos días de la ciudad para tomar aire fresco.

De lo sucedido en el teatro apenas se enteraron, aunque fue portada en todos los periódicos y se habló de ello en la televisión como si fuera un misterio sin resolver. Se decía que la pianista Velina Monteparduzco había desaparecido sin dejar huella. Un enfurecido Odilón Saquillo ordenó una búsqueda exhaustiva, no le gustaba que le tomasen el pelo y, desde luego, no tenía intención de perder el talento de aquella pianista, había un contrato firmado y estaba dispuesto a hacerlo respetar. Pero, como había dicho Orestes, los contratos pueden romperse. Olalla ya no estaba preocupada por eso, ahora estaba segura de que, con la ayuda de sus nuevos amigos, encontrarían una solución.

El viaje de regreso fue rápido y placentero. Cruzaron el gran puente y enseguida estuvieron en las solitarias montañas en las que vivía Rolando. Allí, prevenidos por Len Pinza, dejaron el coche al pie de las ascendientes laderas y caminaron a pie y con sigilo. Cuando por fin encontraron a Rolando, Orestes se fundió en un abrazo con su primo. En Despeñasapos, Olalla, Len y Sachi se despidieron del resto y partieron en solitario de vuelta a su hogar. Tampoco entonces pudieron hablar gran cosa, primero porque había que guardar silencio en aquellas montañas, y luego porque, una vez en la llanura, encontraron la locomotora

de Hug que, casualmente, acababa de llegar. El maquinista los llevó hasta el cruce en el que permanecía, tieso con sus cuatro brazos alzados, el guardavía. Desde allí, ya solo les quedaba recorrer la carretera del bosque hasta su casa. Como solo tenían una bicicleta, Len y Olalla iban alternándose. Sachi había salido corriendo impaciente por llegar al jardín, así que el jardinero y la pianista estaban por fin solos, ya no había excusas para no hablarse. Inevitablemente, las palabras fueron surgiendo. Al principio sobre cuestiones prácticas como: «cuidado», «paremos aquí» o «te toca pedalear». Y así fueron ganando confianza, Len perdió su vergüenza y empezaron a tener conversaciones un poco más interesantes. El jardinero señalaba un árbol y decía:

— Es un magnolio, mira, ya está floreciendo.

—¿Florecen en junio? —preguntaba Olalla muy interesada.

—Sí, esta especie sí. Pero hay otras especies.

Y entonces Len explicaba todo lo que sabía sobre los magnolios y sus flores blancas. También hablaron sobre nubes, pájaros, locomotoras viejas, máquinas de escribir y barcos pirata. El jardinero le contó su encuentro con Yun-Pun y Olalla quedó fascinada con el personaje, dijo que le hubiera encantado conocerlo y aprender Satiyuga. Quizás algún día, respondió el jardinero. Y también le contó su extraño vuelo con Pequeño Poeta, a la chica le pareció una historia hermosa, aunque reconoció que, seguramente, todo había sido un sueño.

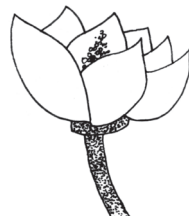
Una vez, durante un descanso, Olalla le pidió a Len que tocara alguna de sus melodías. El jardinero, un poco

avergonzado porque no quería mostrarse musicalmente torpe, no pudo negarse. Al finalizar, la muchacha aplaudió sinceramente y Len se disculpó sin motivo diciendo que no sabía nada de música.

—Pero lo haces muy bien y tú música es muy espontánea —respondió Olalla—. Cuando lleguemos a casa, quiero que me enseñes a cuidar el jardín y yo te daré algunas clases de música.

El jardinero, por supuesto, quedó encantado con la propuesta. Y de este modo llegaron, por fin, a la vieja casa y su jardín mediano. Don Gastón Bolino, que ya sabía de su regreso por una carta y por la aparición de Sachi, los recibió con una inmensa alegría. Después de aquello, prometió que nunca más dejaría que su hija tuviese que cargar con sus deudas. Al jardinero le dio un abrazo casi tan grande como a ella, desde aquel día fue para don Gastón algo más que el simple muchacho que trabajaba en el jardín.

Con el tiempo, Len y Olalla hablaban cada día un poquito más. Ella le enseñaba solfeo y armonía, y él le enseñaba a regar las petunias y a podar las enredaderas. Daban grandes paseos en bicicleta y hasta tocaban juntos, y se reían imaginando cómo hubiera sido si en vez de con Magaflú, Velina Monteparduzco hubiera dado el concierto con Len Pinza.



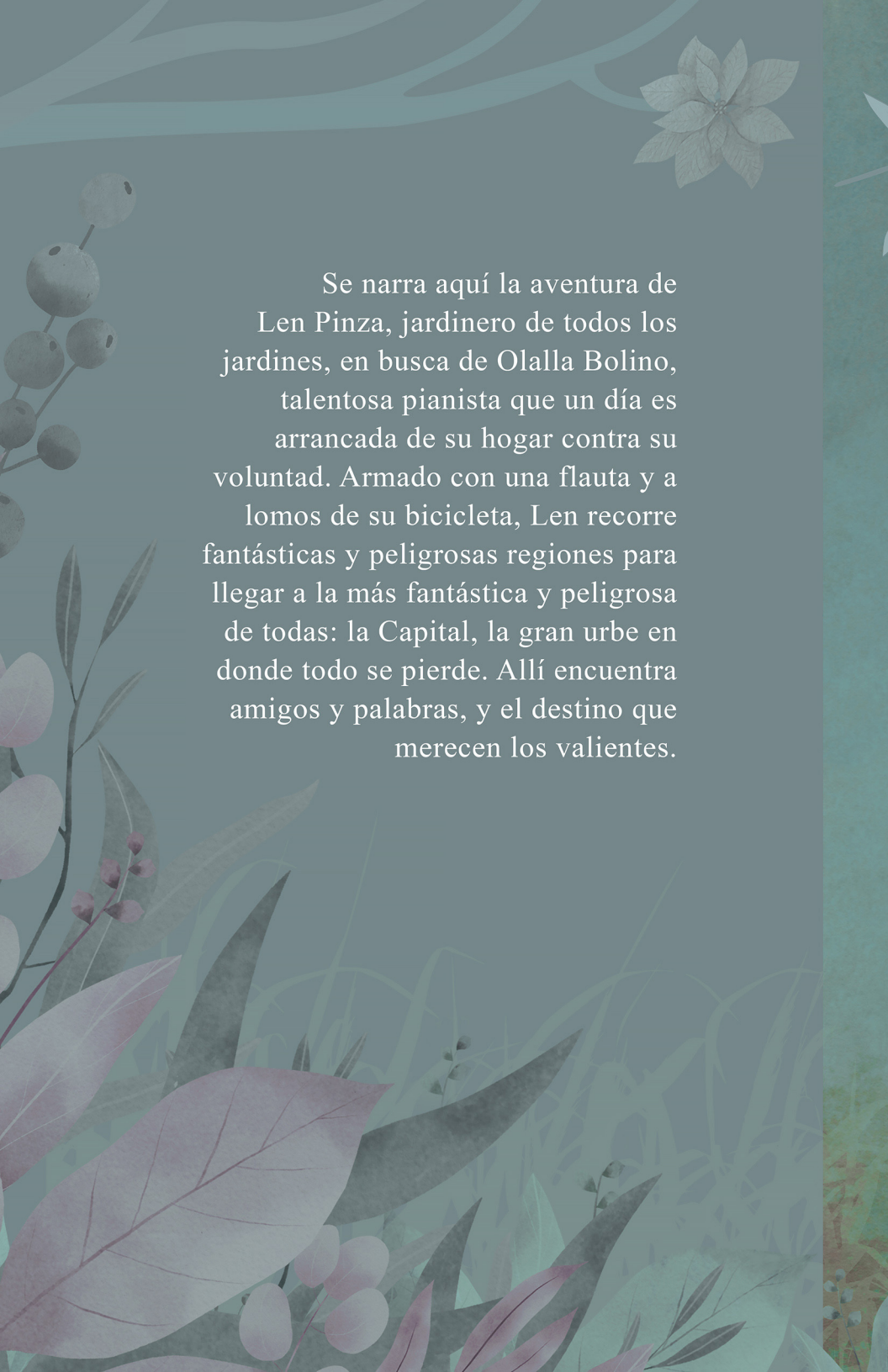
FIN



ÍNDICE DE CAPÍTULOS

1. Una casa vieja, un jardinero y un perro salchicha	9
2. Un coche negro y una nariz gruesa	13
3. Una bicicleta y una flauta	17
4. Allí, allá, acá y acullá.....	21
5. Trompetas y tambores	26
6. Dos tomates, un huevo frito y una linterna	32
7. Un tren en marcha.....	40
8. El eco y un fantasma	44
9. Un búho y un árbol de piedra.....	47
10. Un Bicho palo	51
11. Un autobús, un jersey verde y una caña de pescar....	55
12. Un cómico y un partido de rugby	61
13. Un mono y un poeta.....	67
14. Un libro, tiburones y atunes	73
15. Ron, violines y acordeones	79
16. Resaca y un prodigio.....	84
17. Puertas, armarios y excavadoras	90
18. Una pastelería, un parque y unos patos.....	96
19. Una celda, un loco y un coche amarillo.....	101
20. Gazpacho, empanada y tortilla.....	108
21. Jaulas, perros y un camión blanco	113
22. Una fábrica, chuletas y un djembé.....	118
23. Ruedas, tornillos y manillares.....	124

24. Canapés, vizcondesas y una bufanda de seda	131
25. Un ratón y la palma de su mano.....	137
26. Oficinas y oficinistas.....	142
27. Una cabra y una estufa.....	149
28. Una flauta cornúpeta	156
29. Periodistas, una bandurria y la familia Magaflú	160
30. Silencio y oscuridad.....	164
31. Las flores del magnolio.....	170



Se narra aquí la aventura de Len Pinza, jardinero de todos los jardines, en busca de Olalla Bolino, talentosa pianista que un día es arrancada de su hogar contra su voluntad. Armado con una flauta y a lomos de su bicicleta, Len recorre fantásticas y peligrosas regiones para llegar a la más fantástica y peligrosa de todas: la Capital, la gran urbe en donde todo se pierde. Allí encuentra amigos y palabras, y el destino que merecen los valientes.